EL AVIADOR

Carlos Fortea

NOCTURNA
EDICIONES

Carlos Fortea

El aviador

© de la obra: Carlos Fortea, 2023
© de la presente edición: Nocturna Ediciones, S.L.
c/ Corazón de María, 39, 8.º C, esc. dcha. 28002 Madrid
info@nocturnaediciones.com
www.nocturnaediciones.com
Primera edición en Nocturna: diciembre de 2023
ISBN: 978-84-19680-50-1

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Para Esther, mi constante vital, mi latido.

EL AVIADOR

I

La irrupción del hombre desaliñado en la fiesta es como el paso de una guadaña sobre un campo de espigas. Con el mismo siseo, las voces se apagan una a una hasta dejar un silencio latente preñado de susurros, entreverado de tintineos, copas que chocan con botones dorados, anillos de brillantes que arañan las tulipas al pasar.

El hombre alto lleva el preceptivo frac, pero la pajarita ha desaparecido y el chaleco con solapas de raso tiene un botón abierto. La espalda arqueada, haciendo sobresalir la tripa, y su gesto de los labios apretados delatan a quien en algún momento de la velada ha perdido el control de la bebida. La doble barba y la apretada mata de pelo blanco que corona su recia cabeza no hacen más que empeorar lo intolerable de la circunstancia.

Enseguida, dos invitados de edad mediana y gesto decidido se hacen cargo de la situación: con movimientos rápidos, dejan sus copas en sendos veladores, se ajustan las mangas sobre los puños y cruzan a zancadas el extenso salón iluminado hasta alcanzar al impertinente. Lo agarran cada uno por un brazo, giran en redondo trazando un amplio círculo, como si se tratara de un paso de baile, y se lo llevan. Hasta ahí, el incidente ha concluido.

El dueño de la casa apareció y guio a la comitiva hasta un despacho, hasta una mesa en la que había una foto de familia, un teléfono negro y una radio de aspecto vagamente modernista. Sentaron al intruso en un gran sillón y lo abofetearon. Lo abofetearon para despejarlo, se decían que lo abofeteaban para despejarlo, cuando en realidad liberaban el ansia de pegar al intruso, de pegar a la sombra que venía para aguarles la fiesta.

—Déjalo. Ya está bastante despejado.

—No le viene mal una pequeña lección.

Postrado, volviendo la cabeza con cada bofetada como para seguir un involuntario partido de tenis, el hombre de la mata de pelo blanco, de pelo encanecido antes de tiempo, se recuerda mirando un horizonte azul, un horizonte limpio en el que todo tiene una claridad prístina, el motor del avión zumba monótono, la hélice deja ver una vibración casi invariable, trasmite la ilusión de girar al revés, y con ella el sueño de un mundo que pudiera caminar hacia atrás.

El piloto desea que aquel mundo fuera un mundo sin fin, y él navegante eterno, águila llevando en sus garras el sol, esperando las nuevas de la noche.

De repente se siente como un pájaro caído, y vuelve al despacho en el que le pegan.

—Por Dios, qué estáis haciendo.

Una mujer de blanco acaba de aparecer en el umbral. Una mujer en la treintena, tal vez en la frontera de los cuarenta, con un vestido de escote cuadrado y largos guantes blancos. Tiene el pelo castaño muy claro, una larga melena ondulada peinada con raya a la derecha. Uno de los dos hombres se da la vuelta, trata de interponerse en el campo de visión de la recién llegada:

—Lo estamos despejando, Clara, no te preocupes.

—No te rías de mí, le estáis pegando.

Un coro de risas forzadas responde a la frase.

—No seas dramática, no le pasa nada. Ha bebido de más y es preciso espabilarlo, eso es todo.

—Dejadme pasar.

En el sillón, que tiene un muelle en la base que permite al respaldo balancearse y ahora tiene la culpa de que con cada una de las bofetadas le dé la sensación de ir a caerse, el hombre se incorpora. La curiosidad recupera su firme prerrogativa de motora del mundo, y el abofeteado quiere saber quién aboga por él, quién sale en defensa del pájaro caído.

La mujer tiene un rostro agradable, aunque ahora esté fruncido por la preocupación, y surcan su frente las marcas de esa clase de arrugas que no causa la edad, sino el pensamiento. Se abre paso entre

los defensores de la moral pública, entre los que ponen cada cosa en su sitio.

—Vuelve a la fiesta, Clara.

—Cállate. Sois unos bárbaros.

Nuevas risas. Pero no son las mismas de antes. Son risas contenidas, medio avergonzadas, de esas que se apagan a mitad de vuelo como cohetes muertos. Los hombres que iban a despejar a otro se han despejado ellos con la actividad, y están ligeramente abochornados. El que está más cercano a la puerta parece a punto de irse.

—Dile a Peters que me traiga una jarra de agua y una toalla —ordena la mujer, y los otros se van, como si al no llevar la orden el nombre de nadie, todos ellos tuvieran que ir a cumplirla.

El piloto mira a su salvadora, apunta una sonrisa. Solo ahora empieza a notar que le arde la cara, que tiene la nariz congestionada y tal vez, probablemente, esté sangrando. Pero no le importa. Ha recuperado un cierto sentido de la compostura.

—Qué ha pasado, general —dice la mujer, y el general comprueba confuso que habla en español, aunque hace un instante aún hablaba en inglés con los que le pegaban. No hay interrogación en la pregunta. Tan solo una cansada constatación.

La llegada de Peters, el mayordomo, con una bandeja plateada en la que brillan una jarra de agua, un vaso y una toalla de reluciente blancura, le ahorra tener que contestar. Con manos decididas, la mujer rocía la toalla con el agua y, sin decir palabra, se la aplica en el rostro al hombre abofeteado como si fuera el paño de la Verónica. El piloto siente, estremecido, el frescor de la felpa en la piel enrojecida, y tan solo se mueve para sujetarla, para recuperar algo de autonomía, y en el gesto sus manos encuentran las de ella, que le cede el testigo.

Está así unos segundos, unos instantes de intimidad, y después aparta la toalla y vuelve a mostrar el rostro. El paño blanco se ha manchado de sangre.

—Déjeme —dice Clara.

Recupera la toalla y, metiendo dos dedos por debajo de ella, le limpia cuidadosa los orificios de la nariz mientras él observa su rostro

concentrado en la tarea, a dos palmos del suyo. Es una hermosa mujer, piensa.

—Gracias.

—No hay de qué. —Clara deja caer la toalla, llena el vaso y se lo acerca—. ¿Cómo le han puesto así?

Él se encoge de hombros.

—Me invitaron a tomar una copa.

—Sería más de una.

Los hombros del piloto suben y bajan una vez más.

—Puede ser. De todos modos, no bebo. —Sonríe con timidez—. Seguro que por eso me hizo tanto efecto.

—Si no bebe, ¿por qué aceptó?

Durante el tiempo invisible de un parpadeo, una especie de espasmo dolorido recorre la faz del hombre.

—No sé decir que no —contesta.

La mujer lo mira con curiosidad. Sabe muy bien quién es ese hombre. Lo conoce desde hace muchos años, desde cuando él tenía el pelo negro y salía en las páginas de los periódicos. No acaba de asociarlo con aquel invitado desvalido que se remete con lentitud los faldones caídos de la camisa.

—Voy a buscarle una pajarita —dice de pronto.

Él ríe entre dientes. Le resulta extremadamente cómica la idea de ir a buscar una prenda así en una fiesta de Nochevieja, como si todo el mundo fuera perdiéndolas igual que él.

—No sé de dónde piensa sacarla —formula.

—Se la quitaré a un camarero —responde Clara con naturalidad.

Él la ve salir de la habitación. El escote cuadrado de la espalda replica el del pecho, y después el vestido se ciñe a sus caderas y simplemente vuela desde ellas, impulsado por unas piernas acostumbradas a apartarlo a su paso, a trazar su compás bajo la campana de tul. El hombre cierra los ojos un momento.

Luego los abre y piensa que no debería haber venido. Son tantas las cosas que no debería haber hecho que su peso se ha convertido en una doble vida que lleva a hombros.

La habitación que le rodea está llena de objetos de valor: cuadros

de pintores del dieciocho, antigüedades, útiles de escritorio en oro o plata. Escenarios que no son los suyos, mundos desconocidos que no le interesan, no sabe qué está haciendo allí. Pero sí sabe por qué ha ido.

La bilis en la boca está empezando a formarse otra vez cuando Clara regresa. Lleva en la mano un chaleco blanco y una pajarita negra.

El piloto no puede evitar reírse. Clara es la viva imagen de lo que se suele llamar una mujer de recursos, piensa.

—¿De dónde ha sacado eso?

—De donde se lo dije. —Mientras habla, Clara tira de él, lo levanta y le ayuda a ponerse la prenda—. Se lo he quitado a un camarero. Siento que la pajarita no sea blanca, pero al menos podrá salir de aquí con un poco de dignidad.

—¿También usted piensa que la dignidad va en la pajarita?

El rostro de Clara vuelve a estar próximo al de él, mientras manipula el cuello de la camisa para ajustar el elástico del corbatín. Se detiene, las manos sueltan la cinta negra y se posan cansadas en sus hombros. Los ojos le miran desde muy cerca.

—¿Usted qué cree, general?

Los ojos tan cercanos le avergüenzan. Pero los sostiene, por puro placer, porque aquel rostro de líneas armoniosas le devuelve una parte de la armonía que él mismo ha perdido.

—Le estoy muy agradecido, Clara —dice con sinceridad.

—¿Cómo sabe mi nombre?

—Se lo oí decir a uno de sus amigos. ¿Y usted cómo sabe quién soy yo?

La mujer titubea, pero renuncia a responder; las manos recuperan su actividad alrededor del cuello de la camisa, los ojos vuelven a fijarse en las cosas.

—¿Está listo para irnos?

—No pretenderá acompañarme a mi casa. He estado borracho, pero —sonrió— gracias a los cuidados de nuestros amigos, soy capaz de encontrar un taxi solo.

Clara se echó a reír.

—¿De qué se ríe?

—Sigue usted muy borracho. Esta noche ya no circula ni un taxi por todo Londres.

La confusión se dibujó en el rostro del hombre de mirada aturdida. Levantó las cejas en muda señal de reconocimiento.

—Es verdad. Es posible que aún esté borracho.

—Le pediré a Peters nuestros abrigos.

—No quiero que se vaya de la fiesta tan pronto.

Clara se encoge de hombros. Antes de contestar, suspira hondo.

—Aquí no hay nada que celebrar, ¿no cree?

Se ponen los abrigos y se van sin despedirse de nadie. Bajan las escaleras del palacete, encabezadas por grifos de fiera mirada y piedra antigua, y a la puerta esperan al coche de Clara.

Hace frío en la calle. Un frío apacible, terso, que peina las calles sin estruendo. Reina el silencio.

Ninguno de los dos lo rompe. Cuando el Bentley se detiene delante de la puerta con alboroto de motor gripado, ocupan sus asientos en la parte trasera e intercambian solo una mirada.

Todo es extraño, piensa Gonzalo Rojas, general de aviación, superviviente de otras vidas, depósito de la memoria de otras personas. Es extraño estar en esta ciudad, recorrerla en medio de la noche deshabitada y festiva hace unas horas, sentarse en compañía de una mujer hermosa de rostro sereno a la que conoce desde hace un segundo, no tener esperanzas de ninguna clase. Empezar un año sin nuevos propósitos, ni siquiera propósitos antiguos, deslizarse en medio de la nada.

¿Será realmente por el alcohol? No se nota aturdido, todo lo contrario: se siente más despierto y despejado que nunca. Más capaz de alcanzar hasta el último extremo de la ruina.

Pero no dice nada. No dice nada hasta que el vehículo se detiene de pronto y la mujer, vestida con un abrigo oscuro, se vuelve hacia él. Pone sobre la suya una mano enguantada que aprieta débilmente sus dedos apoyados en el asiento.

—Ya hemos llegado.

—¿Cómo sabía dónde vivo?

Clara vuelve a reír. Tiene una risa bonita, o al piloto se lo parece.

—Me lo ha dicho al salir de la fiesta.

—Ah.

—¿Podrá ir solo?

—Yo creo que sí.

De todos modos, el chófer abre la puerta, extiende el brazo con elegancia para que él se apoye. Rojas sale al frío exterior y se despeja un poco. El aire duele en la nariz herida.

Se da la vuelta para despedirse. Enmarcada en la gran puerta del Bentley, distingue la silueta de su salvadora, que se curva elegante en el asiento.

—Feliz año nuevo, Clara —dice.

Ella sonríe con tristeza.

—Feliz 1940, general.

II

Hay muchas maneras de vivir exiliado. Se puede, por ejemplo, huir de una guerra y no querer volver.

A Clara le atormentaba haber huido de la guerra. Durante un tiempo, se había justificado diciéndose a sí misma que lo había hecho por su madre viuda, que por su condición social no podía seguir viviendo en Madrid después del destino que habían corrido algunos de sus iguales en los últimos días de aquel julio terrible. Por ella se había empleado a fondo para dejar a todos sus amigos —y lo había hecho gracias a ellos, que la habían ayudado a conseguir la documentación—, y por ella se había marchado a Londres y alquilado esa casa en Chelsea.

Luego su madre había muerto de neumonía, una simple neumonía invernal, y ella no había tenido el valor de volver a España para sumarse a sus enemigos de clase.

A más tardar en ese momento, Clara había tomado conciencia de que no había huido por su madre, sino por miedo.

No por miedo físico. Estaba segura de que habría sido capaz de soportar los bombardeos y las privaciones, y de que para hacerlo habría tenido el apoyo de muchos.

No.

Había tenido miedo al rechazo. Había tenido miedo a que su fortuna fuera un motivo de desconfianza, a ser mal recibida, a que le pidieran explicaciones de por qué los había abandonado en agosto de 1936.

Porque los había abandonado. Había dejado a todos sus amigos, con la pía excusa de su madre, mientras fusilaban a Federico y a tantos otros, los había dejado por una casa en Chelsea, un pretexto y algunos donativos a la causa.

Los años anteriores habían sido tan bellos… Conciertos,

exposiciones, recitales de poesía, y después de cada uno de aquellos acontecimientos largas veladas en torno a una mesa llena de bebidas, largos bailes en locales oscuros, largos besos de hombres a los que respetaba, largas noches de amor sin compromiso con hombres que la respetaban a ella.

Todo eso se había acabado al llegar el momento de la verdad. Alguien lo había dicho los meses anteriores:

—Lo único que temo es que llegue el momento de la verdad. Porque entonces sabremos quiénes somos.

No era del todo cierto. Ella no había sabido quién era al llegar el momento de la verdad. Lo había sabido unos meses después, al perder el pretexto de su ausencia y saber, entonces sí, quién era.

El año anterior, habían empezado a llegar algunos de los supervivientes. Primero en forma de noticias: Miriam había vuelto a París, Jaime y Lola habían huido a México, Miguel había sido detenido. Luego, además de las noticias, también habían llegado en carne y hueso a Londres, la ciudad perenne de los exiliados.

A mediados de 1938, en una cena de sociedad, había coincidido en la mesa con un abogado de apellido español. Al dirigirse a él en su propia lengua, el abogado había respondido:

—*Sorry?*

Aquel hombre de pelo negrísimo, estatura inferior a la británica y ojos oscuros no hablaba español. Clara había pasado enseguida al inglés, habían conversado sobre las razones de sus apellidos. El abogado había sonreído: estaba claro que no era la primera vez que se lo preguntaban.

—Mis antepasados eran españoles —dijo.

—Dice usted «antepasados» como si se refiriese a la Edad de Piedra.

El abogado rio entre dientes.

—Casi. Estamos hablando de cuatro generaciones. Mi bisabuelo llegó a Inglaterra con la primera ola de exiliados liberales. En 1814.

En aquel momento, Clara no supo qué decir. No supo si aquella conversación cortaba un vínculo o lo establecía. No supo si de pronto tenían algo en común o habían dejado de tenerlo.

Porque ella no era una exiliada. Solo era alguien que había huido.

—Buenas noches, señorita Clara. Feliz Año Nuevo.

Su propio mayordomo. Su propia doncella. Su propia cocinera. Es verdad que no había nadie más, y se multiplicaban para atender todas las tareas de la casa, pero eran lo que eran, representaban lo que representaban.

—No tenía que estar levantado, Víctor.

—La estaba esperando, no se preocupe. Ahora despierto a Lucía.

—Ni se le ocurra.

Subió a su habitación —esas casas inglesas de escalera angosta, pero tan bien distribuidas, esa habitación amplísima— y se sentó frente al tocador. Se miró en el espejo.

Había decidido no volver.

Lo había decidido en cuanto acabó la guerra. Como protesta. Como rebelión. Luego, lo había hecho compatible con la vergüenza de acudir por teléfono a un bufete importante de Madrid para que representara sus intereses. Para poder seguir viviendo en Chelsea, ya como exiliada.

Exiliada… ¿A quién pretendía engañar? Ella podía volver a España cuando quisiera, no tenía más que cruzar la frontera para volver, en Madrid le esperaba una casa aún más grande que la de Londres, alquilada en esos momentos a un banco que había contribuido a la derrota de la República.

Se quitó los pendientes, el collar, el broche con la flor de perlas en el pecho y el vestido blanco, como si con eso se despojara de los atributos de su traición, como si aquella mujer en combinación delante de un espejo fuera otra distinta que la que hacía un instante estaba uniformada para beber champán en una casa llena de privilegiados. Una casa inglesa, por supuesto, con invitados ingleses, para evitar el conflicto que asedia su mente, pero por la que, a cierta hora de la noche, han empezado a pasar otras personas que no esperaba ver.

Entonces se acordó del general.

Aquel ser arruinado había sido uno de los mitos de su primera

juventud. Una de esas personas de las que un adolescente puede enamorarse desde la distancia, el piloto maduro que participaba en raids aéreos impresionantes, el hombre apuesto que aparecía en las páginas de huecograbado de *Blanco y Negro*.

Lo había visto en persona una sola vez, en una fiesta en su casa de Madrid. Una fiesta igual a la de aquella noche. Había sido en la primavera de 1923; ella tenía entonces veinte años y el comandante Rojas había hecho su entrada en el salón iluminado, con su uniforme gris con las alas en el pecho, saludado por todos los presentes.

Clara se había abierto paso hasta él. El piloto, moreno, elegante, respondía con timidez a las personas que lo abordaban, parecía incómodo cuando le preguntaban por la campaña de África. No quiero hablar de eso, decía, pero usted es uno de nuestros héroes, no, por favor.

Había algo más que falsa modestia en sus palabras, y a pesar del deslumbramiento y la falta de experiencia Clara lo advirtió, y su interés por el aviador no hizo más que aumentar. Consiguió superarse y tender la mano hacia el piloto:

—Bienvenido a mi casa, comandante. Soy Clara Suances, la hija de su anfitrión.

El piloto sonrió y se inclinó a besar la mano que le tendían, y Clara experimentó una sensación grata y confortable.

—¿Sabe que soy fiel seguidora de sus hazañas? —Se sintió ridícula nada más decirlo, pero quería demostrarle a toda costa que seguía sus pasos, que sabía quién era, que lo sabía mejor que todos los que la rodeaban—. Leí todo lo que publicaron sobre el raid a Funchal…

—No es tan importante. —El piloto parecía distraído—. Ni había tanto que contar. Los periódicos exageran mucho.

¿Por qué no se fijaba en ella? Clara tenía éxito; era consciente de su belleza, era consciente del vestido de seda con flores exóticas y aire vagamente japonés que llevaba puesto, era consciente de que no conseguía atraer la atención del comandante Rojas.

Entonces entró aquella periodista, y a su alrededor se formó un alboroto no menor que el causado por el piloto hacía unos instantes, y

todo el mundo acudió a ella como arrastrado por una corriente subterránea.

Y ella vio la mirada del piloto. Cautiva. Presa de la recién llegada.

Todo el mundo la conocía. También Clara. Era Laura Sastre, *Carta blanca*, una de las primeras periodistas de Madrid, corresponsal de guerra, enviada especial a la Conferencia de Paz de París, hacía cuatro años. Una mujer mayor a ojos de Clara; probablemente le doblaba la edad, a pesar del maquillaje se veían las patas de gallo en los ojos y las arruguitas en las comisuras de los labios, visiblemente acostumbrados a sonreír. Saludaba con enorme desparpajo, estaba acostumbrada a dejarse admirar.

Pero su sonrisa de escenario se dulcificó al ver al piloto. Sus ojos dejaron de verlo todo. Caminó hasta ellos.

—Gonzalo. Cuánto tiempo.

—Laura.

Había tanta melancolía en esas palabras que Clara se sintió brutalmente desplazada. Sintió que había dejado de estar allí.

Se apartó de ellos trastabillando, como si todo el mundo se fijara en ella.

Pronto haría dos décadas. Todos esos eones después, Clara había enjugado los labios heridos del general, secado su rostro. Comprobado que no la recordaba.

Se miró en el espejo. Ahora también ella empezaba a tener finas arruguitas en torno a los ojos, nada era igual, pero había sentido emoción al tocar el rostro del aviador, convertido en un niño esa noche tanto tiempo después, mientras que ella había dejado de ser una chiquilla para pasar a ser una mujer experta, alguien que sabe lo que hay que hacer.

Y una exiliada. Una exiliada voluntaria. La única en todo Londres que podía decir semejante cosa.

Miró el telegrama que tenía encima de la mesa. «Llego 3 de enero. Espero verte. Daniel».

Espero verte, decía. Cómo no iba a verla. Desde que había sabido que venía, Clara se había encargado de buscarle un sitio donde vivir,

una habitación alquilada en una calle del distrito W2. Modesta, pero pagada. Pagada por ella. Había acordado con la casera limpieza, desayuno y ducha cada dos días —los ingleses cobraban por todo—, y salido de allí con dos juegos de llaves.

Daniel no había llegado a preguntarle si tenía en casa sitio para él, y ella no había pensado ni por un instante en ofrecérselo. Lo conocía bien. Sabía perfectamente que la presión del dinero sería mucho más fuerte sobre él que la presión de la hospitalidad, le obligaría más a encontrar un trabajo. Si estaba con ella, no era posible saber cuándo iba a conseguir sacarlo de la casa sin tener que echarlo. Y no iba a poder echarlo. Había entre ellos demasiadas cosas como para eso.

Se desnudó y se puso el camisón, y se acostó en la cama que Lucía había abierto cuidadosamente, con el embozo partido en ángulo como si fuera la tapa de un sándwich. Un sándwich blanco de lino suave. La cerró.

Estuvo mucho tiempo mirando el techo, sin apagar la luz.

III

El frío hizo que Daniel Zaldívar abriera los ojos. Distinguió los cristales velados por la humedad, los viejos bancos junto a la pared, los rostros adormilados de sus inminentes compañeros de viaje.

La sala de espera del ferri era modesta, no especialmente limpia, y la bombilla colgada del techo difundía apenas una luz mortecina, pero comparada con todos los lugares de los que venía era casi un palacio, pensó. Un instante después lo pensó mejor y se dio cuenta de que no era un palacio, era la civilización.

Él no venía de la civilización. Llevaba muchos meses durmiendo en el suelo, andando con zapatos que llevaban la suela atada con un cordel, sentado en sitios en los que la búsqueda del calor humano —del calor animal, en realidad— abolía todo rastro de intimidad e incluso de pudor. Estar allí aquella madrugada a varios metros de distancia del resto de los pasajeros y, en vez de añorar su calor, apreciar su distancia a pesar del frío, era una señal esperanzadora de que estaba volviendo a ser un europeo culto.

No quería preguntarse qué había sido, entonces, los meses anteriores. Sí podía decir cómo se había sentido. Desde que había cruzado la frontera de Francia, diez meses atrás, se había sentido como ganado.

Qué sabio era el lenguaje, pensó. Automáticamente el perdedor se convierte en ganado, en cosa ganada, en botín de guerra.

O en un bien mostrenco, del que cualquiera puede disponer. Desde que habían cruzado la frontera del país que llevaban admirando toda su vida, los habían tratado como a reses, llevándolos de un lado a otro, despreciando el hecho de que se dirigieran a sus guardianes en correcto francés para reclamar su estatus de refugiados. Cuando los habían encerrado en las playas, entre las alambradas y el mar, Daniel había sido consciente del simbolismo de que pusieran a custodiarlos a

tropas coloniales, como si sus forzados anfitriones pensaran que les correspondía ser vigilados por gentes que siempre les hicieran notar que habían perdido su condición de europeos.

Durante las noches heladoras, cuando para dormir se recitaba poemas de Aleixandre o se regodeaba en el recuerdo del abrazo de los amigos y de las amigas, pensaba tercamente que, mientras pudiera recordar los poemas o cerrar los ojos y sentir la piel viva de la amistad, seguiría siendo un ser humano, y si los olvidaba, se convertiría en una bestia.

Sabía también que en esos momentos estaba pagando el peaje de su elección de unos años atrás, cuando había optado por ser poeta del frente en lugar de quedarse a disfrutar las fiestas de disfraces del Madrid sitiado. Eso le había hecho perder amistades, que habían sido cruciales al final. Había cruzado la frontera a pie con los de a pie, y a pie había seguido.

Por eso, cuando la desesperación le había hecho pensar en Clara, se había tratado de un pensamiento no exento de culpabilidad.

Por partida doble: por pensar en ella como punto de apoyo y por el mucho tiempo que llevaba sin pensar en ella. Sin duda, su imagen había aparecido en su cerebro entre las otras muchas que poblaban sus sueños intranquilos en la playa, pero jamás había recuperado ese lugar central que había tenido pocos años atrás…

Era Madrid, y aún no habían pasado ni diez años, y Clara era la encarnación de ese mundo libre en el que vivían. Una mujer que se bebía la vida a tragos, que saltaba de tertulias de poetas a tertulias de políticos, de grupos de pintores a escenarios teatrales, que presumía de hombreriega y que durante unos meses había invadido sus sueños de manera absoluta, no a ratos como ahora, vestida muchas veces de polichinela, como en aquella representación, con aquellas ropas sueltas de colores vivísimos, con aquel punto rojo en la nariz blanca.

Había sido una odisea: él loco por ella y loco por tenerla, y ella cariñosa, dispuesta pero esquiva, entregándose a él pero negándole todo derecho, diciéndole que le quería pero negándole toda exclusividad. Un día en que se quejaba con un amigo íntimo de sus torturas, el amigo se había reído de él y le había espetado en la cara:

—Tu problema es que no crees en lo que predicas, Daniel. Te dices partidario del amor libre, pero eres un señor tradicional, igual que tu padre.

La mención del padre había sido una puñalada, porque Daniel había construido su vida como una continua y constante negación de su progenitor y de sus orígenes, y había convertido la literatura en una isla de utopía a la que no tenía acceso su iletrado antecesor.

Primero no había vuelto a hablar de Clara, luego no había vuelto a hablar con Clara. Había roto con ella de forma radical, un tanto dramática, hasta conseguir que su ruptura protagonizara durante unos días las hablillas de todos los amigos, como si hubieran sido en realidad lo que nunca fueron, lo que él quiso que fueran sin conseguirlo.

Volvió a abrir los ojos, y solo entonces supo que había vuelto a quedarse dormido, que había vuelto a ver al arlequín en sueños.

Los cristales que daban al exterior seguían empañados, pero por ellos empezaba a colarse una luz que tenía la intensidad creciente del amanecer. Los otros viajeros empezaban también a despabilarse. Miró el gran reloj colgado encima del dintel de la puerta. Faltaba poco para zarpar.

Y al otro lado del Canal de la Mancha le esperaba Inglaterra, tierra de asilo, quizá futuro, aunque entretanto también involucrada en una guerra.

Una guerra extraña. Desde el mes de septiembre, cuando los aliados habían declarado el conflicto entre sus naciones y el Reich alemán, no había habido operaciones bélicas sobre el terreno, apenas alguna escaramuza aérea, y solo en el mar parecían enfrentarse las flotas británica y alemana, en solitario, como en una novela del XIX. Un periódico francés había dicho que aquello era una «guerra de broma».

Daniel había acumulado en sus carnes la suficiente experiencia bélica como para saber que no había broma alguna en perspectiva. Aquella tensa calma terminaría, y cuando terminara todos los bromistas la echarían de menos. No hacía ninguna falta ser profeta para eso. Tan solo había que tener la piel escaldada por el frío, el

estómago abrasado por el hambre y el cerebro achicharrado por el miedo, y de todo eso ya había tenido en abundancia.

Esa misma mañana, en aquel amanecer de bruma, él era quizá el pasajero más preocupado por la travesía. Cruzar el Canal era cosa de poco, el servicio regular no se había interrumpido, y las instrucciones para caso de ataque que todos llevaban en un papelito diferían poco de las que en tiempo de paz se daban para caso de tormenta. Los ingleses confiaban en la vigilancia de su Armada, en la capacidad de su servicio aéreo para avisar con tiempo de la presencia de buques hostiles, en su potencia de fuego para echarlos a pique si se presentaban.

Y, sin embargo, en octubre un submarino alemán había entrado al corazón de una base naval británica, en Scapa Flow, y lo que se había ido a pique había sido un acorazado inglés.

Sí, Daniel estaba preocupado. Pero lo que quería dejar atrás era mucho peor.

La idea de salir de Francia ya la había concebido en marzo, cuando Robert Capa había visitado el campo. Los refugiados que lo conocían, los que habían compartido publicaciones y visitas al frente con él y Gerda Taro, se habían arremolinado a su alrededor, luchando por hacer que se acordara de ellos, que arrancara a su memoria alguna clase de relación que les permitiera pedirle ayuda, ¿te acuerdas de Brunete, Robert, te acuerdas de la Cuesta de las Perdices?

Capa se había abierto paso entre ellos con la paciencia de quien ha conocido la desesperación en mil y un escenarios, había tratado de calmarlos alternando sonrisas y voces severas, les había dicho que lo mejor que podía hacer por ellos estaba como siempre en su cámara, que le dejaran hacerles las fotos, que él se lo contaría todo al mundo.

Daniel tampoco había conseguido nada, pero en su mente había brotado la idea de buscar la ayuda exterior para salir del campo.

Y entonces había pensado en Clara.

Llegar hasta ella había sido todo menos fácil: en sus circunstancias, conseguir papel, un lápiz, un sello, que los guardianes se encargaran de tramitar el envío eran tareas hercúleas de una en una y en su conjunto.

—¡Pasajeros, a bordo!

Cabeceó sobresaltado, solo en ese momento se dio cuenta de que se había quedado dormido. Poco a poco, los escasos ocupantes de la sala de espera se iban poniendo en pie. Mecánicamente, se ajustaban el cuello de las ropas, en previsión del frío exterior.

Cogió su maleta del suelo y se incorporó.

El contacto del asa con la mano le hizo pensar con gratitud en Clara.

El día que había llegado su respuesta había sido igual que una celebración. La carta había llegado, y su amiga, su antigua amante, su compañera de lecturas y de juegos no lo dejaba en la estacada.

Le enviaba dinero. Era ya un milagro que no se hubiera perdido por el camino, que hubiera llegado hasta él. Cuidadosa, mencionaba en la carta la cantidad exacta para que los guardianes que la abrieran no pudieran tener la tentación de robarlo. (Más cuidadosa aún, había puesto en el sobre una cantidad suplementaria para que pudieran quedársela sin dejar rastro, y eludieran así la tentación de romper la carta, pero eso Daniel no lo sabía).

Poco dinero, pero suficiente para dar los primeros pasos. Le anunciaba la llegada de un emisario que lo ayudaría con el arreglo de otros problemas administrativos. Le aseguraba que podía contar con ella.

No había un solo mensaje de cariño en la misiva. Ni una línea de aspecto personal.

Daniel pisó las tablas de la pasarela con la misma impresión que había tenido al cruzar la frontera por Le Perthus. Pero ahora no iba hacia la incertidumbre. Al otro lado del Canal esperaba la democracia más antigua del mundo.

Es verdad que el viento era frío, y al subir a bordo tuvo la impresión de que aquel vehículo se bamboleaba mucho más de lo que había supuesto.

Tuvo miedo. Imaginó de pronto aquel barco hundiéndose, a él mismo agarrado a la maleta.

La maleta. La maleta había sido una de las cosas que había comprado con el segundo dinero que vino, el que le trajo el emisario.

Que, por supuesto, era mucho más que un emisario. Era un diplomático inglés que tenía documentos suficientes para sacarlo de allí. No llevaba un pasaporte de tapas rojas, pero sí uno de apátrida con un visado que le permitiría llegar hasta Londres. No traía consigo nada que se pareciera a un talonario de cheques, pero sí suficiente dinero para comprarse ropa, viajar, comer por el camino.

Para comprarse una maleta.

Daniel se preguntaba cuánta gente sabría de verdad lo que significaba una maleta. Tenerla implicaba poseer algo que meter en ella, algo que pudiera llamarse propio. (Solo en ese momento se había dado cuenta de que él, denostador de la propiedad, necesitaba al menos una propiedad mínima). Implicaba que la propia persona estaba rodeada de una vida.

Implicaba también que se era una persona libre, que podía desplazarse y necesitaba llevar consigo sus pertenencias. Aquel objeto rectangular e inocuo, tan distinto del bulto que se lleva en brazos, tan preñado de símbolos, lo devolvía a su mundo anterior, aunque le faltaran las hojas pegadas de los hoteles y las ciudades que habían adornado su equipaje en los tiempos felices.

La bocina del ferri anunció que la frágil cáscara se entregaba al abrazo del mar. Un mar plagado de crestas blancas, que parecían acudir todas en su persecución, y en el que enseguida la proa se hundió y volvió a erguirse como una cuchilla que se abre paso por un gran melón.

No tardó en tener que salir a la cubierta, a pesar del cartel que anunciaba que si lo hacía era *at your own risk*, porque necesitaba que le diera el aire, que le mojara el agua si no quería expulsar hasta el último gramo del contenido de su estómago.

Por el camino, había pasado por un París seguro de sí mismo, inconsciente de la guerra, y había tenido la tentación de quedarse allí: la ciudad de los escritores, que había conocido y disfrutado entre finales de los años veinte y principios de los treinta, le atraía, y tenía el aspecto de no haber cambiado, transmitía el engaño de que todo podía volver a ser igual que en el pasado.

Pero el miedo lo había vuelto prudente. Quedarse en París

suponía arriesgar nuevas incertidumbres, renunciar al refugio que se le ofrecía.

Porque el emisario había traído otra carta, mucho más extensa. En ella, Clara le decía que ya tenía alojamiento para él en Londres, le añadía que le estaba buscando trabajo, aunque fuera en forma de colaboraciones. En la radio había mucha demanda de ese tipo de cosas.

No se le había escapado el tácito mensaje. No iba a vivir en su casa. Y no iba a permitir ni que no hiciera nada ni que se dedicara a sumarse a los círculos de exiliados y debatir interminablemente la mejor forma de regresar.

Pensó en los otros amigos que quizá estuvieran allí. Se preguntó qué habría sido de ellos.

Ya encontraría algo. Si lograba llegar a las costas de Inglaterra sin echar la primera papilla.

En algún momento, cuando ya estaba empapado y exhausto y le hormigueaban los dedos de las manos de tanto respirar hondo, vio una mancha en medio de la bruma. Tardó en darse cuenta de que eran los famosos acantilados blancos. Y tuvo la misma sensación de esperanza que debieron de tener todos los que vieron desde los barcos el brazo extendido de la Estatua de la Libertad.

IV

Se levantó con un extraordinario dolor de cabeza, una sensación de inestabilidad que casi lo hizo capotar en el lavabo cuando fue a lavarse la cara y una terrible sensación de vergüenza.

La vergüenza y el ridículo habían sido motores importantes de su vida, muy especialmente ante sus compañeros, el grupo que había llegado a Getafe en marzo de 1911 para probar los primeros aviones del ejército, cuando había que encender una cerilla y exponerla al viento para saber si se podía volar y los mirones como él apenas hacían otra cosa que empujar los delicados aparatos —tela, alambres y ruedas casi de bicicleta— por una pista llena de irregularidades y hasta unos hangares que también habían llegado allí desmontados en grandes cajones longitudinales. Estaba en Getafe cuando se habían abierto las pruebas de pilotos, había tenido que esperar su turno para formar parte de una de aquellas promociones y se había sentado detrás de aquel instructor francés para sentir primero el aire en la cara y la velocidad y probar su aptitud para el cielo resistiendo virajes y golpes de viento sin soltar exclamaciones y sin que se le viera apretar los dientes.

No se le había olvidado la tensión de aquellas primeras clases en tierra, cuando por primera vez eran otros y no él los que daban la vuelta de rigor a la hélice para que el contacto arrancara el motor y quitaban las calzas de las ruedas. Recordaba las clases de maniobra en tierra, con el aparato rodando en línea recta por la pista de grava y luego haciendo eses para comprobar que el timón funcionaba y que se era capaz de empuñarlo sin perder el control. La prueba de aceleración, hasta el instante mismo en que el aparato empezaba a dar brincos y se recibía el banderazo de cortar la potencia y abortar el despegue.

Durante todos aquellos ensayos había estado esperando que un

día la bandera no bajase, y un día la bandera no bajó. El Farman dio tres brincos y después del tercero dejó de brincar, y Rojas supo que estaba en el aire.

Tenía en la cabeza, tan indeleble como algunos colores quedan en la memoria, el cambio repentino en la calidad del ruido. Lo que hasta entonces había sido una mezcla de crujidos de tierra, gemidos del asiento y del traje de cuero y ronroneo de la mecánica quedó sustituido por el ruido uniforme del rotor, y por el zumbido del viento en contra. Luego tuvo conciencia de que no se trataba del viento en contra, sino del propio aire hacia el que volaban en plena calma chicha, y esperó el momento ya previsto en que el francés se volviera hacia él y le ordenase empuñar la palanca por encima de su hombro.

El francés lo hizo, simplemente alzando la diestra para indicárselo, y Rojas cerró uno tras otro los dedos de la enguantada mano alrededor de aquel bastón clavado en el suelo de madera del avión, y cuando le indicaron tomó altura, y más tarde pisó el pedal y viró a la izquierda.

No se le había olvidado el primer aterrizaje, el momento ya próximo a la tierra en que el francés le había ordenado con un seco ademán cortar el contacto, y después mantener a puro pulso el avión en perfecta horizontalidad, con los músculos tensos como los cables que iban hacia las alas, hasta que las ruedas habían tocado el suelo y habían empezado a rebotar, hasta que el gancho situado a popa había tocado el suelo y, con un fuerte tirón, se había clavado en él como la reja de un arado. Había habido aplausos y felicitaciones, y no risas, pero él sabía que lo había hecho bien para evitarlas.

Perder la vergüenza y el sentido del ridículo lo había llevado a aquella situación triste. A aquel amanecer en el que solo sentía la necesidad de disculparse ante una mujer amable.

Trataba de peinarse cuando cayó en la cuenta de que no sabía cómo se llamaba. Clara, sí, pero ¿qué más?

Le angustió el repentino vacío, antes de reparar en que podía emplear los servicios de la embajada para eso. La secretaria del embajador no tendría inconveniente en distraer unos minutos para una gestión tan sencilla.

Se pasaba la vida buscando a mujeres.

Pero ya no tendría que buscar a Laura.

—Buenos días. Quisiera ver a la señorita Sastre.

El conserje del periódico le había mirado con cierta perplejidad, como si el hecho de que un oficial de ingenieros buscara a una periodista en un periódico fuera una singular anomalía.

—¿De parte de quién?

—Del teniente Rojas.

Se vio en el espejo, con el pelo blanco y las mejillas caídas, con aquellos ojos, que tantas veces habían visto el cielo, hundidos en un túnel de cercos arrugados. Le pareció oír otra vez el lejano rumor de la hélice fundido con el viento.

Oyó unos golpecitos, y pensó que el motor tableteaba, y sus sentidos se pusieron en alerta. Luego salió de su estupor y se dio cuenta de que estaban llamando a la puerta.

—¿Sí?

—Buenos días, mi general.

Su asistente asomaba por la puerta su vieja nariz.

—Buenos días, Antonio.

—¿Va a ir de uniforme?

Gonzalo entornó los ojos, y sin duda con eso consiguió concentrar la vista, pero no la mente como deseaba. En la mente reinaba la confusión.

—¿Tenemos algo hoy? —preguntó al fin, derrotado.

—La comida de agregados aéreos, señor.

Ah, sí. Era el día de la comida de agregados. Los agregados se pasaban el día comiendo. O cenando, o bebiendo. Pero cuando bebían él no iba con ellos. Había cosas que aún no era capaz de hacer.

Antonio seguía esperando con paciencia, con la expresión de quien no se encuentra en esa situación por primera vez.

—Sí, iré de uniforme.

El asistente cerró la puerta, y Gonzalo Rojas volvió a quedarse a solas con sus fantasmas.

—Estás de broma.

Nada más entrar en el hangar, había visto los corrillos y se había dado cuenta de las sonrisas al verlo aparecer, y se había inquietado. Las sonrisas solían preceder a alguna tarea desagradable, como que lo designaran a uno jefe del equipo de limpieza de pistas y tuviera que andar empujando como ovejas a los reclutas mientras se agachaban en busca de piedras, malas hierbas y boñigas de los caballos que tiraban de las cisternas de combustible.

Pero no se imaginaba eso.

—Me temo que es una orden, teniente.

—¿Quieres que suba a una periodista en mi avión?

No le gustaba llevar pasajeros. No le gustaba en absoluto. Pero es que además aquella pasajera no era simplemente una periodista. Se trataba de Laura Sastre, *Carta blanca*, la periodista a la que temían tanto los políticos como los autores de teatro, tanto los empresarios como las damas de sociedad. El nombre de guerra con el que firmaba —no se trataba de un seudónimo que escondiera nada, todo el mundo sabía quién estaba detrás— derivaba su título precisamente del autoconcedido salvoconducto para decir sin tapujos cuanto se le pasaba por la cabeza, a la hora de juzgar la intervención de un parlamentario o el atavío de una duquesa en su palco del Real. Sastre no tenía pelos en la lengua. Una sarcástica descripción suya era capaz de hundir una carrera.

—No podéis hacerme esto.

Alfredo engoló la voz para burlarse:

—Teniente, esperamos de usted el espíritu de sacrificio que la patria reclama a sus soldados. Cuando llega la hora de la verdad…

Las risas del resto de los pilotos habían ahogado las de su jefe. Rojas aún había tratado de resistirse antes de comprender que, sencillamente, le había tocado la china. A todos les pasaba alguna vez. Todos habían llevado ya, pegados a la espalda, a un ministro, un duque o un general. Las necesidades de la opinión pública lo exigían.

Pero Laura Sastre iba a ser la primera mujer, y eso le hacía a él objeto de especial burla. Se pasó todo el día aguantando bromas y alusiones procaces, durmió mal, llegó al campo nervioso y

descentrado.

No sabía qué había estado esperando, pero cuando Laura Sastre llegó en el coche del arma de ingenieros, no pudo reprimir la sorpresa. El coche se detuvo a pie de pista, donde él ya esperaba vestido de cuero hasta las cejas, y el coronel Vives ayudó a descender a una mujer muy joven, menor de treinta años, ataviada con un largo vestido de gruesa lana blanca y un gorro del mismo color, del que escapaba un flequillo rebelde de pelo castaño.

Tenía una sonrisa alegre y lo miraba todo con evidente curiosidad. Rojas no pudo evitar la sensación de que lo buscaba entre los reunidos, y la confirmó cuando lo distinguió, claramente visible por su indumentaria, coronada por el casco y las gafas, y su sonrisa se ensanchó aún más.

—Permítame que le presente al teniente Rojas, que será el encargado de efectuar su bautismo del aire.

Hubo un momento idiota cuando Gonzalo se llevó la mano a la frente para hacer el saludo militar mientras Laura Sastre le tendía la suya. La había tendido en vertical, ofreciéndola para que se la estrechara, y Gonzalo titubeó sin saber si hacerlo o imitar a Vives e inclinarse para besarla, mientras imaginaba las sonrisas de todos los compañeros y era presa de todos los demonios del Infierno.

—Bautismo del aire, qué bonito. —Tenía una voz agradable y sonora, fuerte—. ¿Puedo decir entonces que es usted mi padrino?

Esta vez sí hubo risas mientras Gonzalo seguía siendo incapaz de hilar una respuesta que tuviera un mínimo ingenio. Vives salió en rescate de su subordinado:

—Teniente, haga el favor de explicar a nuestra invitada todo lo relativo al avión y al vuelo.

Acompañó sus palabras de un gesto de la mano izquierda que parecía mostrar el camino hacia el aparato. Gonzalo le imitó con la mano derecha, y *Carta blanca* pasó entre las dos manos como por un imaginario arco triunfal.

Al pie del Farman había una escalerita de biblioteca, para que *Carta blanca* pudiera subir al artefacto sin tener que trepar. Gonzalo se disculpó por adelantarse, se encaramó a las alas y dio inicio a sus

explicaciones:

—Con esta palanca se gobierna el avión…

—¡Madre mía! —interrumpió Laura Sastre—. ¿Se va sentado así, sin protección alguna?

Señalaba con el dedo el asiento del piloto y el de su acompañante, dos cestillos de mimbre situados uno detrás del otro de los que colgaban gruesos cinturones de cuero. Delante de ellos no había otra cosa que una barra para apoyar los pies y la palanca de mando. El motor y la hélice iban a su espalda, en dirección contraria a la marcha.

—No se preocupe, usted irá detrás de mí —dijo Gonzalo, y al instante de decirlo se sintió infantil. Pero ya era tarde:

—Oh —respondía con sorna la periodista—. Eso me tranquiliza mucho. ¿Me permitirá que me agarre a sus hombros?

—Por supuesto —balbuceó Gonzalo.

Se volvió a los asientos para no ver el coro de sonrisas que florecía a espaldas de la periodista y de cara a él. Levantó el asiento del piloto.

—Aquí dentro llevamos un equipo de emergencia. Vendas, antiséptico, un revólver con su munición…

—¿Por si caemos en tierra de salvajes?

Gonzalo volvió la cabeza. La ancha sonrisa de Laura Sastre hizo que prefiriera no responder.

—… un rollo de cordel para reparaciones, un plano de la región, hojas de telegrama y dinero en metálico…

Esta vez fue una alegre risa la que interrumpió las explicaciones. Gonzalo se volvió una vez más, ya bastante enfadado.

—Perdone. —Laura Sastre se tapaba los labios con tres dedos, con fingido arrepentimiento—. Es que me ha hecho tanta gracia la idea de buscar una oficina de telégrafos y encima pagar el telegrama…

—No es la primera vez que uno de nuestros pilotos, y estoy hablando ahora más bien de los globos del servicio de aerostación —intervino Vives—, se ve arrastrado fuera de su ruta por el viento y logra tomar tierra a muchos kilómetros de distancia del área prevista, señorita Sastre. Créame que en esos momentos es útil encontrar un

telégrafo desde el que poder avisar al aeródromo.

—Lo entiendo, pero lo de pagar el telegrama en plena emergencia…

—Tratamos de no resultar gravosos a nadie.

—Qué sensato. ¿Cuándo volamos?

Gonzalo tendió la mano a Sastre para que terminara de subir la escalerita y le explicó cómo acomodarse y le entregó unas gafas, que Laura se puso. Tenía una expresión singular y traviesa, con los gruesos anteojos tapándole la cara.

Luego, al fin, pudo darle la espalda para concentrarse en su tarea.

Se hicieron las revisiones pertinentes, los circundantes se apartaron y Gonzalo dio gas. La hélice cobró fuerza, las asistencias quitaron las calzas y el aparato empezó a rodar.

Tal como había anunciado, Laura Sastre posó ambas manos encima de sus hombros y Gonzalo las sintió, firmes y pesadas, como si aportaran un lastre específico al avión.

El motor del Farman aumentó las revoluciones, la pista corrió bajo las ruedas y el avión despegó.

Gonzalo notó que las manos se agarraban más, y por primera vez le resultó grato. Estaba en su elemento. El aire.

No pensó en nada más mientras el Farman cobraba altura y el paisaje se hacía más pequeño y más amplio bajo sus pies. Señaló con el dedo algunos lugares reconocibles, y la periodista respondió a las indicaciones con nuevas presiones de los dedos o con exclamaciones de sorpresa.

Volaban. Volaban y el rumor del aire lo invadía todo, como siempre, como una forma nueva del silencio.

Hasta que llegó aquel golpe de viento.

Coincidió con el primer viraje, ese momento crítico del que había avisado a la periodista, gritando por encima de su hombro mientras ella acercaba su cara a la de él para entenderle. Le había despistado apenas un instante el perfil cercano de su nariz y sus labios, pero eso no había tenido nada que ver. Simplemente no había estado listo.

Habían dado la vuelta para regresar y, entonces, había venido la

sacudida. Y le había pillado desprevenido. El avión se había ido de costado, había perdido altura y ya no había logrado hacerse con él. Habían bajado demasiado deprisa hacia una carretera demasiado estrecha, flanqueada de campos de trigo todavía verdes. El Farman se abrió paso por uno de ellos como una segadora enloquecida, cortando las espigas con las alas, hasta que el aparato consiguió tocar tierra, bastante horizontal, antes de capotar y detenerse.

De manera instintiva, Gonzalo se soltó los cinturones y saltó del avión. Corrió hasta el morro para comprobar si el estabilizador de proa había sufrido daños, vio con disgusto que una de las varillas se había roto.

Se había olvidado por completo de que no estaba solo. Cuando lo recordó, volvió la vista para descubrir, todavía en su asiento, acodada en el respaldo del piloto, la sonrisa burlona de la periodista, con las gafas encaramadas en la frente.

—Parece que vamos a necesitar esas hojitas de telegrama, teniente —dijo.

V

Sir Hugh Dowding odiaba los actos sociales. Desde que había sido nombrado comandante jefe del mando de caza de la RAF, hacía cuatro años, había tenido que asistir a muchos, y eso no había hecho que le gustaran más. Ni había conseguido dotar a su carácter de virtudes tales como la diplomacia. No le parecían propias de su forma de ser, no quería aprenderlas y no le interesaban.

Pero no tenía más remedio que ir a cosas como esa, e incluso convocarlas. Las tomaba como parte del servicio, no más agradable ni menos importante que el aburrido trabajo de oficina.

Sin embargo, era consciente de que la comida de los agregados no sería igual que la de los años anteriores. Por primera vez, se trataba de una comida de guerra. No estarían presentes los agregados alemán e italiano, que habían vuelto a sus países tras la ruptura de relaciones. Tan solo estaría, por parte del fascismo, aquel incómodo español.

Dowding había oído hablar antes de Gonzalo Rojas. Los dos eran pilotos de promociones parecidas —Rojas se había ganado las *alas* en 1911, y Dowding en 1913—, los dos tenían experiencia bélica, porque aunque España no había participado en la Gran Guerra había tenido su propia guerra colonial en Marruecos, y Rojas había sido uno de los pilotos que llenaban periódicos haciendo largos viajes sin escalas en los años veinte. Nunca se habían visto antes de la llegada del español a Londres, pocos meses atrás, pero se miraban el uno al otro con el debido respeto profesional.

Dejó vagar la vista por el comedor, con paredes revestidas de madera color caoba. A la mesa empezaban a sentarse, después de rendirle el saludo protocolario, aquellas viejas glorias de la aviación europea, enviadas allí por sus países porque ya no podían volar y no eran lo bastante relevantes para mandar la fuerza aérea de sus países. No les faltaba nunca tema suficiente de conversación, lo que en

muchas ocasiones permitía evitar los incómodos asuntos políticos.

Pero él no estaba allí para evitar incomodidades. De hecho, también por vez primera, había leído con atención los informes previos de los servicios de inteligencia, lo recordaba todo de aquellos hombres. Sabía perfectamente de qué quería hablar con ellos durante la comida y durante el café, que tomarían de pie en la sala de trofeos.

Y se aplicó a cumplir su deber como si se tratara de una misión de guerra. Los hábiles servicios protocolarios habían sentado a su lado al agregado aéreo francés, y dedicó gran parte de la comida a explorar cuáles eran los planes del principal aliado si alguna vez empezaba la guerra sin contemplaciones.

—Esta calma no puede durar —decía el francés—. ¿Cómo va su proyecto?

Dowding sabía muy bien a qué proyecto se refería su interlocutor. El primer lord del almirantazgo, Winston Churchill, había concebido un plan para lanzar minas al Rin desde el aire y sabotear el tráfico fluvial, tan importante en Alemania. A Dowding le parecía una idea fantasiosa e improductiva, pero no tenía la menor intención de dejarlo traslucir.

—No tengo ni idea, querido amigo —mintió—. Ya sabe cómo son los políticos. Conciben una quimera y luego vienen a pedirle a uno que la ejecute.

—No sabe cómo le entiendo.

El colega francés estaba preocupado. La aviación alemana había experimentado un tremendo desarrollo durante los últimos cinco años, y había tenido la fortuna de probar armamento nuevo con fuego real durante la guerra civil española; los dos levantaron la vista un momento hacia el agregado aéreo español, que comía con calma mientras atendía las explicaciones del colega canadiense, al que se había encargado la tarea de darle información falsa… Todos daban por hecho que cualquier cosa que se le contara terminaría en manos alemanas.

Todos menos Dowding. El informe de inteligencia tenía datos contradictorios acerca de Rojas. Datos que había que confirmar.

El anfitrión suspiró un poco antes de incorporarse e invitar a esa

docena de oxidados pilotos a pasar a tomar el café.

No se le daban bien aquellas cosas. Tomó una taza con su platito de una de las bandejas sostenidas por los camareros de librea y trató de que no se notara la precisión del rumbo de sus pasos hacia su objetivo.

—Feliz año nuevo, general.

Gonzalo Rojas levantó unos ojos ensimismados de los círculos del café negro. Dowding pensó que el uniforme gris azulado del español combinaba especialmente bien, con su aire desvaído, con el carácter de quien lo llevaba.

—Mariscal, qué honor.

¿Había ironía en sus palabras? Desde el estallido de la conflagración, y a pesar de las muchas simpatías de la clase dirigente inglesa hacia el gobierno de Franco, todos evitaban al piloto que, de alguna manera, representaba el nexo con el enemigo.

—Me alegra que tengamos ocasión de hablar por fin —dijo el británico con un tono seco que no daba respaldo a las palabras—. Apenas nos hemos visto desde que llegó.

—Supongo que han sido meses de muchas ocupaciones.

El español hablaba un francés —todos los intercambios diplomáticos tenían lugar en esa lengua— incorrecto pero tolerable, aunque con un fortísimo acento. Dowding se preguntó si habría aprendido también algo de inglés, pero no estaba allí para averiguarlo.

—Puede estar seguro… Pero usted ya sabe lo que es una guerra.

Rojas levantó vivamente la mirada, como si hubiera venteado algo oculto detrás de las palabras del británico. Su impávida expresión lo tranquilizó.

—Por desgracia, sí.

—Su caso además debió de ser muy duro. No puedo imaginarme lo que puede ser tener que elegir entre los amigos.

Rojas volvió a mirarlo con desconfianza.

—Preferiría no hablar de eso.

—Lo comprendo, lo comprendo. Creo que uno de sus pupilos murió ya el primer día del conflicto.

—Virgilio Leret, el capitán Leret, sí. Lo fusilaron el 18 de julio.

—Terrible. Creo que se trataba de un piloto magnífico.

—No solo de un piloto —replicó Rojas—. También de un ingeniero excepcional.

—¿Es verdad que había patentado un motor de turbocompresión, con el que sostenía que se podía volar un avión sin hélices?

Rojas se volvió despacio hacia el británico, con una expresión de profundo cansancio.

—Sabe usted muy bien que sí, mariscal.

Dowding alzó las cejas con fingida sorpresa.

—¿Mantiene usted contacto con su mujer? —preguntó el inglés, esforzándose por ganar tiempo para cambiar de tema.

—Usted mismo ha dicho que era uno de mis pilotos predilectos. Y además era un buen amigo. Sí, mantengo contacto con ella a pesar de que siga, por desgracia, en prisión.

El británico guardó silencio. Aunque no dejara traslucir en su rostro ni la más mínima de las sorpresas, estaba desconcertado. No por lo que Rojas le había dicho, sino por el hecho de que se lo dijera. Le habían encargado sondear su actitud, y se encontraba con un hombre que no disimulaba amistades bien poco ortodoxas para su situación en Londres.

Pensó cómo abordar el asunto. Y decidió abordarlo con franqueza:

—General, ¿qué es lo que hace usted aquí? Mis informes le sitúan en posturas más próximas a las del gobierno que perdió su guerra que a las del que lo ganó, que le ha nombrado para ser su representante.

La reacción de Rojas sobresaltó al británico. En vez de responder, se congestionó de repente, como si fuera a sufrir un colapso o como si fuera a romper a llorar. Se volvió despacio para dejar la taza de café encima de una mesita próxima y, cuando lo hizo, la porcelana tintineó de manera sísmica.

—Permítame que me retire —dijo con voz temblona—. No me encuentro bien.

Juntó los tacones y salió de la estancia con paso vacilante.

El inglés frunció el ceño. Le molestó no saber qué había ocurrido ante sus ojos, pero más todavía le molestó que la presa se le hubiera

escurrido entre los dedos, sin dejar entre ellos poco más que un manojo de plumas.

Dos horas después, la cabeza da vueltas, y en ella giran nombres, estampas, imágenes, no estás hablando en serio, Laura, campos verdes que corren bajo las ruedas de todos los aviones, campos ocres en los que se proyecta la sombra de las alas, Clara, ruido de bombas, repiqueteo de ametralladoras, cuándo vas a aceptar que eres un militar, cielos color turquesa, nubes firmes y sólidas como paredes que la hélice corta, aparta, despeja, el temblor de la lluvia, yo soy un aviador, yo soy un aviador, un piloto.

Un sobresalto, un lecho desconocido, pero todos los lechos son desconocidos, camas de cuartel, jergones de campaña, solo los cielos son iguales, acogedores, en todos los cielos hay nubes, por encima de todas las nubes hay cielos despejados, solo la tierra es hostil.

Voy a mandarte a Londres, a la embajada, ha dicho Alfredo, y qué voy a hacer yo allí, nada, no es necesario que hagas nada, Paco dice que no sabe qué hacer contigo, que si te quedas va a tener que fusilarte, yo no puedo seguir protegiéndote, eres un tibio, ¿sabes lo que significa ser un tibio? Es mil veces peor que tomar partido.

Gritos, la cabeza da vueltas, y en ella giran tiempos, y cuando tratas de empuñar los mandos y detener el giro se niega a obedecer, y el vértigo, el vértigo que nunca sientes en el cielo, el vértigo que vive en la tierra.

Se incorpora sobresaltado. La habitación extraña en la ciudad extraña. Pero todas las ciudades son extrañas cuando ninguna es propia.

Fuera ya es de noche. Siempre es de noche en Londres durante el invierno, parece que la luz mantiene un contencioso con la ciudad, un oculto rencor, y o se esconde detrás de la bruma o escapa hacia la noche a una velocidad que a los meridionales se les antoja horrenda. La vivienda en el barrio lujoso tiene todas las ventajas imaginables, incluyendo hectáreas de parque a pocos minutos de distancia, pero nunca pasa nadie bajo las ventanas. Uno se pone allí y tiene la

impresión de que, aunque el elevado ventanal se alza a apenas dos metros sobre la calzada, nunca lo verá nadie, nadie se volverá con curiosidad a escrutar la expresión del hombre cansado que aparta los visillos con la mano. No habrá niños que pasen y le saquen la lengua —los pocos niños que pasan por allí van siempre acompañados de esos seres extraños a los que los británicos llaman *nannies* y desfilan más que caminan—, ni muchachas que vuelvan el rostro para sonreírle.

Nadie. Nadie en tu presente, Gonzalo, y demasiados rostros en tu pasado.

En medio de un silencio que parece más bien un símbolo, el timbrazo estridente del teléfono corta en dos el aire de la estancia, perfora los oídos atormentados del aviador. Intrigado —solo en ese momento se ha dado cuenta de que, en realidad, no sabe cuándo ha oído por última vez la campanilla del artefacto—, Rojas va hacia el teléfono y descuelga.

—¿Sí?

Ni siquiera se da cuenta de que ha contestado en español. Al otro lado suena, entre murmullos de electricidad estática, una risa tranquila de mujer que sorprende al militar. Antes de que pueda preguntar nada, una voz conocida le dice:

—Buenas tardes, general, soy Clara Suances. Espero que se acuerde de mí.

—Claro que me acuerdo —balbucea Rojas—. No sabe la alegría que me da oírla. Mañana iba a intentar localizarla para darle las gracias.

—No tiene nada que agradecerme. A mí no me ha costado nada localizarle a usted. General…

—Dígame.

—Es un poco ridículo que un español le diga esto a otro, pero ¿le apetecería venir a mi casa a tomar el té un día de esta semana?

Rojas titubeó. La línea seguía chisporroteando.

—General, ¿está usted ahí?

—Sí, sí, disculpe… Por supuesto que me apetece. Dígame el día.

VI

Al igual que en Francia, la guerra parecía inexistente en Londres. La gente se atareaba en las calles, la actividad de la capital era la de cualquier gran ciudad de Europa, el tráfico no parecía menos denso.

De todos modos, a Daniel le costaba trabajo orientarse. Solo en ese momento de su vida había descubierto que la lengua es una barrera para los escritores. Aquel instrumento idolatrado, emblema de la identidad misma, perdía toda vigencia cuando se cruzaba una frontera. Uno podía ser poeta, e incluso poeta afamado, en los linderos de su propio país, pero se convertía en un mudo inútil al salir de ellos.

No se había dado cuenta en el campo francés, porque cualquier persona culta chapurreaba la lengua de Montaigne lo suficiente como para hacerse entender, y porque los aduaneros que le habían interrogado en Dover también eran lo bastante diestros en esa lengua, pero había sido dolorosamente consciente de ello al llegar a Londres. Había tenido que comunicarse por señas con el taxista que lo había llevado de la estación Victoria a Star Street, había tenido que pagar simplemente dando los billetes y esperando las vueltas, y al llegar al destino y llamar a la puerta verde con aldaba dorada también se había llevado la sorpresa de ser un chimpancé gesticulante en un mundo de humanos.

La calle era típicamente inglesa, con esas casitas de tres plantas de ladrillo oscuro y ventanas divididas en numerosas cuadrículas de cristal. Rodeaba la puerta una verjita negra, y la primera sorpresa de Daniel vino cuando, al mencionar el nombre de Clara, la señora gorda y rubicunda que había abierto la puerta le invitó a bajar por una escalerita —en plena calle, bordeada por esos mismos barrotes negros, que iban quedándose por encima de uno mientras la descendía— hasta una puerta no menos negra situada bajo la entrada principal.

Al otro lado de aquella oscura entrada había una habitación con

una cama estrecha, una mesa y un aguamanil, un retrete y un grifo en la pared y una ventana casi horizontal que daba a la misma escalera por la que habían bajado. Los tubos de calefacción de la casa pasaban por allí rumbo a los pisos superiores, así que en el cuarto reinaba una temperatura capaz de combatir el gélido frío que barría las calles.

Cuando la señora se despidió dejando en sus manos una sola llave, una pastilla de jabón y un ejemplar del *Times* del día anterior, Daniel volvió a sentir el desarraigo del refugiado. Sin duda tenía un techo sobre su cabeza, lo cual era mucho, sin duda estaba limpio y caldeado, pero no carecía de valor simbólico que su única ventana diera a los ladrillos de la escalera, que por ella entrara una luz cenicienta, que su asilo fuera un sótano debajo de una casa y su única lectura un texto del que no entendía una palabra.

Media hora después llamaron a la puerta, y tuvo la esperanza de que la señora regordeta le trajera algo más, quizás un indicio de por dónde seguir.

En el rellano de la escalerita estaba una mujer joven, vestida con un largo impermeable azul y tocada con un sombrero *cloche* rojo de ala flexible que ocultaba sus ojos. Tardó unos segundos en reconocerla.

—¡Clara!

Se lanzó a abrazarla, sin reflexionar, sin pararse a pensar ni en el tiempo transcurrido ni en las cosas pasadas, ni en nada más que sentir el calor y el aroma tan familiares. Sintió las manos de ella rodeando su espalda, y solo un poco después se dio cuenta de que se apoyaban flojas, con los dedos juntos, sin emoción alguna.

Retrocedió. Bajo el ala del sombrero, los ojos de Clara lo miraban serios, enternecidos pero no alegres.

—Cómo estás, Daniel.

—Vivo —contestó en un susurro.

—Eso es mucho, en los tiempos que corren.

—Y contento de verte. ¿Cómo estás tú? —Lanzó una risa forzada mientras se volvía a medias hacia el interior de su alojamiento—. Te invitaría a pasar, pero creo que no puedo ofrecerte nada.

—No —respondió Clara con sequedad—. Ponte el abrigo. Voy a

enseñarte un poco los alrededores y a presentarte gente.

—Voy.

Cerró la puerta, paladeó un instante la sensación de volver a tener una llave en el bolsillo, de tener un sitio al que regresar. Luego siguió a Clara por la escalerita y salieron a Londres. Era una ciudad espléndida. Aunque las instrucciones del Gobierno eran oscurecer las luces en la medida de lo posible, para no dar pistas a los hipotéticos bombarderos, la gente seguía circulando por las pobladas aceras del centro, encaminándose a los comercios, a los locales de ocio, a los teatros. Y antes de anochecer era la gran capital viva que siempre había imaginado.

Bajó por Edgware Road hacia Marble Arch, y al llegar a la plaza le estremeció lo que, en sus circunstancias, le pareció una visión celestial.

A la entrada del parque, una mesita baja servía de soporte a varias pilas de papel impreso, detrás del que tres personas de vez en cuando proferían gritos a los transeúntes. Se trataba de un hombre, una mujer muy joven y otra ya madura. El hombre era bajito, recio, e iba envuelto en un grueso gabán. La mujer joven era pelirroja, alta y espigada, y llevaba una bufanda de lana en torno al cuello y un gorro del mismo material terciado sobre la frente.

La segunda mujer no era tan alta como la más joven, pero tenía una estatura notable para su sexo. Su rostro marcado por finas arruguitas emanaba una extraña serenidad y su mirada, un tranquilo fuego.

Pero no era en eso en lo que se había fijado Daniel, sino en la bandera roja, amarilla y morada que servía de faldón protector a la mesa, y en el cartel Help Spanish Refugees que le servía de fondo, atado entre dos árboles.

Cuando los vieron acercarse, la mujer mayor les brindó una sonrisa que a Daniel le pareció más cortés que cálida.

—Clara, dichosos los ojos —dijo—. ¿Nos presentas a tu amigo?

—A eso venía… Daniel, estos son Marina, Miguel y Candice. Daniel Zaldívar.

La mirada de la mujer se avivó.

—¿El poeta?

Era lo último que Daniel había esperado. ¡Alguien que le había leído allí! Ignoró la disimulada sonrisa de Clara y respondió:

—El mismo.

—Me alegra mucho conocerle. Le oí en un recital en la Residencia, antes de la guerra.

—Me sorprende que se acuerde.

—Me causó mucha impresión…

Daniel creyó que iba a reventar de gozo. No pudo evitar una risa nerviosa.

—Se lo agradezco mucho.

—Daniel acaba de llegar de Francia —intervino Clara—. Tiene papeles y alojamiento, pero va a necesitar trabajo.

—Iremos a la radio.

—Eso había pensado. No dará para mucho, pero…

La interpelada le devolvió la misma sonrisa cortés de antes.

—Completará —dijo. Se volvió hacia Daniel—. ¿Sabe hacer algo más o solo es poeta? —preguntó alegremente.

Daniel tragó saliva. Le daba la impresión de que, sacado de su ambiente, no sabía hacer nada.

—Me temo que no.

—¿Algún idioma?

—Un poco de francés.

—O sea, un caso perdido. —Miró a Clara—. A la radio. Esperemos que siga habiendo sitio.

Un trueno resonó en mitad del cielo, lento, rodante. Marina alzó la vista hacia las nubes y dijo algo en inglés a sus compañeros. Se volvió hacia Daniel:

—¿Nos acompaña al local? Parece que va a llover otra vez, y así conocerá a alguna otra oveja descarriada.

Daniel se volvió a Clara, dubitativo. No sabía si ella esperaba que fueran juntos a algún sitio, pero tenía la impresión de que agradecería dejarlo en manos de los camaradas.

—¿Te importa? —preguntó.

—Por supuesto que no. Ve con ellos. ¿Sabrás volver a casa?

—¿Dónde se aloja?

La chica pelirroja había hablado por primera vez. Tenía la voz grave, y hablaba un español con fuerte acento inglés. Clara se adelantó a responder:

—En Star Street.

—No pasa nada. Yo le acompaño luego.

—No quiero molestar…

—No es molestia. Me viene de camino.

No tuvieron tiempo de decir mucho más, porque empezaron a caer sobre la mesa goterones enormes mientras todos empezaban a moverse. Daniel salió de su estupor y ayudó a los otros a recoger los papeles, ya algo húmedos. Devolvió las sonrisas de Mike y Candice. Se dijo que tenía que aprender inglés.

Clara le tocó en el hombro mientras abría despacio un paraguas.

—Te dejo en sus manos —dijo.

—Clara, no sabes…

—No digas nada. Estos son tiempos en los que, si se puede ayudar, se ayuda.

—Aun así, estoy en deuda contigo.

Ella sonrió.

—No puede haber deudas entre nosotros. —Le pasó una tarjeta que había sacado de algún sitio como por arte de magia—. Esta es mi dirección y mi teléfono, por si surgiera algo.

—Espero que nos veamos —alcanzó a decir él.

Ella asintió con vehementes movimientos.

—Señor Zaldívar, es por aquí. ¡Vamos!

Los siguió mientras la lluvia empezaba a apretar, arrebujándose en el abrigo y protegiendo con él los panfletos, mientras se preguntaba por qué aquella gente no echaba a correr. Luego se dijo que había visto gallegos que también caminaban impávidos bajo la lluvia. Le llamó la atención que tampoco Marina corriera.

—¿Lleva mucho tiempo aquí? —preguntó.

La interpelada se volvió hacia él, que volvió a fijarse en su expresión serena. Aquella mujer transmitía una tranquilidad inexplicable.

—Mucho —respondió después de una larga pausa—. No vine por la guerra. Me fui de España porque estaba harta. Vine aquí a tocar en una orquesta. Soy pianista.

—Qué país este, en el que se puede vivir de la música —comentó Daniel con admiración.

Marina compuso una sonrisa torcida.

—Si no se tienen grandes aspiraciones —dijo—. No se vaya a creer que soy ninguna diva. Toco en una orquesta de pocos alcances. Y cobro por concierto.

—Al menos puede hacerlo. En España…

—En España ya no se puede hacer nada —le interrumpió Marina —. Pero es verdad que nunca se pudo hacer gran cosa.

Por entre la fina telaraña de lluvia, distinguió un local a pie de calle cuya fachada cubrían símbolos familiares; de él salía un volumen de ruido discreto, pero suficiente para ser inusual en medio del silencio generalizado. Allí había españoles. Sintió una inesperada emoción.

Luego, todo fue una pequeña vorágine. La gente que había en el local —poca, en realidad no eran más de dos o tres— recibió alborozada al recién llegado, se hicieron las correspondientes presentaciones, todos le preguntaron si tenía noticias. Noticias. Noticias.

En algún momento pensó en retirarse, pero no se atrevía a molestar. Como si le hubiera leído el pensamiento, la chica pelirroja se le acercó.

—Estará usted cansado. ¿Quiere que le acompañe?

—Insisto en que no es necesario.

—Sí, sí lo es. Hay oscurecimiento obligatorio, y con las farolas pintadas de azul no encontrará el camino. Le acompaño.

—¿Quién la acompañará a usted luego?

Ella hizo un gesto desdeñoso.

—Vivo muy cerca.

Daniel tuvo la intuición de que no era cierto, pero aceptó la oferta. Se despidieron de los demás.

Era verdad que las calles estaban sumidas en una penumbra

desoladora. Las farolas desprendían una luz azulada que tan solo servía para distinguir bultos, para no tropezarse frontalmente con otra persona en medio de la noche. De los pubs que jalonaban el camino tampoco salía luz, pero sí ruido. La vida no se detenía.

—¿Dónde aprendió español? —preguntó Daniel, en busca de un tema de conversación.

—En la universidad.

—Lo habla muy bien.

La pelirroja sonrió, formal.

—Muchas gracias. Siempre me ha gustado.

—¿Ha visitado España?

Candice negó con un fuerte movimiento de la cabeza que hizo estremecerse sus cabellos. Apretaba los labios como si le avergonzara no haber estado.

—Ojalá pueda enseñársela algún día.

—¿Allí solo escribía?

Daniel se echó a reír ante una idea tan peregrina, pero entendía que se lo preguntaran. Optó por dar una respuesta evasiva:

—Antes de la guerra aún estaba estudiando. Luego…

—Comprendo.

Se apartaron para dejar paso a alguien que empujaba una carretilla. Alguna clase de repartidor.

—Ya hemos llegado.

Daniel tuvo que confesarse que no había reconocido la calle. No la habría encontrado por sí mismo. Se sintió muy agradecido.

—Muchas gracias, Candice. Espero que tengamos ocasión de volver a vernos.

—Estoy segura. —Le tendió la mano—. No se olvide de bajar la cortinilla de la ventana antes de encender la luz.

Se quedó un segundo viendo cómo se iba, pero las sombras pronto la engulleron. Descendió casi a tientas los peldaños, abrió la puerta y, obediente, bajó la cortinilla antes de dar la vuelta al interruptor. La débil luz del techo le mostró los estrechos contornos de lo que, pese a todo, era su primer hogar desde hacía mucho tiempo.

VII

—Buenos días. Quisiera ver a la señorita Sastre.

El conserje del periódico le había mirado con cierta perplejidad, como si el hecho de que un oficial de ingenieros buscara a una periodista en un periódico fuera una anomalía.

—¿De parte de quién?

—Del teniente Rojas.

Mientras iba hacia allí, resonaban en su cabeza las palabras del artículo de Laura Sastre, donde contaba el vuelo en el que había participado:

«… la experiencia dejó de manifiesto que a la aviación militar le queda muchísimo camino por recorrer. Frágiles artefactos de madera y papel, simpáticos jóvenes que no temen al cielo ni a la tierra, pero que se las ven y se las desean para mantener en el aire sus farolillos…».

—La señorita Sastre no está en el periódico.

—¿Cuándo estará?

—Es que no dispone de un sitio fijo aquí. Ella va y viene de vez en cuando.

¡Farolillos! La palabra le había ofendido casi más que aquel condescendiente «simpáticos jóvenes». Aquel prodigio de la imaginación humana, reducido a la condición de complemento festivo.

—¿Y cuándo espera que venga por aquí?

«… mientras las grandes potencias desarrollan prototipos que tal vez, y solo tal vez, tengan posibilidades reales en el futuro, el Gobierno compra material de prácticas ya pasado de fecha que se desploma con un golpe de viento, de forma tan inocua que esta cronista todavía está aquí para contarlo…».

—Eso yo no lo sé, señor mío. La señorita Sastre no tiene por costumbre informarme de sus planes.

El tono de insolencia del conserje sublevó a Gonzalo. Se irguió y

exigió con severidad:

—Entonces, lléveme a ver al director.

—El señor director no recibe visitas sin cita previa.

Gonzalo se aprestaba a armar un escándalo cuando, justo a su espalda, Laura Sastre apareció en el portal. Llevaba un vestido largo del que solo asomaban los zapatos, un sombrerito con la visera levantada y guantes de perlé. Pareció sorprendida de verlo.

—Teniente, qué inesperado placer —dijo con desparpajo.

Rojas sabía que la educación habría exigido responder «el placer es mío», pero se abstuvo de hacer tal cosa. Sintió que por encima del cuello duro del uniforme su piel empezaba a cambiar de color y virar al rojo.

—Buenos días, señorita Sastre. Estaba explicando a este señor que deseaba hacerle una visita.

—Qué galante —respondió sonriente Laura, y Gonzalo notó que su piel empezaba a convertirse en un banderín de señales.

—Me temo que no se trata de galantería —murmuró—. Estoy muy… afectado por su artículo.

—¿Lo ha leído? Qué amable. ¿Le ha gustado?

—Creo que no puedo decir tal cosa.

—Oh. —*Carta blanca* compuso un mohín de disgusto tan falso que Gonzalo creyó que iba a estallar—. Espero no haberle causado contratiempos.

—Los contratiempos que me haya causado no tienen importancia. —Gonzalo había encontrado por fin su voz, y se lanzó en tromba—. Del artículo se desprende que usted no ha comprendido lo esencial de su visita al aeródromo. Tan solo se ha fijado en los detalles.

Un brillo de interés apareció en los ojos de Laura Sastre. Ya no sonreía, pero no parecía en absoluto disgustada, sino tan solo atenta.

—No ha sido usted capaz de…

—¿Le parece que este es el sitio más adecuado para tratar este asunto?

El discurso de Gonzalo se paró en seco.

—¿Cómo?

Laura Sastre abrió las manos y miró a derecha e izquierda, aparentando desaliento.

—¿En mitad de la calle? —suspiró.

Gonzalo estaba al borde de la congestión. A sus dificultades naturales se añadía ahora la vergüenza de haber cometido una incorrección. Inclinó la cabeza.

—Le pido disculpas. Si podemos subir a su despacho…

—No tengo despacho en el periódico. ¿Me invita a un refresco? —sugirió con descaro la periodista.

El aviador abrió mucho los ojos.

—Por…, por supuesto —balbuceó.

—Hay una terraza aquí enfrente —dijo la periodista—. ¿Vamos?

Para pasmo de Rojas, Laura Sastre se colgó de su brazo con toda naturalidad. El oficial tardó unos segundos en echar a andar, como si se le hubieran pegado los pies al suelo.

—¿Vamos? —repitió ella.

—Lo que está en juego aquí es un futuro lleno de posibilidades. Transporte de personas y de cosas, observación científica, ¡transporte de noticias! —exclamó como si de pronto se hubiera dado cuenta de qué podía suscitar la atención de la persona con la que hablaba—. ¿Se imagina lo que es poder saber en unas horas algo que ha sucedido al otro lado del mundo?

Sobre la mesa seguía intacta la limonada que había pedido por pedir algo. Frente a él, con una pierna cruzada sobre la otra y las manos en torno a una horchata fría, Laura Sastre sorbía suavemente de una pajita sin dejar de escucharle. Sus labios soltaron un momento la caña para decir:

—Eso ya lo permite el telégrafo, ¿no?

Rojas se echó atrás. Había estado inclinado hacia delante mientras gesticulaba, para dar fuerza a sus argumentos.

—El telégrafo solo le trae palabras. Yo estoy hablándole de testigos.

Carta blanca dejó de beber. Era obvio que la frase le había

impactado.

—Teniente, ¿de verdad cree que esos aparatos suyos van a ser capaces de hacer todo eso?

—¡Claro que sí! Como usted misma dice en su artículo, el Farman en el que voló el otro día ya es un aparato viejo. Nosotros mismos hemos comprado ya otros nuevos, que aún no nos han llegado, pero entretanto esta técnica avanza. Le aseguro que dentro de nuestra propia vida llegará usted a volar en aviones llenos de pasajeros, capaces de cubrir largas distancias.

Laura Sastre guardó silencio unos instantes. Su rostro tenía una expresión de intensa concentración, que Rojas interpretó en el sentido de que no lograba convencerla. Volvió a inclinarse hacia delante y bajó la voz:

—Laura, ¿se imagina volar sobre un volcán? ¿Hacer fotos aéreas? ¿Saber dónde se encuentra una persona que se ha perdido, buscándola desde el aire?

La periodista había parpadeado al oír su propio nombre, sorprendida por la repentina confianza del piloto. Mantuvo el silencio. En un momento dado, preguntó:

—Teniente…, ¿puedo preguntarle una curiosidad?

—Todas las que quiera.

—Antes de mi visita a Cuatro Vientos, sus superiores me prepararon con largos discursos en los que me hablaron, como usted hace ahora, de las posibilidades de la aviación, pero no me dijeron ninguna de las cosas que usted me dice. Me hablaron de vuelos de observación militar, de oportunidades de atacar objetivos desde el aire, emplearon la expresión «el dominio del cielo» repetidas veces. ¿Por qué usted no me ha dicho nada de eso? ¿Trata de convencerme de que lo que pilota usted no es, en última instancia, un arma?

Rojas se reclinó de nuevo en el asiento, con aire descorazonado. Cuando habló, había vuelto a cobrar distancia:

—No trato de convencerla de nada parecido, señorita. Simplemente, a mí eso no me importa. Yo soy un aviador.

—Pero usted es también un militar, ¿no?

—Yo… El ejército tiene los mejores aviones.

—Parece que no es eso lo que usted me ha dicho.

Rojas tragó saliva. Había vuelto a enrojecer, pero el color de su piel era distinto del que el que había adquirido a la puerta del periódico.

—Volar es caro, Laura. —*Carta blanca* volvió a parpadear—. Como deporte o como experimento, solo está al alcance de algunos aristócratas. Yo no puedo pagármelo. Y el ejército sí.

Esta vez, fue Laura Sastre la que se adelantó en su asiento. Entrecerró los ojos.

—¿Ha cenado alguna vez en el restaurante Real?

—¿Cómo? No, ¿por qué?

—Yo tampoco. Nadie me ha invitado nunca.

Rojas miró a la periodista con expresión de absoluta perplejidad. Un segundo más tarde, la luz se hizo en su cerebro:

—¿Me haría el honor de permitirme invitarla?

Laura Sastre se incorporó. Recogió su bolso y sacó una tarjeta de visita, que dejó en la mesa como si se tratara de un naipe de alta puntuación.

—El honor será mío, teniente. Le espero a las ocho y media para que me lleve. La dirección está en la tarjeta.

—¿En qué piensa, general?

Gonzalo alzó la vista. Sentada frente a él, con un vestido de manga mariposa y falda de vuelo cuidadosamente ordenada en torno a sus piernas, Clara lo miraba con interés y preocupación. El aviador sonrió apenas mientras se inclinaba a dejar el café en un velador:

—Discúlpeme, Clara. En los últimos tiempos tiendo a perder la concentración.

Se encogió de hombros, como si no supiera qué más añadir.

—¿En qué pensaba? —insistió Clara.

—En lo que piensan todos los viejos: en el pasado.

—Creo que ahora todos pensamos en él.

—Es posible. —Rojas señaló el café para cambiar de tema, volvió a cogerlo del velador—. Le agradezco que me haya permitido no

tomar té. Aunque le parezca mentira, pese a los meses que llevo aquí, pesan más los tres años que pasé tomando achicoria. No me canso nunca de tomar café.

—Esperemos no tener que volver pronto a la achicoria.

—Esperemos… Disculpe la curiosidad, ¿es usted familia de don Roberto Suances?

Clara parpadeó antes de asentir despacio.

—Era mi padre.

—No me diga. Una vez me invitaron a su casa, hace muchos años. Lástima que no coincidiéramos.

—Sí coincidimos. —Había un tono nostálgico en la voz de Clara —. Incluso tuve ocasión de saludarle.

La expresión de Gonzalo fue de profunda sorpresa.

—Imposible. Me acordaría.

—Pues ya ve que no. —Clara rio entre dientes—. Usted era entonces una persona muy solicitada.

—Bueno…, los periódicos exageraban mucho.

—Eso fue justo lo que me dijo en esa ocasión… antes de dedicarse a otra persona.

El general enrojeció. Un ligero temblor hizo tintinear la taza sobre el plato.

—Así que de eso me conocía el otro día… Qué vergüenza.

—No se preocupe. Han pasado muchas cosas, y yo no soy quién para juzgar a nadie.

—Se ha referido usted a su padre en pasado…

—Sí. Por fortuna, murió antes de la guerra.

Rojas movió la cabeza:

—Qué terrible emplear la expresión «por fortuna» para referirse a que alguien muera.

—Y que sea cierto.

El general pareció turbado, como si algún negro pensamiento se le hubiera cruzado por la mente. La taza volvió a tintinear, y por un momento Clara se preguntó si el temblor obedecía a las emociones de su interlocutor o a alguna clase de deterioro.

—Para usted ha tenido que ser terrible… —apuntó.

Rojas levantó la mirada.

—Sí. Lo ha sido —cortó.

—Tenía usted amigos en los dos bandos.

—Como todo el mundo. —Clara pensó que aquello iba a ser todo lo que dijera. Inesperadamente, Rojas continuó—: No tiene más que pensar en mis compañeros de las primeras escuadrillas. Alfredo Kindelán ha sido jefe de las fuerzas aéreas de Franco y Emilio Herrera está en el exilio. Y eran uña y carne.

—Usted también está en el exilio.

Rojas volvió a levantar la cabeza.

—¿Y usted, Clara? ¿Dónde está usted?

Su interlocutora se turbó. Esta vez fue la taza de té la que tintineó sobre el plato, y ella pensó que, al parecer, no hacía falta sufrir ningún deterioro para no controlar el temblor de las manos. Dejó la taza, se alisó la falda sobre las rodillas y respondió sin mirar al general:

—En una posición desagradable.

—Me temo que vamos a seguir estándolo durante mucho tiempo. La guerra está lejos de haber terminado.

Clara volvió a mirarlo.

—Usted también cree que esta guerra prolonga la nuestra.

—Habría que ser ciego para no verlo.

—Y…

—¿Qué voy a hacer? ¿Usted también quiere saber qué voy a hacer?

Clara dudó.

—¿Qué quiere decir con «también»?

—El otro día estuve con el jefe del mando de caza de la RAF. Y me hizo preguntas que entendí muy bien.

—Le aseguro que no tengo nada que ver con eso.

—Hoy todo tiene que ver con todo… —Rojas se incorporó—. Muchas gracias, Clara. Por la invitación. Por su ayuda la semana pasada.

Clara se levantó también. Dio dos pasos para interponerse en el camino del aviador hacia la puerta.

—General, estos son tiempos revueltos. Pase lo que pase, quiero que sepa que tiene en mí una amiga.

Rojas titubeó. Su mente bullía, alterada. Apretó los labios.

—Lo tendré en cuenta. Gracias otra vez.

Saludó dando una cabezada y se dirigió hacia la salida.

VIII

Miguel Polo era ferroviario. Había sido ferroviario. Se había pasado todos los años de la guerra llevando suministros a Madrid, había convertido su trabajo en su contribución política, en su contribución social, en su contribución bélica.

Había pasado por todas las experiencias imaginables, desde algún viaje soleado y tranquilo en el mes de agosto de 1936 hasta el día en que habían descarrilado a la altura de Almansa por un sabotaje. La máquina había rodado por el talud y, mientras escuchaba los estallidos, Miguel había tenido tiempo de pensar que era el fin, que uno de aquellos golpes que estaba recibiendo en todo el cuerpo sería el definitivo, que ya no habría más trenes de mercancías, ni de brigadistas, ni de munición. Luego se había visto tirado en el suelo, a varios metros sin saber cómo del convoy siniestrado, mirando los vagones brillantes al sol como si fueran piezas desarticuladas de un tren de juguete, antes de pensar siquiera en poner a prueba tanto sus huesos como su cerebro.

Entre una cosa y otra, un millón de cosas: los ataques aéreos, en los que metía presión a la máquina como un poseso mientras los camaradas disparaban furiosos las ametralladoras clavadas al techo, en el loco dilema de quién acertaría primero a quién o cuándo acabaría la agresión sin que ni unos ni otros se alcanzaran; los frenazos de emergencia cuando se recibían a tiempo las noticias de los daños en el tendido, los convoyes nocturnos en los que te la jugabas para no matarte.

Lo peor eran las averías, cuando el tren circulaba con normalidad y de pronto empezaba a renquear, se sobrecalentaba hasta el peligro o se quedaba parado. Empezaba entonces una espera espantosa, mientras él y los mecánicos se afanaban en solucionar el fallo y los vigilantes de las ametralladoras miraban al cielo hasta llorar,

esperando ver aparecer los aviones para los que el tren parado sería un blanco seguro.

A veces pasaban así horas, o tenían que esperar otra locomotora que los remolcase o empujara; a veces no sucedía nada más que sus nervios se quedaban a punto de estallar, y a veces los aviones surgían en el cielo y no quedaba otra que salir corriendo lo más lejos posible mientras destruían el convoy a conciencia, con saña, con disfrute. En esas ocasiones, unas veces, los ametralladores salían corriendo como los demás para ponerse a salvo, y otras se empecinaban en defender el tren, y se oía el tableteo de las maquinas hasta que su silencio les anunciaba que además del convoy habían tenido bajas.

Durante su último trayecto en cabina, les avisaron de que en Madrid había jarana. El coronel Casado se había sublevado contra el Gobierno y quería rendir la ciudad. A muy pocos kilómetros, Miguel paró la máquina y se subió a un camión que volvía a Levante. A mitad de camino les avisaron de que en Alicante también había bulla, y buscaron la costa por otro lado.

El resto ya era historia. Posiblemente él nunca hubiera ido a parar a Londres por iniciativa propia, pero el azar había hecho que parte de su carrera como ferroviario hubiera incluido un curso de inglés, porque la máquina que manejaba era de origen anglosajón y había que formarse para operar con ella. Por una sucesión de carambolas, terminó al otro lado del Canal.

No podía decir que le hubiera ido mal allí. Los ingleses sabían apreciar la mano de obra cualificada, y no había tardado en encontrar sitio en una de las fábricas socializadas de la economía de guerra. Trabajaban por turnos, y cuando libraba se echaba a la calle con los camaradas, a defender la causa de los perdedores.

Aquel poeta recién llegado le había caído bien. Había interrogado discretamente a Marina, que había dicho que lo conocía de nombre, y había sabido que era uno de aquellos que se la jugaban en primera línea para formar a los combatientes y darles ánimos. Él no era de muchas lecturas, pero sabía apreciar a las personas.

Daniel había vuelto al local al día siguiente, y mucho antes de haber resuelto su vida en Londres ya estaba dando voces por las calles,

con eslóganes aprendidos de memorieta porque no sabía inglés, tan mal pronunciados que llamaban la atención de los transeúntes más que la correcta dicción de Candice. El poeta tenía trazas de que iba a ser un buen camarada.

—¿Cómo saliste?

—Por la frontera norte.

Hablaba sin dejar de accionar la palanca de la multicopista Gestetner que iba depositando limpiamente una hoja tras otra en la bandeja. En las hojas en blanco se apretujaban frases que Daniel no comprendía, pero en las que ponía toda su confianza.

—Yo me pasé la guerra subido a un tren, llevando suministros a Madrid.

—Vaya historia. Ir en tren era casi peor que ir andando. Te pasabas el día mirando el cielo por si venían los alemanes.

—Menudos cabrones.

—Ya lo puedes jurar.

—¿Tú hiciste muchos viajes?

Daniel negó con la cabeza.

—No muchos. Pero a veces nos íbamos a algún sitio, a subir la moral, y nos llevaban en tren casi hasta donde la línea se terminaba. Y cada día terminaba más lejos, le caía encima una bomba tras otra.

Desde la mesa en la que preparaba montones de folletos ordenados, Candice no dejaba de escucharles. Para ella esos hombres eran los protagonistas de una suerte de ficción imposible. Aquello no podía haber ocurrido a tan poca distancia. Y no podía haber terminado así.

—Me tiene que dejar leer sus poemas —dijo de pronto.

Daniel levantó la mirada como si le hubiera picado una avispa.

—No será fácil. Perdí la mayoría al cruzar la frontera.

—¿No los había editado aún?

—Al contrario, los había editado casi todos. Y según me dicen, ahora los incautan, los queman y los destruyen.

Candice guardó un silencio respetuoso mientras trataba de imaginar lo que para un creador tenía que significar la destrucción de su obra. Pasados unos segundos, se sintió obligada a enviar un

mensaje de aliento:

—Algunos ejemplares sobrevivirán. Los guardarán sus lectores. Los libros siempre sobreviven.

Daniel sonrió con tristeza.

—Es posible que sí —dijo—. Pero yo no lo creo, en lo que a los míos se refiere. Intento reescribirlos… Es gracioso que uno retenga en la memoria tantos versos ajenos y le cueste tanto recordar los propios.

—Antes ha dicho que había perdido la mayoría. Eso quiere decir que no todos, ¿no?

Zaldívar volvió a sonreír, esta vez con esa expresión alegre y pícara que normalmente le era propia. Se llevó la mano al bolsillo interior de la americana y sacó un librito desgastado de él. Candice lanzó una exclamación jovial.

—¿Su primer libro, quizá?

—En efecto. Lo llevo siempre conmigo. Por eso se salvó.

—¿Me permite?

Daniel se lo alcanzó, y Candice leyó en silencio el título: *Lejanías de la piel*. Lo abrió, y sus labios se movieron al compás de los primeros versos.

—Es muy hermoso, Daniel.

—Muchas gracias.

—Tiene que seguir escribiendo.

—Lo haré…, aunque no sepa si alguien me volverá a leer.

—Va a tener por lo menos una lectora.

—Dos —afirmó Miguel. Había tendido la mano para coger el raído ejemplar, lo había mirado apenas. Se lo devolvió a Daniel, y observó con cuanto cuidado lo devolvía al bolsillo, tratando de no arrugar aún más los bordes.

—¿De qué conoces a Suances? —quiso saber Miguel.

Daniel volvió la mirada con interés. No solo le llamaba la atención que se refiriesen por su apellido a Clara. Había notado algo en la pregunta.

—Éramos muy amigos en Madrid.

—No te pega nada.

Daniel frunció el ceño.

—¿Por qué?

—Es una señorona.

—Te confundes con ella. Sin su ayuda no habría podido llegar hasta aquí.

—No. —Mientras hablaba, Miguel movía la cabeza con lentos movimientos de negación—. No tiene nada que ver. Lo que pueda pagar con dinero se le podrá pedir, pero tú estás aquí, te comprometes.

Daniel no supo qué responder. Jamás había cuestionado la actitud de Clara. Le había parecido natural que cada persona luchara por la causa desde el ángulo que prefiriese.

—Yo confío en ella.

Miguel seguía moviendo la cabeza. Candice intervino para decir:

—Nadie está hablando de desconfianza. Sabemos quién es Clara, sabemos dónde está. Pero yo entiendo lo que dice Miguel.

—Cuando llega la noche, cada uno se va a su casa —dijo, críptico, el ferroviario.

Daniel trató de cambiar de tema:

—No me has dicho qué estás estudiando —preguntó a Candice.

La aludida levantó la vista y negó con la cabeza.

—No estoy estudiando. —Se adelantó a la muda pregunta—: No he aprendido español en la universidad. Trabajo en una biblioteca pública. Por horas. Y fue ella la que me enseñó español.

Daniel siguió la dirección de su mirada hasta topar con Marina.

—Ah —fue lo único que acertó a decir.

Candice se echó a reír.

—Fue mi profesora de piano desde niña. Y al final lo que aprendí fue español.

—¿No se te daba bien el piano?

—No me gustaba. Mis padres pensaban que tenía que contar con una educación musical, y no podían permitirse una escuela. Marina daba clases muy baratas.

Daniel trató de imaginarse a Candice y a Marina… ¿cuántos años atrás? Era muy difícil calcular la edad de los ingleses. Los jóvenes tenían un aspecto vagamente infantil, tal vez por el pelo más claro. Y

la piel rosada, la piel de bebé.

Trató de imaginarse a Marina llegando a Gran Bretaña con los precios de España en la cabeza. No era difícil imaginar que cobrara poquísimo pensando que era mucho.

—¿Cuándo fue eso?

Candice sonrió con picardía.

—Me habían enseñado que los españoles no preguntan la edad de las mujeres.

Daniel se ruborizó, empezó a farfullar que solo quería saber cuándo había llegado Marina a Inglaterra, a lo que Candice replicó con maldad que pensaba que le estaba preguntando por ella, se dio cuenta de que estaba enredándolo todo y enmudeció, mientras Miguel y Candice intercambiaban sonrisas perversas.

La pelirroja cogió el fajo de octavillas y se dirigió hacia la entrada del local, donde otros camaradas esperaban con unas mochilas. Miguel dijo tan solo:

—Marina lleva aquí un montón de años, pero no te sabría decir cuántos.

—Ya me doy cuenta… Es una mujer muy interesante.

«Me parece que a ti te interesan mucho las mujeres», pensó Miguel, pero no dijo nada. Cogió el abrigo caído en una silla y se lo lanzó a Daniel.

—Abrígate, poeta —dijo—. Esta no es una ciudad fría, pero puede llegar a ser más húmeda que nuestro Bierzo.

Daniel sonrió. Nuestro Bierzo. Había mucho cariño en esas dos palabras.

—Abrígate tú, maquinista —respondió—. Que a mí me ha tocado dormir al raso más veces que a ti, y sin la máquina calentita.

IX

Gonzalo fue en un coche a recoger a Laura Sastre en la calle del Turco, y cuando llegaron al restaurante Real hubo un pequeño alboroto entre los comensales que reconocieron el rostro popular de la reportera. El *maître* vino hasta la mesa y expresó su satisfacción por contar con ella entre sus clientes. Luego los dejaron en paz.

A pesar de la atmósfera cargada que los rodeó en esos primeros instantes, a pesar de la tensión y de la timidez, Gonzalo y Laura conversaron durante una cena larga, sabrosa, cara, en la que no tardaron en olvidar el tiempo. En algún momento de la noche, fueron los únicos comensales en el local clásico recargado de estucos, con una batería de camareros dispuestos en círculo, con la espalda pegada a la pared y una pulcra servilleta blanca entre las manos cruzadas, esperando que se fueran para poder marcharse a sus casas.

Salieron a una noche tibia y acogedora, decidieron volver paseando, y por el camino Laura se colgó del brazo de él, y recorrieron la ciudad a pasitos cortos, prolongando la conversación, mientras Gonzalo disfrutaba del peso de Laura a su costado y Laura del apoyo de Gonzalo, mientras sus caderas y sus piernas entrechocaban en alguna ocasión, al doblar hacia alguna de las calles por las que los llevó su rumbo errático, que más parecía destinado a no llegar que a separarse.

Cuando llegaron a la calle del Turco, se detuvieron en el portal y guardaron silencio. Oyeron a lo lejos los pasos del sereno, acompañados por el rítmico golpear de la contera metálica del chuzo contra el pavimento. No tardaría en llegar hasta ellos.

Entonces, Laura se inclinó y besó los labios de Gonzalo. Luego batió palmas, y la voz del sereno contestó desde el extremo de la calle:

—¡Va!

A la mañana siguiente, al llegar al aeródromo, Gonzalo advirtió

desde el primer momento que algo ocurría. Llegó a las oficinas y encontró a Emilio repartiendo órdenes. Daba la impresión de que se avecinaban cambios.

—¿Pasa algo?

—Alfredo se marcha a Marruecos, en misión de guerra —le explicó Emilio—. Me quedo al mando aquí.

—Vaya. Enhorabuena.

—Deja eso. Escucha, quiero hablar contigo.

—A tus órdenes.

—Quiero que elijas a dos compañeros, formes una escuadrilla y hagas un vuelo a Burgos.

—A Burgos —repitió mecánicamente Gonzalo—. ¿Qué hay que hacer en Burgos?

—Llegar —respondió Emilio—. Estamos volando sin poner a prueba los aviones. Sin saber hasta dónde son capaces de llegar, ¿comprendes?

Gonzalo pensó que él podía contestar a eso sin experimentos: no muy lejos, pero se abstuvo de hacer tal comentario.

—¿Por qué ruta?

—Por encima de Somosierra.

—Me temía que ibas a decir eso.

—Es el camino más corto, ¿no?

Y también el más peligroso, pensó Gonzalo. Por encima de los picos nadie sabía qué vientos habría.

—¿Por qué en escuadrilla?

—Para multiplicar las oportunidades. A ver si consigue llegar por lo menos uno.

—Veo que no te engañas.

—Gonzalo, tenemos que experimentar. En el extranjero aprenden a volar en condiciones climatológicas mucho peores que las nuestras, y con eso desarrollan sus modelos. No podemos quedarnos atrás.

—Tranquilo. Ya sabes que puedes contar conmigo.

—Prepáralo todo para mañana. Elige a la gente que te vas a llevar.

—A tus órdenes —repitió Gonzalo.

Cuando amaneció, soplaba una brisa tranquila, prometedora, pero los pilotos y los mecánicos que irían en el asiento del observador la recibieron con desconfianza. La experiencia decía que los vientos cambiaban muchas veces, de intensidad y de dirección, en una misma jornada, y que la altitud y los accidentes del terreno eran determinantes a la hora de saber con qué te ibas a encontrar en el aire.

Tampoco lo habían hecho tantas veces. Cada vuelo era una experiencia nueva.

No estaban preocupados por ellos mismos, aunque el accidente mortal del capitán Bayo dos años antes les había enseñado que los aparatos que pilotaban no eran juguetes. Les preocupaba más no dañar las máquinas. Conocían su valor, y el valor que tenía para su causa que llegaran enteras donde los esperaban.

Distribuyó a los compañeros y se despidió de ellos con una palmada en el hombro. Se encaramó al avión, preguntó al mecánico si estaba listo y dio la señal de que las asistencias hicieran girar las hélices.

Uno tras otro, los Farman se elevaron. Después de unos minutos de maniobra, se pusieron en fila, de tal modo que todos pudieran verse los unos a los otros, e iniciaron la travesía.

Al principio todo fue bien. Mientras se aproximaban a Somosierra, alcanzaron una velocidad de crucero de más de cien kilómetros por hora y el anemómetro instalado cerca del equilibrador delantero no indicaba cambios importantes.

Gonzalo se distrajo unos instantes. Seguía teniendo impresa en los labios la sombra de los de Laura Sastre. Recordaba cada roce que había experimentado caminando a su lado, la vez, durante la cena, en la que sus manos, gesticulando, se habían encontrado con las suyas.

Pero sobre todo volvía una y otra vez a ese momento final, el rostro de la mujer que de repente se le acercaba entornando los ojos, las manos que ponían con sus palmadas coto a cualquier otra expansión, apenas un segundo más tarde.

El primer golpe de viento lo sacó de su ensoñación. Había remolinos encima del puerto.

Ya se lo habían temido. Miró a la derecha y a la izquierda para ver que los aparatos de sus compañeros también subían y bajaban de golpe, sin mantener la formación.

Minutos después, el avión de Gamero se inclinó de estribor, como si fuera a abandonar la fila, y cuando trazó un ocho imperfecto Gonzalo comprendió que había perdido el control.

Miró al otro lado. El aparato de su derecha se mantenía en línea, pero experimentando bruscas sacudidas.

El Farman dio de pronto un potente brinco que hizo crujir todas sus estructuras. A su espalda, el mecánico giró sobre sí mismo en el asiento para comprobar por inspección visual que todo estaba bien. Gonzalo volvió a dedicar su atención a Gamero.

Al parecer, el piloto había recobrado el mando del avión, pero volaba muy por debajo de ellos. Y no remontaba. Era obvio que le pasaba algo y estaba buscando un lugar adecuado en el que aterrizar.

Se volvió otra vez hacia la derecha. El Farman no estaba.

—¿Lo ves en algún sitio? —preguntó al mecánico.

El interpelado negó agitando el índice. Gonzalo se preguntó si virar y buscarlo, pero recordó las órdenes de Emilio: llegar. Apretó los dientes y dedicó su atención a las palancas.

Pasado el puerto, el viento disminuyó, aunque seguía soplándoles de cara. De no haber sido por la preocupación por sus compañeros, Gonzalo habría podido volver a sus pensamientos.

El mecánico hizo otra de sus inspecciones oculares, asomando el cuerpo por la derecha y por la izquierda.

Cuando miró hacia atrás, algo llamó de pronto su atención. En el timón de cola había brotado, como por magia, una mota negra, una especie de florón brillante. Mientras miraba, un segundo florón brotó en la tela, como si estuviera teniendo una erupción.

Instintivamente, miró el motor. En uno de sus costados había una gota brillante y temblorosa, una lágrima negra pugnando por escapar. Cuando se desprendió, perfectamente esférica, el viento la cogió en sus brazos y la llevó hasta el timón de cola, donde estalló junto a las otras dos.

Aceite. Estaban perdiendo aceite.

Se volvió hacia Gonzalo.

—¡Mi teniente! ¡Perdemos aceite! —gritó para imponerse al ruido del viento.

Gonzalo miró el reloj.

—¡Nos queda cerca de una hora de vuelo!

—¡No llegaremos! ¡El motor se recalentará! ¡Puede que arda!

Gonzalo frunció el ceño. Llegar. Fuera como fuese, tenía que llegar.

—¿No puedes hacer nada?

El mecánico movió la cabeza, como si con eso quisiera decir que vaya gollerías le pedían. Volvió a mirar atrás, calculó la distancia.

—Mantenga esto en plano, ¿eh? Me voy a soltar.

—¡Ni se te ocurra!

—Me falta solo un palmo, mi teniente. Si me estiro un poco, puedo tapar la junta. Se ve que el brinco de antes la ha aflojado.

La gota negra se había convertido en un pequeño rosario. Las bolitas se iban desprendiendo, se perseguían en el aire. No todas atinaban ya en el timón, y se perdían en el cielo como canicas en busca de un hoyo inalcanzable.

El mecánico resopló, tomó aire y soltó los cinturones que lo sujetaban a la silla de mimbre. Muy despacio, giró sobre sí mismo y se abrazó a la estructura del aparato.

Gonzalo sujetaba la palanca de mando como si la fuera a arrancar del suelo, con la mirada puesta en el equilibrador, empeñado en distinguir a tiempo la menor inclinación respecto al horizonte. Descubrió que sudaba bajo la escafandra.

Abrazado al avión, el mecánico tuvo un momento de duda. Con movimientos torpes, se soltó el nudo del pañuelo del cuello, que flameó colgado de su mano enguantada como una bandera enloquecida. Antes de hacer nada, fue tirando de él encogiendo los dedos hasta formar una bola en su mano.

Tendió el brazo para llegar hasta el motor. La junta estaba abierta a contraviento, así que le aplicó el pañuelo y lo fue remetiendo con los dedos mientras la tela se empapaba de aceite y le manchaba los guantes.

Lo fue metiendo con toda la paciencia de la que fue capaz hasta que dejó de verlo. Ya no salía nada del motor.

Acabada la tarea, el mecánico tuvo un instante de puro terror al comprender que tenía que volver al asiento reptando hacia atrás. Pero no quedaba otra. Ni cabía pensar en pasar más tiempo expuesto al riesgo de un brusco movimiento del avión, ni podía imaginar el espanto de un aterrizaje viendo venir el suelo desde esa postura.

Retrocedió todo lo que pudo, hasta que pudo agarrar con una mano el asiento de mimbre. Se dejó caer en él y su movimiento hizo que el aparato alabeara. Gonzalo lo volvió a enderezar.

—¿Hecho?

El mecánico no contestó. Estaba demasiado ocupado atándose el cinturón con mano temblona. Cuando lo hubo hecho, se volvió a mirar. Del motor sobresalía un pico de tela, azotado por un viento convulsivo. Lo miró fijamente unos segundos, creyó ver que el tamaño del pico aumentaba.

—¡Hecho!

—¿Aguantará?

El mecánico levantó las cejas.

—¡Aguantará lo que pueda!

—¡Ya no nos falta mucho!

Por debajo de ellos pasaban llanuras amarillas. El mecánico miró el reloj. Había pasado casi media hora encaramado en la estructura. Tuvo un brote de sudor al pensarlo.

Unos minutos después —el pañuelo manchado de aceite volvía a flamear como un banderín, no tardaría mucho en desprenderse—, Gonzalo tendió una mano y señaló el horizonte con el índice. Se veían dos alfileres blancos apuntando al cielo, rodeados de un cierto número de manchas de colores.

—¡La catedral! —explicó Gonzalo.

El mecánico aplaudió. Volvió a mirar hacia su espalda. El trapo ya era un estandarte enloquecido que desprendía gotas negras al viento.

Gonzalo viró hacia el lugar donde, según sus planos, estaba la campa prevista para el aterrizaje. No tardó en distinguirla. Estaba

llena de gente. Emilio no le había dicho que iba a tener público. Se lo señaló al mecánico, que volvió a mirar hacia atrás.

—¡Mi teniente! ¡Humo!

Gonzalo volvió la cabeza. Junto a la hélice brotaban pequeñas nubes turbias, como tosecillas intermitentes. Pero ya no había nada que hacer. Redujo la velocidad, y el aparato empezó a descender mientras enfilaba la campa. Luchó por mantener la horizontal a pesar del viento. Le interesaba hacer un aterrizaje lo más elegante posible.

Del motor empezó a salir una columna de humo negro. Gonzalo empezó a contar los segundos. Era pura cuestión de tiempo tomar tierra antes de que el motor ardiera, o hacerlo ya con el motor en llamas. O que se detuviera y bajaran a plomo.

Alcanzó a ver a los guardias haciendo retroceder a la multitud. Alcanzó a calcular la longitud de campa que tenía por delante si no quería dejarlos atrás a todos y que tuvieran que correr hasta él. Cortó el gas.

El Farman tocó tierra y dio algunos saltitos antes de que el gancho de la cola se clavara en el suelo y lo frenara prácticamente en seco. La multitud prorrumpió en aplausos.

—¡Agua al motor! —gritó el mecánico a los soldados que se acercaban corriendo.

Gonzalo se dio la vuelta. Del motor se elevaba, ahora en vertical, una nube de humo negrísimo.

—Baje, mi teniente, yo me encargo —aseguró el mecánico.

Gonzalo saltó a tierra. Se agachó a comprobar ruedas y cola. El aparato estaba en perfectas condiciones.

Se quitó el casco mientras las autoridades se acercaban a él. Hombres con levita, sombrero en mano, damas endomingadas, uniformes, incluso vio las ropas moradas de un obispo. Y a una joven vestida con un vestido malva con ribetes blancos y una ancha pamela.

Tardó unos segundos en reconocerla.

—Bienvenido, teniente. Este es un momento de gran importancia para esta ciudad…

Trató de prestar atención al dignatario y de responderle con obligada cortesía mientras se preguntaba cómo había sabido ella del

viaje con la suficiente antelación.

Le pidieron que dijera unas palabras. Las improvisó lo mejor que pudo. Luego, los circundantes lo rodearon pugnando por estrechar su mano. Se inclinó ante la mano de las damas. Se cuadró ante un par de militares. Se agachó a besar el anillo del obispo. Y entonces se encontró con la mano tendida de *Carta blanca*, alzada con elegancia para que la besara. Lo hizo, intensamente, los segundos suficientes para que ella se diera cuenta de que los prolongaba y los segundos justos para que nadie más lo advirtiera. Laura sonrió.

—Enhorabuena, teniente. Parece que sus vuelos siempre son agitados cuando yo los presencio.

—Pero siempre terminan bien, señorita.

—Me alegra saberlo. Espero verlo pronto en Madrid.

—Lo mismo digo.

Ella se apartó para dejar sitio a otras personas. Gonzalo la retuvo llamándola en voz baja:

—Señorita Sastre…

—¿Sí? —respondió ella en el mismo tono.

—¿Siempre va a llevarme la delantera?

Laura respondió sin levantar la voz, con una amplia sonrisa.

—Eso solo depende de ti.

X

Febrero pasó sin pena ni gloria, con una población sometida a una guerra meramente declarativa, que seguía las noticias de los acontecimientos en Escandinavia o en alta mar mientras se daba cuenta de que en las tiendas empezaban a escasear algunos productos.

A primeros de marzo, invitaron a Clara a tomar el té en un despacho de Whitehall. Fue recibida por dos caballeros de elevada estatura, impecable peinado y traje cruzado, que la trataron con exquisita cortesía. Los dos eran hombres maduros, de pelo entrecano, y el mayor de ellos llevaba un bigote recortado que parecía pintado con tizne.

Durante los primeros intercambios de frases, se las arreglaron para hacerle notar mediante distintas alusiones que estaban informados acerca de ella, de sus amistades y de sus relaciones. A Clara no se le escapó. Para cuando sus anfitriones decidieron abordar el asunto por el que la habían invitado, ya estaba preparada para escucharlo.

—Señorita Suances, imaginará que no la hemos llamado para mantener un simple encuentro social.

Clara se llevó la taza de té a los labios y la apoyó en ellos, apenas si bebió.

—Imagino que no.

—No queremos que piense que estamos vigilándola… —empezó el hombre del bigote.

—Lo entendería. Están ustedes en guerra, y soy ciudadana de un país extranjero que simpatiza con sus enemigos.

—Le agradezco su comprensión —dijo el que había hablado primero. Tenía una voz tranquila y sonora—. Quiero que sepa que no nos interesamos por sus actividades. Sabemos que no son dañinas para nosotros.

—Bien.

—Nuestro interés se centra en una sola persona.

De repente, Clara comprendió por qué la habían llamado. No le agradó.

—El general Rojas, ¿verdad?

—Sí… Sabemos que mantienen ustedes una cierta relación amistosa.

—Nos conocemos desde hace algún tiempo.

¿Por qué había dicho eso? En realidad, apenas se conocían. Clara se preguntó por qué seguía pensando que esa cierta relación amistosa existía desde aquella fiesta en casa de sus padres donde él no le había prestado ninguna atención. Pero no tenía ganas de entregarse a disquisiciones.

—¿Qué puede contarnos de él?

Clara se enfrentó a la mirada de sus interlocutores.

—Lo que todo el mundo sabe: es uno de los grandes pilotos de mi país, y de los más veteranos. En los años veinte…

—Fue protagonista de algunos grandes vuelos, lo sabemos. Conocemos la importante trayectoria profesional del general. Pero nos gustaría que nos hablara de su persona. De su actitud… política en estos momentos.

—La desconozco.

—Ese es nuestro problema; los expedientes de que disponemos son muy contradictorios. Durante los años treinta, el general Rojas fue el referente profesional de una generación de pilotos españoles que ya están muertos o en el exilio. Junto a su amigo el general Herrera, participó en muchas de las investigaciones científicas de su aviación. Y cuando empezó su desgraciado conflicto…

Por un instante, Clara se indignó. Su desgraciado conflicto. Para aquella gente, la tragedia que había partido en dos su vida era un desgraciado conflicto. Trató de interrumpir la conversación:

—No fue un desgraciado conflicto. Tuvimos una guerra. En la que, por cierto, ustedes se negaron a ayudarnos.

Sus anfitriones cruzaron una mirada. Trataron de volver a la suavidad:

—Lamento que mi colega haya podido herirla —respondió el hombre de la voz tranquila—. Lo que queremos decir es que, en aquel entonces, el general adoptó una postura extraña.

Clara había tenido desde Londres noticia de aquel posicionamiento. La guerra había sorprendido en La Coruña a Gonzalo Rojas. Enseguida lo habían detenido. Había estado en prisión durante un mes, todo el mundo pensaba que seguiría el mismo camino hacia el paredón de muchos de sus compañeros. Y entonces lo habían liberado, y le habían dado un puesto en la aviación rebelde. Un puesto en retaguardia. Un puesto sin importancia, pero que había desmoralizado a sus amigos.

—Ignoro cuáles fueron sus motivos.

—¿Ni siquiera los supone?

—No.

—El problema es que seguimos sin saber dónde está ahora.

Clara levantó la vista, frunció el ceño.

—¿Cómo que siguen sin saberlo? Tiene un puesto otorgado por el actual Gobierno español, ¿no basta con eso?

El hombre del bigote se removió incómodo en el asiento.

—Me temo que no. Según hemos sabido, mantiene correspondencia con antiguos amigos, en el exilio en la actualidad, que tuvieron posturas muy distintas a la suya. Y en esas cartas no se expresa como alguien leal al régimen español.

—¿Le intervienen las cartas? —los interrumpió escandalizada Clara.

—Usted misma ha dicho que estamos en guerra —dijo fríamente el hombre de la voz tranquila.

—¿Me está diciendo que es un agente doble?

—No, no… —El hombre del bigote parecía incómodo—. Por desgracia, no. El general se limita a expresar opiniones, pero no transmite información.

—Pero sus opiniones nos hacen pensar que… podríamos contar con él si llegara un momento crítico. Si sus superiores no se lo llevan antes de aquí, claro.

Clara respiró hondo.

—¿Qué quieren de mí?

—Que sondee al general. Hemos intentado hablar con él, pero se ha mostrado reservado. Necesitamos saber si podemos incluirlo en nuestros planes. Espero que lo comprenda.

—Lo comprendo.

—Pero le disgusta. Comprendemos que le disguste, pero…

Clara no contestó. Pensaba en su último encuentro con Gonzalo. En aquella ocasión, él había insinuado que ella estaba haciendo justo lo que ahora le pedían que hiciera. No sabía cómo iba a abordar el asunto.

—Necesitaré un poco de tiempo.

—Por supuesto, por supuesto. Pero no puede ser mucho —dijo el hombre de la voz sonora.

Clara lo miró a los ojos.

—¿Esperan algo pronto?

—Esperamos algo en todo momento. Una cosa es que la población bromee con la falta de hostilidades y otra que creamos que Hitler nunca va a hacer nada.

Clara se abstuvo de preguntar por qué no hacían algo ellos.

—Haré lo que pueda.

—No le pedimos más.

—Quiero algo a cambio.

El hombre serio frunció el ceño y no disimuló su expresión de molestia, pero no se alteró.

—Dígame.

—Quiero que a un amigo mío le den un trabajo en el servicio español de la radio.

El hombre cambió de posición en el asiento, con visible alivio.

—Oh —dijo—. Por supuesto. Delo por hecho.

—Gracias.

Se levantaron.

—¿Quiere que un coche la lleve a alguna parte?

—No, gracias. Prefiero pasear.

—Como prefiera. Señorita Suances…

—¿Sí?

—No hace falta que le diga que esto debe quedar entre nosotros. Cualquier indiscreción sería fatal.

Clara asintió apenas con la cabeza.

—¿En la radio?

—Sí.

—No sabes cómo te lo agradezco. Has sido mi ángel guardián desde que llegué a Londres. Qué digo desde Londres, desde Francia. Desde el campo de prisioneros.

—No es para tanto. Tienes que ir a esta dirección y preguntar por esta persona. Ya está todo arreglado.

Estaban en un salón de té, de luces apagadas y manteles de flores, delante de un nutrido servicio de mesa con pequeños sándwiches, tazas de té y scons. Daniel apretó los labios, conmovido.

—Tengo tan buenos recuerdos de Madrid —murmuró…

Adelantó la mano para cubrir con ella la mano de Clara, que reposaba sobre la mesa. Clara la retiró con suavidad.

—Todos tenemos buenos recuerdos —respondió cortante.

—Los míos son especialmente buenos, y es gracias a ti. Como lo van a ser los que tenga de Londres también gracias a ti.

—No tengas tanta prisa… Los recuerdos que tengamos de esta época todavía están por escribir.

—De momento no pueden ser mejores. La gente que he conocido aquí…

—¿La pianista?

—No solo la pianista; los demás españoles, los camaradas ingleses. Este es un país fabuloso.

—También puede ser un país muy duro.

—No será peor que Francia. Lo que pasamos allí fue terrible.

—¿Has sabido algo de los demás?

—¿Yo? Vivo completamente aislado aquí. No podría saber nada.

—Tal vez ahora, en la radio, te enteres de cosas.

El rostro de Daniel se iluminó.

—No había pensado en eso, tienes razón.

—¿Me mantendrás al tanto?

Daniel la miró con expresión seria.

—Nada me gustaría más. Si es que me das ocasión de hacerlo. Desde que he llegado no has hecho más que rehuirme.

Clara se encogió un poco.

—He estado ocupada en muchas cosas. Son tiempos difíciles.

—Soy poeta, pero no soy imbécil.

—Entonces no deberías seguir preguntando.

El silencio se extendió sobre la mesa como un charco.

De pronto, el rostro de Daniel cambió. La expresión sombría dio paso, como era habitual en él, a una viva alegría. Se levantó.

Clara se dio la vuelta. Por entre las mesas se acercaba a ellos una chica muy alta, pelirroja, vestida con cierta informalidad. Sonreía.

—Clara, no te he dicho que había pedido a una amiga que viniera a recogerme. Te presento a Candice.

Clara se levantó con lentitud. Tendió la mano a la recién llegada.

—*Nice to meet you*.

La chica contestó con la misma fórmula, sin dejar de sonreír.

—Candice está enseñándome inglés. ¡Me hace buena falta!

—Es una espléndida idea. —Clara se inclinó a coger su abrigo—. Quedaos aquí y acabaos la merienda mientras practicáis. Yo ya me iba.

—¿No quieres quedarte?

—No puedo. —Sonrió—. Me están esperando.

Al salir a la calle sintió que el aire le refrescaba las mejillas, y al tocárselas con el dorso de la mano, antes de volver a ponerse el guante, las encontró inflamadas. No me había dado cuenta de que hacía tanto calor dentro, pensó.

XI

Cuando ambos habían regresado de Burgos, habían vuelto a verse para cenar. Habían vuelto a pasear por la noche silenciosa de Madrid y a dirigir sus pasos hacia el mismo portal de la calle del Turco. Pero no habían llamado al sereno. Ni habían vuelto a salir.

Desde entonces, para él la llegada del amanecer siempre traía a su mente la misma imagen: la silueta de ella en el lecho iluminándose gradualmente, como una mágica aparición. Su pelo suelto sobre la almohada, mucho más abundante y más largo de lo que su peinado le había hecho pensar. Su respiración tranquila, como el cabeceo de una barca en el mar.

Las largas horas de conversaciones, los porqués, las razones. Escribo como tú vuelas, porque me da placer, porque sirve de algo. Busco la compañía de la gente como tú buscas la soledad del cielo, porque a mí me libera de la soledad y a ti te libera de la compañía.

Ha sido un encuentro casual, como casuales son todos los encuentros, una acera que de pronto se estrecha tanto que no es posible más que ceder el paso o levantar la vista para encontrarse con una mirada, correr el riesgo de una mirada, afrontar el riesgo de una mirada, llegar al punto en el que los ojos están tan cerca que se transforman en olor y en piel, en manos que vuelan y labios que se multiplican.

El silencio en la calle del Turco, en el que solo se oyen palabras susurradas, gemidos ahogados, roces. Los primeros sonidos de la mañana, tan novedosos.

Mirar el mundo por otros ojos, comentar, discutir.

Él nunca ha servido para discutir. Tiende a que le convenzan todos los argumentos, y mira con admiración el fuego que arde entre las manos de ella cuando gesticulan, la convicción de que las palabras dan forma a las cosas, esos labios que nunca se detienen, que siempre

tienen cosas que decir, tan distintos de los suyos, cerrados ante el viento. Él nunca ha servido más que para escuchar el rumor del viento, igual que ahora escucha su respiración, los ruiditos del sueño.

Cree que no se le escapa nada.

Por Madrid pronto corren los rumores que vinculan al joven oficial con la joven periodista; se los ha visto juntos numerosas veces, él siempre discreto, ella siempre expansiva y alocada.

¿Han llamado a la puerta? Rojas sigue teniendo los ojos cerrados, se encuentra bien detrás de ellos. Vive en ese punto de la duermevela en el que no se sueña, sino que se recuerda y, del mismo modo que al despertar no se quieren dejar atrás los sueños, no quiere salir de la duermevela y dejar los recuerdos.

¿Y a mí qué?

Bueno, si no te importa que la gente…

Claro que no me importa. La gente habla todo el tiempo de mí.

Han llamado a la puerta. Dos veces. Rojas abre los ojos, irritado. Los vuelve a cerrar.

Lo dices como si te gustara.

No me molesta. Disfruto con el pasmo de los tontos. Con su mirada de vacas sorprendidas.

Pero lo que dicen…

Sin duda han llamado a la puerta.

¿Que estamos juntos? ¿Y acaso no estamos juntos? ¿Prefieres que digan que estamos juntos o prefieres que no estemos juntos?

El general se levanta a abrir. Atrás queda la parte de los recuerdos que nunca ha querido recordar. ¿Dónde está su asistente? ¿Por qué le obliga a dejar sus recuerdos?

Clara está en la puerta. Su actitud es extraña. Está casi de espaldas, en escorzo, con el pie izquierdo en el primer peldaño de la escalera, la expresión sorprendida, la mano levantada en el aire como para guardar el equilibrio.

—¡General! Estaba a punto de irme, creí que no había nadie.

—Me he quedado dormido, discúlpeme.

Ella titubea, y él comprende que tal vez suena a excusa, pero es la verdad:

—Me he puesto a leer informes e inevitablemente me he quedado dormido. Los papeles que llegan de Madrid me parecen escritos por un coro de monjes gregorianos.

Clara se echa a reír, aliviada. Sigue medio torcida en la escalera, sin que se sepa si sube o baja. Señala con el dedo la puerta abierta.

—¿Puedo pasar?

Rojas se sobresalta.

—¡Claro! ¿Ve cómo estoy medio dormido? Pase, por favor, pase y acomódese. Le prometo despejarme enseguida.

El salón de la casita alquilada es austero, impersonal, uno más de las muchas viviendas para diplomáticos que pueblan el barrio. Al entrar, Clara ve que en efecto el sofá tiene varios papeles desparramados.

—Le pido disculpas por el desorden, mi asistente tiene hoy el día libre.

—Sí, lo sé. Por eso he venido a visitarle hoy.

Como si hiciera honor a su promesa, Gonzalo se despeja de inmediato. Las palabras de Clara albergan numerosas implicaciones, que su mente encadena con rapidez.

—¿Me permite su abrigo?

Clara se da la vuelta y abre los brazos, y el general recoge en los suyos la prenda que resbala de sus hombros. Lleva un vestido verde musgo, de manga larga, que se ciñe a su cuerpo.

—Está usted tan guapa como siempre.

Clara sonríe por encima del hombro.

—Gracias.

—¿Quiere que le prepare un café o que le sirva algo de beber?

—No será necesario. Solo quería hablar con usted.

—Adelante.

—Hace unos días tuve una entrevista… oficial.

—¿Con las mismas personas que le informan de cuándo libra mi asistente?

Clara le mira fijamente. Tal vez una parte de las dificultades a las que temía puedan dejarse a un lado.

—Sí.

—Le agradezco la sinceridad.

—Usted la merece. No había tenido antes una entrevista así, y en cuanto la he tenido he venido a decírselo. ¿Me cree?

Gonzalo titubea un instante. Por su mente pasan las imágenes de la pasada Nochevieja. Vuelve a ver el rostro de Clara cercano al suyo mientras le ayuda.

—Sí —dice también él.

Ella respira hondo, con evidente alivio. Cruza las piernas, entrelaza las manos antes de continuar.

—Voy a interpretar un poco lo que me pidieron… Quieren saber si pueden contar con usted.

—¿Para qué?

Clara alzó la vista con desconcierto, como si entre todas las preguntas posibles jamás hubiera pensado en esa. Encogió los hombros, apretó los labios.

—Para sus planes de guerra, supongo. Ahora todo gira en torno a eso.

—No sé cómo podría ser útil a sus planes de guerra.

—Tampoco yo. Imagino que eso se lo dirían ellos en persona si hubiera cierta predisposición por su parte.

—¿Sabe que eso se llama traición?

—Yo no lo veo así. —Clara se irguió, y en la postura de su cabeza erguida hubo un ademán de orgullo que no pasó inadvertido al general—. España no es beligerante, no se le está pidiendo que haga

nada en contra de su país.

El general sonrió, y Clara esperó la réplica que sabía que vendría, que podía prever perfectamente. En vez de eso, Rojas le preguntó:

—¿Cuál es su postura, Clara? ¿Cuál fue hace cuatro años? Usted viene de una familia adinerada. Empresas, inversiones… Su padre era un hombre conservador, si mal no recuerdo.

Clara sintió que se ruborizaba. El general notó que las manos unidas sobre las rodillas palidecían al apretarse.

—Quería mucho a mi padre —dijo con la mirada baja—. Pero mis opiniones diferían de las suyas.

—¿Por eso está aquí?

—Sí.

—Y es obvio que el Gobierno británico piensa que puede contar con usted.

—Y, de hecho, puede hacerlo si me necesita. —La mirada había vuelto a levantarse, los ojos que había visto tan cerca en Nochevieja volvían a mirarlo—. Odio todo lo que sus enemigos representan en este momento.

—En este momento —repitió en voz baja el general—. Qué lástima que no se dieran cuenta antes.

La observación sorprendió a Clara, a su pesar. Se daba cuenta de que tampoco ella entendía a aquel hombre.

En realidad, no sabía por qué estaba allí. No sabía más del Gonzalo Rojas que tenía delante de lo que los británicos le habían contado. Y lo que había visto en Nochevieja, que no era estimulante.

Pero se daba cuenta de que lo había creído sin vacilar porque quería creerlo. Quería que Rojas estuviera en su mitad del mundo.

—Quiero que usted esté de nuestra parte.

Las palabras habían salido de su boca sin control, sin que reparase en que lo que pensaba se había convertido en sonido y voz, y su mano derecha se levantó involuntariamente como para detenerlas. Pero ya volaban. El general la miró con interés a través de ellas.

—Eso es muy agradable —murmuró.

—¿Puedo darles alguna respuesta?

Rojas desvió la mirada hacia la ventana.

—¿Damos un paseo? El día parece bueno, y en esta ciudad eso es un privilegio.

Ella asintió, turbada. Se incorporó y aceptó el abrigo abierto que el general le ofrecía para ayudarla a ponérselo. Esperó con él puesto mientras su anfitrión subía a por sus zapatos. Bajó vestido con un abrigo gris y un sombrero de fieltro, y Clara pensó que parecía mucho mayor que de uniforme.

—Nunca le había visto con sombrero —dijo con una sonrisa.

—Es una prenda que odio, pero a la gente le molesta que vayas descubierto. Sueño con un mundo en el que se pueda llevar el pelo al aire.

Ella se echó a reír.

—Creo que eso no lo han pensado en ninguna novela de anticipación.

—La gente no tiene ninguna fantasía.

Rieron y salieron. Caminaron en silencio unos minutos. La vivienda del general estaba al extremo de Belgravia, muy cerca del río, así que no tardaron en acercarse hasta su ribera, y en vislumbrar en el horizonte las barreras de globos cautivos levantadas para obstaculizar el paso de los aviones enemigos. El general las miró con melancolía.

—¿Ha volado usted en alguno? —preguntó Clara.

—La verdad es que no. Llegué directamente a la aviación, muy al principio.

—¿No echa de menos esos tiempos?

—Claro que sí. —La mirada del piloto se volvió soñadora—. Los grandes viajes, los compañeros con los que compartías emoción y riesgo… Seguíamos los logros de los otros como si fueran nuestros. —Su rostro se ensombreció—. Luego nos convirtieron en asesinos.

—Supongo que es inevitable.

El general volvió a mirar los globos.

—Supongo que sí… Dentro de poco, este cielo se cubrirá de aviones y de ellos descenderá la muerte.

—¿Cree que llegará a ocurrir?

—Estoy seguro.

Clara se encogió como si tuviera frío. De pronto, tuvo una idea:

—General, ¿no es un poco arriesgado que paseemos de esta manera, a plena luz del día?

Rojas alzó las cejas y compuso una sonrisa irónica:

—¿Teme por su reputación?

Ella sonrió.

—No, claro que no. Me refiero a que estamos en guerra. Tal vez haya personas que nos vigilen.

—Sí. Y sospecharán mucho más si nos encontramos a escondidas. Yo tenía una… amiga que solía decir: si quieren que nos exhibamos, exhibámonos.

—¿Se refiere a Laura Sastre?

El general volvió la cabeza. Tardó unos segundos en responder.

—Sí, me refiero a ella… ¿La conoció también?

—El mismo día que a usted, en la misma fiesta. Si no sonara muy melodramático, le diría que me dejó plantada por ella.

Rojas bajó la vista y movió despacio la cabeza.

—Es tremendo cómo puede la memoria borrar las cosas. Incluyendo las importantes.

Clara entornó los ojos y los fijó en un barco en el Támesis. Negó con la cabeza.

—Seguro que las importantes no —dijo.

Rojas no contestó. Parecía haberse ido muy lejos.

Ella respetó su silencio. El viento les traía el rumor del agua.

—Dígales que quiero hablar con ellos.

—¿Perdón?

—Los caballeros de los que me hablaba. Dígales que sí quiero hablar con ellos, pero que no les prometo nada.

XII

Jamás había estado con una mujer tan alta.

Ese fue el absurdo pensamiento que se le vino a la cabeza cuando Candice y él se besaron, al final de una clase de inglés llena de tonteos, risas y, por supuesto, medias palabras, y como colofón de una celebración de su nuevo empleo que le hizo reconciliarse con la temperatura de la cerveza inglesa. Cuando salieron del último pub, Daniel no podía evitar la sensación de que todo el mundo lo miraba mientras caminaba cogido del brazo de la larguísima pelirroja, pero le parecía una manifestación secundaria más que soportable.

Cuando acudió a la radio, se llevó la sorpresa de encontrarse con Arturo Barea, que había sido responsable de la prensa extranjera en Madrid durante la guerra y con el que había tenido largas conversaciones en las que se había sentido en la postura del discípulo respecto a un maestro. Arturo le ayudó a moverse por los pasillos de aquella casa grande y a manejar el que desde entonces iba a ser su instrumento más importante: su voz.

—Esto no es igual que recitar poemas… Tienes que asegurarte de que mantienes una voz clara, que se te entiende bien, que el oyente no se pierde en los meandros de una frase demasiado larga. El estilo tiene que servir al mensaje, ¿comprendes?

La emoción de volver a escribir, aunque no fueran más que comunicados para ser emitidos por la radio, llenó por completo sus primeros días. Otra vez la sensación de los dedos pulsando las teclas con la fuerza justa, el ruido de los tipos golpeando el papel, el timbre anunciando con un campanillazo el final de la línea, el sonido del carro al retornar otra vez al principio.

La emoción de crear, de buscar otra vez entre las palabras la más adecuada para lo que quería decir, de evitar los sonidos reiterativos, de escoger el término exacto para no caer ni en la grandilocuencia ni

en la simpleza.

La emoción de luchar, otra vez. Porque todas las emisiones del servicio en español tenían, de una manera u otra, contenido político. Le parecía que todas estaban al servicio de la misma causa, sin que sus redactores se pusieran de acuerdo ni recibieran instrucciones precisas.

Por eso, fue un duro aterrizaje en la realidad cruzarse días después en un pasillo con aquel individuo enjuto, de pelo negro peinado al agua, bigotillo ralo, nariz afilada y gafitas redondas.

Daniel aún estaba aprendiendo su nuevo oficio, aún no se movía con soltura por las instalaciones. Aquella mañana estaban acompañándolo a uno de los estudios de grabación, iba con sus papeles en la mano, cuando vio al hombre de pelo negro.

La confusión se apoderó de él, como cuando te encuentras con un conocido y no lo reconoces porque, en tu mente, no debería estar allí. Se detuvo en mitad del pasillo, mientras sus neuronas se acomodaban a la imagen como los ojos a la penumbra, y se convenció.

—¿Qué hace aquí este cabrón?

De las cuatro personas que había en el pasillo, solo dos reaccionaron a la frase porque los otros no hablaban español. Paco, el compañero que le estaba guiando, lo agarró por el brazo. El otro hombre que entendió la frase fue el de las gafitas de carey redondas.

—Daniel, calma…

—¿Cómo que calma? ¿Qué hace aquí este cerdo?

—Oiga, joven…

Daniel iba a lanzarse sobre el hombre enjuto, pero Paco lo había previsto. Hizo una presa al compañero que lo inmovilizó.

—¡Suéltame!

El inglés que acompañaba al hombre de las gafitas no había entendido la conversación, pero estaba claro que no era la primera vez que veía la escena. Apartó a un lado a su acompañante y se interpuso entre él y Daniel, levantando una mano en ademán preventivo.

—¡Te voy a partir la cara, miserable!

—Daniel, vamos.

El inglés se llevó al otro hombre y Paco aflojó la presa.

—¿Por qué me has sujetado? ¿Es que nos has visto quién era?

—Sí, sí lo he visto —dijo Paco con expresión avergonzada.

—¡Era Casado! ¡El coronel Casado! ¡El cabrón de golpista que vendió Madrid a Franco! ¿Qué está haciendo aquí?

La voz de Paco se hizo un hilo al decir:

—Trabaja aquí. Tiene una sección propia.

Daniel se transformó en una masa hecha de sorpresa y silencio.

—Es broma —murmuró.

—No, no es broma. Vamos. Llegamos tarde.

Daniel apenas pudo concentrarse mientras entraba al cuarto acolchado en el que le esperaban, con el micrófono suspendido del techo, para leer su crónica. Apenas pudo mantener la correcta entonación para leer sus páginas, con la mente absorbida como en un tiovivo por la escena mil veces repetida de él mismo cruzándose con el golpista. Apenas pudo llegar al final, quitarse los enormes auriculares, salir otra vez al pasillo.

Paco estaba esperándolo, pequeño, debilucho, envuelto en un traje que le venía grande, fumando un cigarrillo con la misma cara de pena que pondría de haber sido aquello responsabilidad suya. Se encogió de hombros ante la mirada del poeta.

—Juan de Padilla —explicó—. Habla con el seudónimo de Juan de Padilla, y hace crónicas militares. Ahora anda comentando la guerra de los rusos en Finlandia.

—O sea que los ingleses siguen sin saber cuál es el bando equivocado —respondió Daniel con amargura.

Paco alzó las cejas.

—Los ingleses piensan que el bando acertado es en el que están ellos en cada momento, piensan que esta historia nuestra aún no ha terminado y no ponen todos los huevos en la misma cesta —dijo.

Daniel movió la cabeza en vehementes gestos negativos.

—Voy a renunciar —afirmó—. No pienso compartir techo con ese individuo.

—No seas idiota. —La voz de Paco era siempre calma, arrastrada, como la de alguien que está cansado de dar muchas vueltas a una misma idea—. Aquí tienes voz y un modo de vida, y eso es incomparablemente mejor que ser mudo y volver a pasar hambre.

Por la noche, tuvo su primera discusión con Candice. Una disputa estúpida con una mujer que, precisamente, no estaba del lado de su país en esa contienda, sino del lado de la libertad, y que se vio enfrentada a un vómito de reproches por las cosas que nunca había defendido ni defendería. Se separaron sin saber si iban a volver a encontrarse.

Al día siguiente, Daniel se lo contó a Marina, que le escuchó con mirada cansada, con unos ojos en los que bullía el lento fermento de la madurez. Cuando terminó, se limitó a decir:

—Trate de no ser niño. Los Estados no tienen principios.

—Eso es lo que nos ha llevado a esto. No los defienda.

—¿Quién ha dicho que los defienda? Solo digo que no me sorprende que los ingleses se sirvan al mismo tiempo de Casado, de usted y de Franco.

Daniel lanzó un bufido, pero Marina parecía estar ya pensando en otra cosa.

—Daniel… Quiero mucho a Candice. Pórtese bien con ella.

El poeta pareció sorprendido.

—¿Por qué cree que iría a portarme mal? Solo porque hayamos discutido…

—No, es que no es usted el primer hombre que conozco… Soy una mujer mayor.

—Hábleme de esos hombres —le pidió sonriente Daniel.

Y, en ese mismo instante, ella volvió a cerrarse como un molusco.

—Eso es muy aburrido.

A primeros de abril, Alemania había invadido Dinamarca y Noruega, tal vez aprovechando la guerra inmóvil que libraban Francia y Gran Bretaña. Los comunicados que Daniel redactaba habían sido a lo largo de esa semana intensos y beligerantes. Sentía la misma rabia de los últimos meses del 36, cuando Francia y Gran Bretaña habían patrocinado la no intervención en España y dejado expandirse a los nazis.

—Solo reaccionarán cuando no les quede otro remedio —decía

Marina—. Creen que es la manera en la que mejor sirven sus intereses.

Se suponía que ya era primavera. Pero el cielo seguía estando gris.

¿Qué habría opinado Laura?

—Lo que pasa es que a ti todo te parece bien, Gonzalito.

Discutían mucho de política. Laura no era alguien que se conformara con ir al teatro, a cenar o a bailar. No dejaba nunca de ser periodista. Si iban al teatro, la obra tenía que tener un contenido —le encantaba Galdós—. Si iban a cenar y en la mesa de al lado cenaba un político o un empresario, Laura los abordaba y, con el pretexto de saludarles, les hacía alguna pregunta cuya respuesta se colaba luego en sus columnas de prensa. Si iban a bailar, tomaba nota de todo el mundo con el que se encontraban.

—No descansas nunca.

—Eso no es verdad… Lo que pasa es que yo tengo los pies en la tierra y tú tienes la cabeza en las nubes.

Era una descripción precisa. Reconocía que a él solo le importaban los nuevos aparatos que llegaban al aeródromo cada cierto tiempo y que le sometían a un nuevo y estimulante aprendizaje. Aparatos que volaban cada vez más deprisa, cada vez más alto, cada vez con mayor estabilidad.

Cuando empezó la Gran Guerra, Laura se distinguió por sus artículos aliadófilos, mientras él devoraba las crónicas relativas a la creciente importancia de la guerra en el aire.

—¿En qué quedamos? ¿No has dicho siempre que odiabas la guerra?

—Pero está sirviendo al desarrollo de los aviones. Es increíble lo que…

Eran amantes afortunados. Desde el primer encuentro, sus cuerpos habían encontrado el camino el uno hacia el otro, con una sintonía que nunca habían sentido con otras personas. Eran insaciables. Eran felices cuando se despojaban de todas las prendas que representaban su vida exterior.

Pero, el resto del tiempo, discutían. Cuando llegó la huelga general de 1917, Laura escribió artículos incendiarios atacando la represión salvaje practicada por el Gobierno, afirmando que el régimen de la Restauración estaba muerto, denunciando con nombres y apellidos a los responsables de los peores abusos. Recibió amenazas, tanto públicas como anónimas.

—Laura, por Dios…

—No pienso callarme, Gonzalo.

—Te puede costar un serio disgusto.

—El disgusto me lo causas tú con tu constante conformismo.

Tampoco él escapó a las presiones. Sus superiores le hicieron saber que no veían bien su relación pública con una persona tan notoriamente desafecta al Estado. Les respondió que eso era asunto suyo. Le impusieron un arresto por falta de respeto.

No se lo mencionó a Laura. La llamó por teléfono y le dijo que estaría unos días en África en misión urgente.

A principios de otoño —estaban a punto de cumplirse cuatro años del día en que se habían conocido—, salieron a cenar y durante toda la cena las palabras fueron raras presencias, cuando siempre habían sido compañeras leales. A los postres, mientras hurgaban en un trozo de tarta que se desmigajaba lentamente en el plato, Laura dijo sin levantar la vista:

—Estoy desilusionada, Gonzalo.

Él supo que el momento que había temido ya estaba allí. Lo afrontó:

—Supongo que quieres decir conmigo.

—Sí.

Le sorprendió la facilidad con la que lo había dicho. Siempre había pensado que tendría que ser mucho más difícil.

—Lo lamento de veras.

—También yo lo lamento. Pero es la verdad.

Trató de mantener la dignidad cuando preguntó:

—¿Hay algo que pueda hacer para subsanarlo?

Laura bajó los párpados, cansada. Apoyó con ternura una mano sobre la de Gonzalo, que reposaba derrotada sobre la mesa:

—No puedes… Porque tendrías que dejar de ser tú. No puedes evitar ser tan respetuoso con todo lo establecido, no puedes evitar que lo que pasa a tu alrededor te parezca tan solo paisaje, no puedes evitar pensar solo en tus aviones.

—Y eso no es suficiente para ti.

—No. —La respuesta salió como un trallazo—. A mí me importa todo lo que me rodea. Y me compromete.

—Y yo lo respeto.

—Hasta donde puedes… Pero no lo compartes. Te quiero muchísimo, Gonzalo, pero esto no puede seguir así.

El aviador guardó un profundo silencio. Por su mente pasaron imágenes de sonrisas y de caricias. Muy deprisa, sin poder retenerlas. Como agua que se cuela entre los dedos.

Cuando alzó la vista, vio los ojos de ella llenos de lágrimas.

—Esto me va a costar muchísimo —dijo con voz entrecortada—. No pienses ni por un minuto que no me va a costar muchísimo.

Él no contestó.

Fuera llovía. Otra vez. Allí siempre llovía. Se preguntó cómo sería volar siempre con lluvia.

Por supuesto que sabía lo que habría opinado Laura.

XIII

El 10 de mayo, Clara se despertó incómoda. No era por el clima, que a veces aún le perturbaba a pesar de los meses que llevaba viviendo allí. No era por ningún trastorno físico, ni porque alguno de los pensamientos que a veces la agobiaban estuvieran molestándola más de la cuenta. No sabía lo que le pasaba, y no lo supo hasta que, a las ocho de la mañana, mientras aún se estaba peinando, le llegó una llamada de un amigo que trabajaba en el Foreign Office:

—Clara, esta madrugada los alemanes han invadido Bélgica y los Países Bajos.

Tardó unos segundos en contestar, mientras luchaba con la idea de que era imposible que hubiera percibido de ninguna forma una cosa así. Sin duda, su inquietud era una coincidencia. Pero una tremenda coincidencia.

—¿Clara?

—Sí, sí, perdona… Qué horror.

—Es difícil que Chamberlain aguante como primer ministro. Llevaba ya dos días peleando en los Comunes, que le pedían cuentas por el fracaso del cuerpo expedicionario a Noruega. No sobrevivirá a esto.

—¿Quién crees que le puede suceder?

—O Halifax o Winston.

Clara no supo ante cuál de los nombres extrañarse más. Halifax era un claro partidario de pactar con los nazis, un perfecto indeseable. Churchill no tenía el respeto de nadie.

—No entiendo nada.

—Así están las cosas… No creas que la gente se está peleando por el puesto, dadas las circunstancias.

—Gracias por llamarme.

Colgó el teléfono y pensó en llamar al general. Luego se dijo que

tal vez él lo tomara como una manera de presionarle y se contuvo.

Hay momentos en que pasan cosas, y cuando eso sucede se siente el deseo de contarlas. Es uno de los instintos más primarios, una de las reacciones más humanas. Había muchas personas a las que Clara podía llamar. Muchos de sus amigos ingleses, algunos españoles. Pero solo sentía deseos de llamar al general. Por alguna razón, pensaba que solo él iba a entender la sensación de horror que la embargaba.

Sabía que otros tenían sentimientos mezclados. Algunos, como Daniel, sentían excitada su combatividad en una circunstancia como aquella. Otros, como alguno de sus amigos en puestos dirigentes, percibían ante todo su responsabilidad. Habría gente que incluso sentiría orgullo patriótico. Lo había visto ya en otras ocasiones.

Ella no percibía más que angustia. Espanto. Y sin saberlo en realidad, pensaba que a Gonzalo Rojas le ocurría lo mismo. Lo intuía por alguna de sus conversaciones. Lo notaba en la piel.

El teléfono sonó también en casa del general, pero no fue Clara la que llamó. Era una comunicación de la embajada, poniendo al corriente al agregado aéreo de los últimos acontecimientos bélicos. El funcionario que le informó lo hizo en un tono exaltado, que traslucía con claridad la dicha que le producían los nuevos avances alemanes. Terminó la llamada con unos vivas extemporáneos que Rojas escuchó con impavidez, sin darles respuesta alguna.

Colgó el pesado auricular negro y no pensó en llamar a nadie.

Pensó en la guerra.

Pensó en la primera vez que había participado en una guerra.

Había sido en 1921, en la catástrofe de Annual.

A finales de julio, más de diez mil soldados habían muerto en Marruecos en la mayor derrota sufrida por un ejército español en un siglo. Los detalles eran espeluznantes. Cuando llegaron a Madrid las noticias y en el aeródromo pidieron voluntarios para ir a África, comprendió que no podía negarse. La magnitud del desastre, la conmoción reinante y el hecho de que él era uno de los pilotos con más horas de vuelo hacían ineludible dar el paso.

Aquella mañana, el rugido del motor, el olor del mar, tan familiares y tan gratos siempre, no eran suficientes para calmar la agitación reinante en su cabeza. Miraba a su derecha por la borda del DH-4 De Havilland, veía la línea de la costa y las posiciones del enemigo y, aunque trataba de concentrarse en ellas, no podía dejar de ver la arena sembrada de cadáveres que había visto el día de su entrada en servicio, el 9 de agosto.

A su espalda, medio metro más atrás, en el asiento del artillero, Fontana observaba tenso con las manos apoyadas en la ametralladora. Aunque no lo quisieran reconocer, ambos vivían impresionados por las noticias escuchadas de viva voz de los supervivientes los días anteriores, y sabían que un disparo de mala suerte hecho desde tierra podía dar con ellos en el infierno.

Giró para ver a Fontana señalar hacia tierra con el dedo índice. Siguió la dirección que le indicaba, pero no se trataba de nada especial: una patrullera de la Armada replicaba sus tareas de observación a prudente distancia de la costa, y desde la cubierta sus tripulantes les hacían señales amistosas. Alabeó a izquierda y derecha con el avión para que vieran que los habían visto y les respondían y se dispuso a seguir su camino.

Sin embargo, Fontana insistía: Rojas miró hacia atrás, y solo en ese momento distinguió el vehículo.

Un vehículo difícil de concretar desde aquella altura. Un automóvil, a juzgar por el aspecto, que debía ser muy antiguo, a juzgar por la velocidad. Lo tripulaba una figura envuelta en ropajes beduinos, y lo perseguía una horda de guerreros que, a pesar de ir a pie, acortaban poco a poco la distancia, dada la dificultad del terreno para las ruedas del artefacto. Divisó de repente las nubecillas de los disparos sobre las armas de los perseguidores.

No necesitó más. Metió pedal para hacer un viraje en redondo mientras quitaba el seguro de la ametralladora frontal, y trazó una curva de descenso que le permitiera ponerse casi en medio del vehículo y de sus perseguidores. Apuntó, apretó el gatillo de la Vickers y un reguero de balas levantó una cortina de impactos en la arena, pocos metros por delante de los guerreros que corrían.

Los corredores se detuvieron y echaron cuerpo a tierra. Confiaba en que eso fuera suficiente para detener su carrera y dar tiempo al automóvil sin tener que causar una matanza.

Era obvio que Fontana no estaba de acuerdo. En cuanto el rumbo del aparato lo puso en paralelo con los atacantes, la Lewis del artillero empezó un tableteo continuado que causó estragos entre los hombres tirados en el suelo. Al mismo tiempo la patrullera largó dos cañonazos de pequeño calibre desde el mar.

Se asomó por el lado derecho de la carlinga. El automóvil proseguía su marcha, con la aparente impavidez de quien de todos modos no puede ir más deprisa, y estaba a pocos metros de la playa. Un poco más allá, vio que la patrullera se había acercado todo lo posible a la costa y había largado un bote.

Describió otro giro. A su espalda, Fontana hizo rotar la ametralladora y siguió su furiosa cacería. Algunos silbidos le recordaron que no estaban fuera de peligro, pero también que la capacidad de fuego del adversario no era muy elevada.

Viró en dirección contraria, haciendo que los últimos disparos de Fontana se perdieran en el cielo, para observar mejor las tareas de rescate del fugitivo. El hombre había llegado ya a la orilla, abandonado el coche y entrado a pie en el agua, en busca del bote.

Así que no cambió de dirección. Pasó por encima de la patrullera, alabeando una vez más a modo de saludo, y puso proa hacia el aeródromo. Detrás de él todavía escuchó una última y desesperada ráfaga de la Lewis.

Tomaron tierra quince minutos después. Cuando los dos bajaron del aparato, Fontana se quitó de un tirón el capacete de cuero con las gafas y dijo con rencor:

—Con una puntería como la tuya no sé si vamos a ganar la guerra.

No contestó. Empezó a desabrocharse con parsimonia la chaqueta de vuelo y dejó casco y guantes en manos de las asistencias.

—¿Te haces el sordo? ¡Ya veremos si sigues haciéndotelo cuando dé parte!

Estaba ya más que acostumbrado a esa clase de discrepancias,

que en última instancia eran las que habían frenado su carrera. Era el único miembro de su promoción que solo había pasado de teniente a capitán. Sus mandos le reconocían la competencia técnica, pero enfatizaban en sus informes la falta de «vocación castrense». Tenían razón, así que no había nada que reclamar.

En el barracón que servía de cuarto de órdenes, presentó informe al oficial de guardia. Ya les había llegado el de la patrullera por el heliógrafo, así que se limitaron a completarlo con los datos del avión y preguntarle si el aparato había sufrido algún desperfecto. Consignó la necesidad de recargar la munición de las ametralladoras y remitió al informe del artillero para el parte de bajas enemigas.

—¿Ha llegado ya la patrullera? —preguntó al oficial de servicio.

—Estará entrando en puerto. ¿Por qué?

Se encogió de hombros.

—Pura curiosidad. Me gustaría verle la cara a ese beduino motorizado al que ayudamos.

El oficial descolgó el teléfono e hizo una llamada. Asintió brevemente.

—Acérquese por allí. Están a punto de atracar.

Al salir se cruzó con Fontana, que lo miró con odio.

En el edificio de la comandancia naval, el rescate había suscitado la curiosidad nerviosa que esos días causaba la llegada de cualquier nuevo superviviente. La marea de curiosos se abrió con respeto al llegar el oficial, y volvió a cerrarse tras él cuando pasó.

En el interior, se identificó y expresó su deseo de ver a la persona que había sido recogida por la patrullera. Le hicieron esperar. Tal vez porque estuvieran interrogándolo o atendiéndolo. Tal vez únicamente por el caos que reinaba en la casa desde hacía días.

—¿Capitán?

Se volvió al oír mencionar su rango y vio a un joven oficial naval de uniforme blanco que le tendía la mano.

—Soy Rafael Guzmán, el capitán de la patrullera —dijo, sonriente.

Se fijó en los galones del hombro. Alférez de navío. Probablemente era su primer mando.

—Gonzalo Rojas. Encantado.

—Gracias por echarnos una mano antes.

—Para eso estábamos ahí… ¿Qué tal está nuestro conductor solitario?

—Resultó ser una sorpresa. Pase a verlo. El médico le está dando el visto bueno para que se lo lleven a interrogarlo.

Avanzaron por un pasillo en el que un montón de ordenanzas caminaban a toda prisa como si de ellos dependiera el destino del mundo. Llegaron a una puerta de cristales que el oficial abrió sin siquiera llamar.

—Con su permiso, doctor… Le traigo al piloto que nos ayudó en la tarea.

El aludido no apartó la vista —o el oído— del paciente al que auscultaba con un estetoscopio rígido. Los ojos del hombre sentado en la camilla y los de Rojas se encontraron.

No era fácil calcular su edad, en parte a causa de que un hombre maduro con el torso desnudo y el cabello encrespado suele ser difícil de clasificar, y en parte porque el rostro del examinado estaba recubierto de una suerte de betún que deformaba sus rasgos normales y terminaba abruptamente al llegar al cuello. Si se trataba de un disfraz, pensó Rojas, no era de extrañar que hubiera tenido que salir corriendo.

—Buenos días —saludó.

—Guarde silencio mientras le ausculto —dijo el médico, sin retirar de su pecho el diafragma del estetoscopio.

El interpelado hizo un cómico gesto de resignación y observó al médico mientras completaba su tarea. Finalmente el galeno devolvió el aparato al bolsillo de la bata:

—Está usted como una rosa —declaró, concluyente.

—Gracias, doctor.

Gonzalo se adelantó a tenderle la mano y se presentó. El hombre no parecía tener prisa por vestirse ni por ninguna otra cosa en particular.

—Gabriel Cortázar —respondió al saludo—. Gracias por la ayuda.

—No hay de qué —contestó Gonzalo—. ¿Qué se le había perdido allí?

—Recogía información para que no pasara lo que pasó —dijo indiferente el aludido.

—Lástima que no llegara a tiempo —comentó Gonzalo por decir algo.

El hombre lo miró con ojos serios y tristes.

—Sí llegó a tiempo… Aunque no a los oídos adecuados. —Movió los hombros, como si tratara de desentumecerlos, antes de añadir—: Pero creo que no había oídos adecuados a los que llegar.

El piloto no supo qué decir. Cambió una mirada con su compañero de la Armada y guardó silencio.

—Tengo que invitarles a una comida en agradecimiento —dijo Gabriel Cortázar. Se había bajado de la camilla y de pie en el suelo, descalzo, tenía una estatura respetable—, pero primero he de hacer varias cosas. —Se señaló a sí mismo con elocuencia—. Incluyendo entre ellas conseguir dinero para la invitación. Cuando estemos sentados a una mesa, podré contarles todos mis *secretos*. —Miró por la ventana, hacia el exuberante jardín de la comandancia—. Creo que ya todo da igual.

Al día siguiente, Gonzalo encontró en el cuartel una citación de capitanía expedida a su nombre. Se le invitaba a presentarse a sus superiores para dar explicaciones de su «conducta ante el enemigo». Acudió, dio las explicaciones que le pedían. Tuvo tiempo de hacer dos vuelos más antes de que lo enviaran de vuelta a Madrid, en calidad de disponible forzoso.

Fue a ver a Emilio Herrera, más como mera visita que por pedir ayuda. Lo recibió en su despacho de director del laboratorio de experimentación aerodinámica. Encima de la mesa se veía un artefacto de ignorado sentido. No se sabía si servía para algo o era una pieza de otro trasto mayor. Lo cogió y jugueteó con él mientras

hablaban.

—Estoy pensando en pedir la baja.

Emilio se reclinó en su asiento. Cruzó las manos delante del rostro y no dijo nada.

Pasó varias semanas de inactividad, leyendo los periódicos, interesándose por las primeras investigaciones del general Picasso acerca de la catástrofe, leyendo las crónicas de *Carta blanca* desde Marruecos. Por supuesto, Laura ya había ido a parar allí, mientras que a él lo echaban.

Los amigos que aún le quedaban le hablaron de una nueva oportunidad: el correo aéreo. No hacía mucho que habían abierto la línea Sevilla-Larache, necesitaban pilotos con experiencia.

Una noche de finales de agosto salió a tomar el aire, cansado de pensar y de no hacer nada. Madrid hervía con el fuego lento del verano, con el aire caldoso de las noches, apenas refrescado por ocasionales ráfagas procedentes de la sierra.

Paró en el café Lyon, que seguía abierto, y buscó en la terraza el refugio de una bebida fresca y un sitio en el que dejar de pensar. Estaba dando vueltas a la limonada helada cuando una voz le hizo levantar la cabeza:

—¿Capitán?

—Señor Cortázar, qué alegría verle.

—El gusto es mío. No sabía que había vuelto a la península.

—Cualquiera diría que ha sido en el mismo barco que usted.

Por toda respuesta, Cortázar emitió una risita imposible de interpretar. Señaló el asiento vacante frente a Rojas.

—¿Puedo?

—Por favor.

El espía se sentó y llamó al camarero, que se acercó con aire fatigado. Cortázar miró de reojo la limonada fría y pidió una copa de coñac.

—¿Ya no nos hacen falta los aviadores? —preguntó abruptamente.

El oficial compuso una sonrisa incómoda. Se encogió de hombros.

—Ya no hago falta yo.

—¿Por qué?

—Soy una rara avis…, un militar poco belicoso. Mi compañero de vuelo ha presentado una queja contra mí, me envían de vuelta a Madrid.

—No puedo creerlo. Dígame dónde tengo que acudir e intervendré a su favor.

—No serviría de nada, tengo un largo historial. Pero se lo agradezco.

—El que le debe agradecimiento soy yo. Usted se la jugó por mí en esa playa, no entiendo que se le pueda acusar de nada.

—No le dé vueltas.

Cortázar mostró las palmas de las manos, en un gesto de muda rendición, y aprovechó la llegada del camarero para dar al coñac un trago contundente rematado por un breve chasquido de los labios.

—La historia de siempre… —murmuró—. ¿Se acuerda de que, cuando nos vimos, Picasso estaba a punto de llegar a Melilla?

—Sí.

Cortázar rio entre dientes con aparente perversidad.

—Pues le está dando un montón de problemas al Gobierno. No admite cortapisas en su investigación. Lo nombraron para que le echara tierra a todo, y está dispuesto a tirar de la manta.

—No puedo decir que lo lamente, pero si está tratando de comparar la actitud de Picasso con la mía, me temo que no tienen nada que ver.

—¿Ah, no?

—No. Él está cumpliendo con su deber y yo me estoy resistiendo al mío.

—A lo que se está resistiendo es a hacer lo que cree injusto… Yo le envidio. Siempre voy donde me mandan, y me estoy empezando a hartar de hacerlo.

Esta vez fue Gonzalo el que se echó a reír.

—¿De qué se ríe?

—Le iba a decir que, si quiere venirse conmigo al correo aéreo, seguro que los dos estamos mejor repartiendo cartas.

Al llegar a la residencia de oficiales en la que se alojaba temporalmente, el soldado asistente en la recepción le entregó un sobrecito cerrado.

—Han traído esto para usted, señor.

Abrió el sobre con cierta curiosidad. Emilio le pedía que le llamara. Un rápido vistazo al reloj le convenció de que no era una hora razonable.

—Apunte que me despierten a las siete.

—A sus órdenes.

Durmió bien, como era lo habitual, bajó a desayunar a la sala común y no se dio prisa en responder: seguro que no era nada importante. Cuando se dirigió a la recepción a pedir el teléfono, el soldado de turno le anunció:

—Precisamente están preguntando por usted, señor.

Le pasó la negra campana del auricular de baquelita y el soporte del micrófono. Gonzalo empuñó uno con cada mano y dijo ante el micro:

—Rojas, dígame.

La voz de Emilio Herrera se oyó al otro lado de la línea. Resonaba en ella el acento andaluz que se guardaba para ciertas ocasiones:

—¿A que no sabes dónde está Funchal? —preguntó.

XIV

La guerra iba mal… Miguel tenía experiencia para saber cuándo una guerra iba mal. Todos ellos sabían cuándo iba mal. Los alemanes habían invadido Holanda y Bélgica hacía cuatro días, y ya estaban en Francia, y daba la impresión —como en el 14— de que nadie les iba a impedir llegar a París.

En las calles de Londres se palpaban los nervios. La imbatible confianza en sí mismos de los británicos tenía mucho de impostada, y era frecuente que por la ciudad corrieran innumerables bulos, siempre pesimistas, perseguidos de forma encarnizada por las autoridades, conscientes del peligro del derrotismo.

El contraste con los círculos de los exiliados era muy notable. En el pequeño grupo al que pertenecía, reinaba un clima próximo a la euforia. Lo que cualquier observador externo podía contemplar como victorias nazis los exiliados lo consideraban el fin de aquel período de inactividad bélica que, a su juicio, alejaba la victoria aliada contra el Eje y, por extensión, contra el franquismo. Había excitación. Para ellos la guerra, su guerra perdida, se reanudaba.

En una tumultuosa asamblea —Candice y los otros voluntarios ingleses siempre decían que no podían entender que tan pocas personas pudieran armar tanto ruido—, el grupo decidió entablar contacto con las autoridades británicas para ponerse a su disposición. Entre ellos había profesionales de todas clases, que podían ser útiles aportando su conocimiento y su experiencia.

Pero siempre estaba el obstáculo del idioma. Los ingleses les decían fríamente que no podían utilizar a alguien que no fuera capaz de entender una orden o de seguir una instrucción sencilla. Y eso retraía, o descartaba directamente, a muchos de ellos.

Miguel tuvo más suerte. Sabía suficiente inglés, y su trayectoria como maquinista fue apreciada. Rechazaron su alistamiento en el

cuerpo expedicionario —los antecedentes políticos seguían siendo pesados—, pero se quedaron con sus datos y le recomendaron que se mantuviera localizable.

Daniel tuvo su primer conflicto en la radio. Pretendió emitir varios artículos que vinculaban el ataque alemán con la situación en España, pero se encontró con que los directivos de la BBC no querían irritar a la España franquista. Podía encarnizarse cuanto quisiera con la Alemania nazi y la Italia fascista, pero en lo que a España se refería tendría que limitarse a las alusiones.

—Usted lleva tiempo aquí, ¿qué cree que va a pasar ahora?

Marina había servido el té con la destreza de una dama inglesa, y se lo había llevado a los labios sin añadirle azúcar.

—¿Con qué?

Daniel se impacientó. Le parecía imposible que Marina viviera como si no estuviera ocurriendo nada.

—No sé, con todo. Con Inglaterra. Con Francia.

—Con Francia no lo sé. En cuanto a Inglaterra, mientras ese hombre terrible tenga el respaldo del Parlamento, resistirá a los nazis.

—¿Por qué le parece terrible?

—Usted no ha estado aquí. Se ha pasado tres años defendiendo la causa de los rebeldes contra la República. Teme mucho más a los bolcheviques que a los nazis.

—No da esa impresión…

—Él siempre da la impresión que quiere dar. ¿Ha hecho las paces con Candice?

—Es usted cabezota, ¿eh?

—¿Las ha hecho, o no?

—Tal vez llevará tiempo.

—Pues no deje pasar mucho. Los momentos de guerra son momentos de cambio. O se da prisa o pasará a la historia.

En París aún no se oían los cañones, pero Emilio Herrera sabía que pronto se oirían. Lo sabía porque siempre había sabido interpretar los signos de las cosas, y los signos externos que le rodeaban hablaban de

un ejército en descomposición y un Estado incapaz de defenderse.

Se avecinaba otro punto de inflexión, el tercero en los últimos diez años. Primero se había visto obligado a elegir entre su lealtad monárquica y su país. Había acompañado a Alfonso XIII al exilio, y solo había vuelto después de que el propio monarca le liberase de su compromiso personal con él.

Luego se había visto obligado a elegir entre sus convicciones conservadoras y la lealtad al Gobierno legítimo. Eso había sido muchísimo más fácil. El lugar de quien ha prestado un juramento está donde se cumple el juramento, no donde se viola. Se había quedado en su puesto, había servido con lealtad al Gobierno durante una guerra en la que su hijo, piloto como él, había muerto en Belchite con apenas diecinueve años, defendiendo la bandera de la República.

Ahora iba a tener que elegir entre seguir huyendo o quedarse allí, apartado de todo, sobreviviendo con sus magros ingresos.

Sobre la mesa estaba la carta de Negrín, en la que el presidente del Gobierno de la República, al que él seguía prestando obediencia, le pedía consejo sobre la mejor manera de ofrecer su ayuda al Gobierno francés. Herrera no sabía qué contestarle: ellos no tenían nada que ofrecer, y pronto ya no habría a quién ofrecérselo. El frente se había roto en Sedán, los alemanes no tardarían en llegar a París.

Paradójicamente, la carta de Negrín era la que menos le preocupaba. Le preocupaba mucho más la de Gonzalo, que también esperaba, abierta y leída, sobre la mesa del pequeño gabinete. Había sido enviada desde un buzón cualquiera para eludir el espionaje al que sin duda su amigo estaba sometido en la embajada a la que servía. El embajador de Franco, el duque de Alba, no habría aceptado bien la comunicación entre ellos.

> Tú siempre has sabido qué hacer y debo a tu criterio algunas de las mejores decisiones de mi vida.

Emilio sonrió. Ese era Gonzalo, siempre atribuyendo a los demás sus propios méritos.

> … como cuando me propusiste el raid a Madeira, salvaste mi carrera, que amenazaba con irse a pique después de lo de Annual. Es una lástima que al final haya dado lo mismo, pero siempre te estaré agradecido. Me encuentro ahora en una de esas encrucijadas en las que tú has sabido orientarte siempre. Se me pide que aporte mi colaboración en el actual conflicto, y nada está más cerca de mis deseos, pero me plantea un problema moral: ¿puedo estar refugiado —sí, esa es la palabra— aquí y a la vez traicionar a los que me permiten tan cómoda salida?

El pecado original, pensó Emilio. Cuando se cometen errores dramáticos, te persiguen hasta el fin, saltando de eslabón en eslabón de una cadena interminable.

> Tú sabes por qué hice lo que hice. Te lo pude explicar en su momento, sin apelar a tu comprensión, sino porque tenías, en mi opinión, el derecho a saber, como yo lo sabía de ti, por qué había tomado mis decisiones. Tú sabes por qué estuve durante tres años donde no quería estar, y por qué de resultas de aquello sigo atado a esa cuerda que hiede entre mis manos.
>
> Aun así, me queda el escrúpulo de que ellos me permiten vivir cómodamente apartado. O eso creía yo. Por más lejos que huyas, la conciencia te alcanza.

—Emilio, hay una persona que quiere verte.

El general levantó la cabeza. Le molestaba que le interrumpieran cuando estaba ocupado en un asunto grave. No quiso interrumpir el hilo de sus pensamientos.

—Dile que espere. Enseguida estoy con él.

Regresó a la lectura de la carta.

> Me persiguen aquellas palabras en las que nos educaron: lealtad, traición, patria. No, patria no; de hecho, creo que a ella la serviría mejor si atendiera la petición que me hacen.

Emilio asintió, distraído.

No tenía la calma suficiente para responder cuando sabía que estaban esperándolo. Metió la carta en el cajón de la mesa y se dirigió hacia el vestíbulo del piso.

En él aguardaba de pie, con un sombrero entre las manos, un hombre recio y de mediana estatura, con las sienes plateadas y una arquitectura que dejaba traslucir que había sido fuerte en el pasado. Todo él emanaba una extraña calma. Saludó con una cabezada a Herrera.

—General, buenos días. Me llamo Gabriel Cortázar. Me envía el Presidente Negrín.

—Ah, buenos días. He recibido su carta hoy mismo.

—Me ha encargado venir porque los acontecimientos van hoy más deprisa que el correo. Tememos que París haya caído dentro de pocos días.

—Comparto ese temor.

—El presidente considera la posibilidad de abandonar Francia, y le gustaría que le acompañase.

El destino venía a llamar a su puerta. Como había hecho tantas veces antes, Herrera decidió sin pérdida de tiempo.

—Se lo agradezco mucho, pero he tomado la decisión de quedarme en París.

El agente del Gobierno de la República titubeó, sorprendido.

—¿Es consciente del riesgo?

—Lo soy. Transmita al presidente mi lealtad y mis respetos, pero dígale que no creo ser útil acompañándolo y que tal vez aún pueda ser de utilidad aquí. Deberíamos quedarnos en todas partes.

—Creo que el presidente lamentará saberlo.

El militar se encogió de hombros.

—No puede llevarse a todo el mundo. Otro podrá ocupar mi lugar.

Cortázar dio vueltas al sombrero entre las manos. Parecía dudar. Por fin optó por tender la mano al militar, que no titubeó en estrecharla.

—Ha sido un honor, mi general. Le deseo la mejor de las suertes.

Dio un taconazo y se fue, dejando tras de sí esa estela de soledad que aquel año dejaban todas las despedidas, y el general se limitó a cerrar la puerta del gabinete y volver a su mesa.

Al otro lado del Canal de la Mancha, su amigo seguía esperando una respuesta. Abrió el cajón, sacó la carta y empuñó una pluma estilográfica. Desenroscó el capuchón con parsimonia, mientras terminaba de pensar lo que hacía, fue al último párrafo y subrayó las palabras: «No, patria no; de hecho, creo que a ella la serviría mejor si atendiera la petición que me hacen».

Metió la misma carta en un sobre limpio, sin añadirle nada, y escribió en él la dirección que Gonzalo le había indicado para la respuesta: la de una tal Clara Suances, en una calle del centro de Londres.

XV

Primero habían hablado a los ojos de todos, en especial los de una muchachita que esperaba brillar en una de sus primeras fiestas y que era incapaz de atender a los jóvenes que se le acercaban porque solo podía fijarse en el pequeño drama que se representaba en su salón.

Nada que pudiera sorprender a nadie: el aviador, el hombre famoso que acababa de volver a su país después de una hazaña deportiva en la que había sido agasajado por las autoridades políticas y diplomáticas, conversaba con una periodista célebre, naturalmente interesada en los detalles del arriesgado vuelo. Aunque se conocían desde hacía mucho y se tuteaban, ambos mantenían una distancia exacta, pero la joven Clara no podía no ver cómo se devoraban con los ojos. El piloto atendía con educación a todo aquel que se le acercaba para felicitarle, para hacerle preguntas, para darle afectuosas palmadas en la espalda, pero parecía tener los pies clavados en el estrecho espacio que le separaba de su interlocutora, que tampoco daba señales de querer cambiar de corrillo para relacionarse con otros invitados. Sonreía encantadora cuando se dirigían a ella, levantaba su copa en dirección a algún conocido que hacía lo mismo desde lejos, pero no se movía de aquel lugar frontal, cara a cara con el hombre uniformado.

—Como siempre, su padre ha conseguido congregar a todo Madrid.

Clara se dio la vuelta para responder al cordial invitado, le sonrió, le dio las gracias.

—Es usted muy amable.

Volvió a mirar hacia las personas que le interesaban. Seguían conversando animadamente, sin dejar de atender a todo el mundo. Y miraban, a intervalos regulares, hacia la puerta del gran salón.

Clara se mordió los labios. Su timidez le impedía volver a

intentar hablar con el piloto, romper aquel nudo que se estaba trenzando ante sus ojos.

Cuando vio que Laura Sastre se despedía de sus padres y se iba, pensó que esa era su oportunidad. Terminó deprisa la conversación de circunstancias en la que estaba sumida en ese instante, se recogió el vuelo del vestido, se volvió hacia el lugar donde había estado Gonzalo Rojas.

Pero el piloto también estaba despidiéndose ahora de sus padres. Llegó a tiempo de verle inclinarse a besar la mano de su madre, juntar los tacones y salir por la misma puerta por la que había salido la periodista.

La electricidad que los había imantado en el salón lleno de gente los reunió en la calle, inundada de un frescor que tal vez no era más que el contraste con el aire viciado de la casa. Gonzalo se acercó a Laura, y por primera vez extendió la mano en dirección a ella.

—No sabes cuánto te he echado de menos.

La periodista cogió la mano tendida, la palma de la suya se deslizó bajo la de él. Cuando ambas se tocaron, hubo un segundo de palpitación antes de que los dedos se apretaran en el aire como formando una cadena.

—Seis años ya…

—Creí que me iba a morir ahí dentro hablando de banalidades, sin poder preguntarte nada. ¿Cómo estás?

—Incrédulo. Temo que, si te suelto, desaparezcas.

—No tengo la menor intención de hacer eso.

—¿De veras? ¿Durante cuánto tiempo?

Laura levantó la mano libre y le puso los dedos en los labios. Él notó que temblaban un poco.

—Has cambiado…

—Tú no.

Ella rio, jovial. Le soltó la mano para pasar el brazo por debajo del suyo, y él volvió a notar la cercanía de sus caderas. Sus miradas se encontraron sobre su hombro.

—Vamos a casa.

Hicieron otra vez la vieja ruta, sin pensar, dejando que los pasos los llevaran mientras ella descansaba en él, mientras la electricidad aumentaba.

No hablaron esa noche. Simplemente hundieron cada uno el rostro en las clavículas del otro, aspirando a fondo el olor frutal, el olor acre, se despojaron despacio de la ropa, se miraron ansiosos, hicieron el amor entre latidos acelerados, durmieron unas horas, renovaron el rito.

Por la mañana, desayunaron junto al balcón, perdidos en sonrisas y caricias, buscándose las manos. En algún momento, ella dijo:

—Te he seguido los pasos, ¿sabes?

—¿Ah, sí? ¿Y cómo, si puede saberse?

Laura sonrió.

—Trucos del oficio. Tengo amigos en todas partes.

—Así que no era casualidad que estuvieras anoche en la fiesta —dijo, y ambos se rieron.

—Yo también he seguido tus pasos —admitió él, ya más serio—. Para mí era mucho más fácil. No tenía más que comprar los periódicos. Armó mucho alboroto que te fueras a la Conferencia de Paz de París.

Había querido halagarla con eso, pero ella bajó la cabeza, como si París fuera un recuerdo incómodo.

—Y estás armando mucho ruido ahora, tras lo de Annual.

—Es mi deber hacerlo.

—Pero deberías tener cuidado. Estás incomodando a gente muy poderosa.

Ella frunció el ceño.

—Sigues igual que hace seis años… Mi trabajo consiste en incomodar a la gente poderosa. Y además me gusta incomodarla.

—Eso sí me lo creo.

De pronto, Laura pareció dar curso a una idea que la perseguía. Se inclinó hacia delante y alargó la mano hasta cubrir la suya.

—Gonzalo, ¿por qué sigues en el ejército? No eres hombre de guerras, y ya hace mucho tiempo que podrías volar sin tener que

llevar el uniforme. Ya no es como antes: hay clubes privados, compañías de correo, pronto habrá compañías de viajeros.

—No me veo llevando sacos de cartas de un lado para otro.

—¿Por qué no? Lo que a ti te gusta de verdad es volar, y podrías hacerlo. ¿Qué importa el objetivo? Después de lo de Madeira, te lloverán ofertas para otros viajes. No tendrás que limitarte a llevar cartas.

El aviador titubeó. Estaba claro que le faltaban los argumentos.

—No lo sé —confesó—. Supongo que estoy acostumbrado a la vida que llevo.

Laura se echó hacia atrás, y él vio en su rostro el desaliento de aquella noche.

—No somos iguales —dijo él en voz baja—. No estropeemos esto… Volvemos a estar juntos.

Laura bajó la vista. Se forzó a levantarla y mirarlo antes de hablar:

—No volvemos a estar juntos, Gonzalo. Me entusiasma que hayamos vuelto a vernos, pero los relojes no tienen marcha atrás.

No lamentó lo que había dicho, aunque sí el golpe que recibió Gonzalo. El piloto dio un breve respingo, pero se controló, empuñó más que cogió su taza de café y se la llevó a los labios. Apenas hizo ruido al dejarla en el plato.

—Claro —asintió con voz tranquila—. Disculpa la equivocación.

Ella rodeó la mesa, se sentó en sus rodillas y lo abrazó.

—Deseaba volver a estar contigo —dijo junto a su oído—. Lo deseo aún, y quiero que esto se repita. —Estrechó el abrazo—. Pero la vida sigue, las cosas pasan. ¿Lo entiendes?

La respuesta le llegó como de lejos, desde su boca enterrada en sus hombros:

—La verdad es que no.

—Pues tienes que entenderlo —se apartó de él y le cogió la cara entre las manos—. Porque quiero poderte besar siempre que quiera.

—Y marcharte después.

—Y marcharme después —confirmó.

—Y quieres que esté disponible, como una floristería.

Laura se levantó de sus rodillas.

—No seas desagradable.

—Tú eres desagradable conmigo. Como no somos iguales, no tenemos la misma idea de lo desagradable.

Ella guardó silencio unos instantes. Regresó a su sitio al otro lado de la mesa. El tablero ya no era la superficie que los unía, sino la barrera que los separaba.

—En eso tienes razón. ¿Ves? Por eso las cosas no pueden pasar de aquí.

—Entonces, a lo mejor no quiero «las cosas».

De manera incomprensible para él, el rostro de Laura se dulcificó, su mirada se llenó de ternura. Apoyó los codos en la mesa, juntó los puños y apoyó la barbilla sobre ellos:

—Eso solo lo puedes decidir tú —replicó con suavidad—. Pero siempre que vengas tendrás la puerta abierta.

—Para irme después.

—Para quedarte todo el tiempo que quieras… y marcharte después.

Gonzalo se incorporó con lentitud. Se limpió los labios con la servilleta, la dejó plegada sobre la mesa, entró al dormitorio. Cuando salió, llevaba el uniforme puesto. Laura seguía sorbiendo poco a poco la taza de café. No mostró ningún signo de sorpresa.

Él la miró a punto de perder el control, arrastrado por una oleada de nostalgia y dolor anticipados. Se puso la gorra de plato con rapidez.

—Adiós, Laura —dijo.

Ella no respondió. Hundió la vista en el líquido negro que llenaba la taza. Cuando oyó cerrarse la puerta y los primeros pasos en la escalera, la dejó en el plato.

—Adiós, amor mío —respondió.

XVI

A finales de mayo, Gonzalo y Clara dieron uno de sus ya habituales paseos por la orilla del Támesis. Esta vez dirigieron sus pasos, durante un recorrido mucho más largo que de costumbre, hasta el Puente de Londres. Charlaban animadamente, y cualquier persona que los hubiera visto habría pensado en dos buenos amigos que disfrutan de su mutua compañía.

Al llegar hasta el puente, decidieron cruzarlo. Nadie se habría fijado en cómo aceleraban imperceptiblemente el ritmo de sus pasos y, al entrar en el cono de sombra del arco de la primera torre, se acercaban corriendo a una puerta que se abría en ella para recibirlos. Jamás aparecieron por el otro lado.

El funcionario que había abierto la puerta les indicó con un gesto de la mano que lo siguieran y los precedió por una antiquísima escalera de caracol, cuyas paredes iban humedeciéndose cada vez más conforme descendían.

En algún momento, la escalera terminó y se convirtió en un largo pasadizo de piedra abovedado, de notable anchura, pobremente iluminado a intervalos regulares por lámparas colgadas de la pared, protegidas por pequeñas jaulas metálicas. Clara cogió con la mano derecha las solapas de su traje de chaqueta, cerrándose instintivamente el cuello.

A su lado, Gonzalo caminaba ensimismado, sin ver en realidad el camino que estaban recorriendo. Solo veía el túnel, la luz, solo oía el ruido de los pasos amplificado por la concavidad del techo.

Su guía los llevó hasta una reja decorada por una corona y la abrió.

—Bienvenidos a la Torre de Londres —dijo con ironía británica.

En el pasado, por esa reja habían pasado muchos desdichados que nunca más iban a ver la luz, o si la veían iba a ser tan solo para

ser decapitados, fusilados o ahorcados en el patio. Todos ellos habían sido recibidos con palabras de bienvenida cargadas de sarcasmo.

Había una parte que no era broma. A finales de agosto del 39, en un signo de clara anticipación de que la guerra no iba a sorprender a nadie, la Torre había cerrado sus puertas al público. Nadie sabía muy bien a qué se dedicaba desde entonces, pero los dos estaban al corriente de que durante la Gran Guerra había vuelto a ser cárcel para muchos espías, y que varios de ellos habían dejado la vida en el mismo patio que Ana Bolena.

Era obvio que a ellos aún no los iban a fusilar, y por tanto la Torre albergaba sin duda otras dependencias cuyos fines no eran tan solo carcelarios.

Desde donde se hallaban, una rampa llevaba al aire libre, y en la salida les estaba esperando un joven soldado que se llevó la mano a la visera de la gorra y les pidió que lo siguieran.

Los patios que cruzaron, los pasillos por los que los guiaron, las escaleras por las que subieron estaban rebosantes de militares de todos los rangos imaginables, en apariencia muy ocupados. No eran fechas agradables. El cuerpo expedicionario británico en Francia había quedado atrapado contra la costa, en las playas de Dunkerque. No se podía prever qué iba a ocurrir. De pronto, se cruzaron con un viejo Beefeater, ataviado con sus azules vestimentas isabelinas ¡de diario!, con vivos rojos y su sombrero negro. Allí, donde nadie podía verlo. Gonzalo se dijo una vez más que los británicos tenían un punto de locura, que podía o no ser la explicación de su notable éxito en el mundo.

El soldado que los guiaba se detuvo ante una gran puerta de cuarterones, llamó con los nudillos, esperó a oír la voz amortiguada que desde dentro le franqueaba el paso, abrió y les indicó que podían entrar.

Se encontraron en una vieja estancia de paredes de piedra revestidas de cálida madera, cómodamente amueblada al gusto de la época, casi como un recibidor. En un rincón ardía una chimenea. La Torre tenía fama de muchas cosas, pero no de tener una temperatura grata, ni siquiera a finales de mayo.

Junto a la ancha mesa que ocupaba el centro, esperaban en pie tres hombres altos y enjutos. Dos de ellos vestían traje de calle, de tela cara y corte impecable. Clara ya los conocía: eran los dos funcionarios con quienes se había entrevistado en Whitehall.

El tercero era un joven oficial de las fuerzas aéreas, que ostentaba insignias de jefe de escuadrón. Desde que habían entrado, miraba a Clara y a Gonzalo con un interés que no trataba de ocultar.

Clara hizo las presentaciones en francés para indicar qué idioma tendrían que emplear si querían entenderse con Gonzalo. El más alto de los funcionarios, que respondía al nombre de Whitehead, presentó al oficial a los recién llegados:

—Mayor Green, general Rojas. La señorita Clara Suances.

El joven militar apuntó una sonrisa mientras se inclinaba a estrechar la mano de Clara.

—Encantado —susurró. Cuando le tocó el turno a Gonzalo, dijo —: El piloto del raid de Funchal. Algún día me tiene que contar cosas de aquella época de los grandes viajes.

—No sé si, dadas las circunstancias, tendremos mucho tiempo —respondió cortésmente Gonzalo—. Pero, si lo tenemos, me encantará charlar con un colega.

El funcionario con bigote carraspeó y les pidió que se sentaran.

—Empiezo por disculparme por la ridícula manera de traerlos hasta aquí, pero la situación nos fuerza. Su embajador… no simpatizaría con esta reunión.

—No se preocupe.

—¿Quieren ustedes que les sirvan té o alguna otra cosa?

—No será necesario —intervino Clara, que notaba crecer el nerviosismo de Gonzalo.

—De acuerdo. Empecemos entonces, si les parece bien, por definir los límites de nuestro acuerdo. General, según nos ha explicado la señorita Suances, estaría usted dispuesto a colaborar con el Gobierno de su majestad para enfrentarnos a un adversario común. ¿Es así?

—Es correcto.

—Bien. Antes de plantear las circunstancias de esa colaboración,

nos gustaría saber, y disculpe la crudeza de la pregunta, qué espera usted obtener de ella.

El rostro de Gonzalo se crispó, y Clara temió que fuera a levantarse e interrumpir la reunión apenas empezada. El aviador habló en su francés de fuerte acento español:

—Espero derrotar a los que considero enemigos de todo lo que aprecio —afirmó con voz metálica—. No soy ningún mercenario, señor, si es eso lo que está insinuando.

Los ingleses cambiaron miradas en las que se pudo apreciar el alivio, y tal vez la sorpresa. Clara se dio cuenta en ese instante de que estaba aferrando los brazos del sillón, y le dolían los dedos.

—Bien. —Whitehead hizo un gesto que pareció barrer de la mesa la cuestión delicada—. Pasemos entonces a discutir cómo puede ayudarnos. En primer lugar, necesitaremos información sobre los pasos que su país pueda querer dar en este conflicto. En estas circunstancias, la anticipación…

Se detuvo. Gonzalo estaba negando con la cabeza. Parecía incómodo y disgustado.

—No —dijo—. Están partiendo ustedes de un punto de vista equivocado. No soy un chivato ni un traidor. No comparto secretos de mi país, ni siquiera aunque no esté de acuerdo con sus políticas. No voy a actuar como un infiltrado en mi propia embajada.

—Gonzalo, creo que…

Clara había hablado en español y acompañado sus palabras con una mano tranquilizadora posada sobre el antebrazo de Gonzalo. El aviador negó con la cabeza.

—No, Clara. Hay límites que no estoy dispuesto a cruzar.

Los ingleses se miraban inquietos, molestos por el breve intercambio en la lengua que desconocían. Solo el piloto inglés parecía divertido. El hombre del bigote volvió a intervenir:

—Concretemos entonces, general: si no piensa darnos información, ¿de qué manera piensa ayudarnos?

Gonzalo respondió sin titubear:

—Estoy dispuesto a darles toda la información que sepa sobre las intenciones de Alemania, pero no sobre las de mi país. Admitirán que

puedo enterarme de cosas que puedan serles útiles.

El hombre del bigote miró a Whitehead.

—Es razonable —dijo este.

—En segundo lugar, soy piloto. Con toda probabilidad, van a enfrentarse ustedes al mayor combate aéreo que haya ocurrido nunca. Estoy dispuesto a prestarles ayuda técnica.

Esta vez fue el aviador inglés el que intervino. Cruzó las manos sobre la mesa y habló con frialdad:

—No se ofenda, señor, pero tenemos suficiente conocimiento técnico y, según los informes a nuestro alcance, su experiencia en combates aéreos no es muy extensa.

Gonzalo se removió en el asiento, pero no se alteró.

—No se ofenda usted, mayor, pero si ustedes entendieran por completo los planos del turbocompresor que diseñó Virgilio Leret, el mariscal Dowding no habría intentado sonsacarme acerca de mis conocimientos al respecto.

Whitehead ocultó una sonrisa.

—Tal vez debamos admitir que sus conocimientos técnicos pueden ser importantes —concedió.

—Supongo que ustedes se darán cuenta de que los alemanes también tienen esos planos —dijo Gonzalo.

—Lo dábamos por hecho. Esperemos que tengan las mismas dificultades para resolver los mismos problemas técnicos…

Los reunidos dejaron escapar una breve risa, que cortó el aire a punto de estallar y dejó que fluyera. Las personas no se entienden si no se ríen.

—Tendremos que establecer un protocolo de comunicación —afirmó el hombre del bigote—. No podremos vernos siempre aquí, ni organizar un método complicado siempre. ¿Cuáles son sus aficiones, general?

Gonzalo pareció desconcertado.

—¿Mis aficiones?

—Mi colega está pensando en un comercio de confianza en el que poder dejar y recoger mensajes. Una librería, una tienda de sombreros, algo así…

Clara recordó en ese momento el comentario de Gonzalo acerca de los sombreros y no pudo evitar una sonrisa.

—¿Se le ocurre a usted algo, señorita Suances?

—Lo de la tienda de sombreros me ha hecho gracia, pero es verdad que podría servirnos a los dos. Yo podría comprarle un sombrero al general y él ir a cambiarlo…

—Disculpen que no entienda del todo —dijo Gonzalo.

—Disponemos de una red importante de comercios que aceptan trabajar para nosotros. Son conscientes de que tenemos espías en casa, y comprenden la necesidad de lo que parece un juego de niños —explicó Whitehead.

—Entiendo. Si añaden una floristería, podré comprarle flores a Clara de vez en cuando.

—General, por favor —dijo sonriente la aludida.

—Acéptelo en aras de la causa —repuso Gonzalo.

El hombre del bigote los miraba con expresión seria, como si le incomodara aquella forma de bromear con algo tan importante. No tardó en dar expresión a lo que pensaba:

—No sé de lo que creen capaces a sus compatriotas y a los nazis, pero antes de cerrar el acuerdo tengo que indicarles que en una guerra no cabe descartar ninguna posibilidad, incluyendo el asesinato. Van a correr ustedes un serio peligro.

Esta vez, Gonzalo sonrió con auténtica diversión.

—Parece que ha olvidado usted que nosotros venimos de otra guerra, en la que hemos tenido que ver muchas cosas. La posibilidad del asesinato está incluida en nuestros cálculos, salvo que se refiera a que nosotros lo cometamos… o a que lo cometan ustedes.

Whitehead alzó las cejas.

—Extraño sentido del humor —observó.

—Señor Whitehead, por desgracia van a tener ustedes que aprender sobre guerras mucho más de lo que tendremos que aprender nosotros. —Apoyó los brazos en la silla, haciendo ademán de levantarse—. Si no necesitan nada más…

—No, por ahora. —Whitehead miró al oficial—. Pero tal vez no vendría mal que ustedes hablaran pronto de esa máquina que

mencionaron antes.

—Le mandaremos flores a la señorita Suances —respondió sonriente el oficial.

Volvieron a reír y se levantaron de la mesa. Minutos después, otro guía los llevaba hasta una puerta en el muro exterior de la fortaleza. Salieron a un parque que ocupaba el lugar donde habían estado los fosos. Gonzalo miró a su alrededor con curiosidad. Por encima de las viejas murallas se alzaba un globo cautivo, una especie de dirigible sin cabina. Gonzalo se quedó mirando el cielo por encima de él.

—Le fascina a usted el cielo.

Se volvió hacia ella con una sonrisa en los labios.

—Bueno, es mi elemento… Hace veintiocho años que lo recorro. O que lo recorría.

—¿Cuánto hace que no vuela?

—¿A los mandos? Casi cuatro años.

—¿Lo echa mucho de menos?

—Muchísimo.

Clara no contestó. De pronto, se había puesto seria.

—Siento mucho el esfuerzo que ha tenido que hacer.

Gonzalo bajó la vista y se volvió hacia ella.

—No lo diga como si fuera culpa suya. He hecho lo que creía más adecuado.

—Nos ha tocado vivir tiempos difíciles.

—No son los peores que he vivido.

Clara sintió el deseo de preguntar. Lo sentía una y otra vez, en sucesivos asaltos, y siempre se resistía a él. Volvió a resistirse.

—¿Me acompaña hasta casa?

Gonzalo esbozó una débil sonrisa.

—Encantado —respondió.

XVII

A finales de mayo llamaron a Miguel. Un cartero llevó hasta su casa un escueto mensaje en el que se le ordenaba presentarse en Victoria a las seis de la mañana. Se le recomendaba que llevara mudas y útiles de aseo, porque era posible que no volviera a casa en varios días.

Al llegar, se encontró la estación llena de hombres que llevaban, al igual que él, un hato de ropa bajo el brazo o una maletita de madera. Tuvo que enseñar la documentación, que miraron con la misma indiferencia con la que los británicos lo miraban todo, y tratar de entender las instrucciones con su poco inglés entre el guirigay que llenaba los andenes.

De la misma manera que los pobres se reconocen y se juntan, no tardó en encontrar entre los que esperaban ferroviarios de todas las nacionalidades, y entre ellos algunos que sí entendían la lengua. Por ellos se enteró de que los reclamaban para montar un servicio de trenes de veinticuatro horas ininterrumpidas para todas las líneas del sureste. No quedaba muy claro por qué ni durante cuántos días.

No tardaron en ver que, si ellos no se hubieran agrupado, los ingleses lo habrían hecho por ellos, porque un hombre rubio de pelo hirsuto y cara sonrosada llena de pecas les indicó que le siguieran, y los condujo hasta una vía de maniobras en la que esperaba una locomotora solitaria.

No era la máquina más moderna del mundo, pero aun así los que venían del sur no tardaron en ver que tenía diferencias con las que ellos estaban acostumbrados a manejar. Les previnieron de que los reguladores eran más sensibles que aquellos a los que estaban acostumbrados, y que meter presión podía redundar en un incremento de la velocidad mayor del esperado.

Uno por uno, pusieron en marcha la locomotora y la desplazaron algunos metros por la vía de maniobras. No había tiempo para más. Al

final de aquel día no habían hecho otra cosa que practicar y ver cómo los otros practicaban.

Al día siguiente les enseñaron qué hacer en caso de ataque aéreo, y Miguel escuchó con atención limitada y crítica, como quien ya tiene sus propias ideas acerca de lo que le están contando. Se daba cuenta por primera vez de que, entre todos los que escuchaban, solo él había pasado por la experiencia de escapar de un avión.

En un extremo del andén se empezaron a escuchar cuchicheos. Alguien había llegado desde la costa y empezaba a saberse qué estaban haciendo allí.

—Van a evacuar al cuerpo expedicionario.

—¿Y qué pintamos nosotros en eso?

—Cuando lleguen, habrá que sacar de las costas a más de cien mil hombres y repartirlos por el país. Y hay que hacerlo según vayan llegando. Allí los matarían desde el aire igual que a conejos.

Cuando por fin les informaron de que salían de madrugada, estaban todos tensos como resortes. Vestidos con un mono de trabajo, caminaron en medio de la noche hacia unas vías distintas en las que ya no estaba la solitaria locomotora, sino viejos trenes de pasajeros en cuyos flancos aparecía el león rampante de los ferrocarriles británicos.

Miguel subió a la cabina con más emoción de la que hubiera sido capaz de creer. Otra vez ponía en marcha toneladas de hierro para transportar gente, otra vez iba a devorar las vías como un camaleón que recoge la lengua.

Escuchó el silbato y observó el banderín del jefe de estación como sumido en una nebulosa. Empujó la palanca de un golpe con la mano enguantada, sintió el primer tirón, la primera respiración de la máquina.

Volvía a experimentar el momento en que el tren cruzaba el arco de la estación para salir al cielo abierto. Es verdad que seguía sin poder evitar escudriñar ese mismo cielo en busca del brillante miedo de los aviones, pero la emoción se sobreponía a todo.

Cobró velocidad. Se acordó de los meses transcurridos. Volvía a ser útil.

Cuando llegó a la estación costera, los andenes eran una mancha continua de uniformes pardos llenando hasta el último de los rincones. Tocó varias veces seguidas el silbato, llamando a la precaución mientras la masa oscura se removía, en medio de un rumor de expectativa.

Los frenos rechinaron y Miguel asomó la cabeza. Lo que vio era una imagen conocida: la de un ejército derrotado. Hombres sucios, rendidos, que se dejaban caer al suelo con mirada perdida, muchos de ellos sin armas, sin cascos ni gorros.

Su mente no pudo evitar comparar estampas grabadas en su memoria, como en el juego de las siete diferencias. Lo que él recordaba era parecido, pero peor. Cuando los derrotados habían sido sus camaradas, no llevaban uniformes sucios porque durante tres años de guerra no habían tenido nunca un uniforme. No habían perdido el casco porque jamás habían conseguido uno. No tenían aspecto de llevar varios días sin comer porque ese era su aspecto habitual.

Pero no era lo único que se veía ahora: también había en los andenes soldados que llevaban en el rostro la expresión eufórica de quien ha conseguido escapar del peligro, llegar a casa, la expresión de los jóvenes que han logrado dejar atrás el miedo para volver a mirar al futuro. Aquel era un ejército derrotado en una batalla, pero tal vez aún no en una guerra. Por eso sintió algo similar a la envidia, y por eso también se agitó en él un sentimiento ya casi olvidado que se parecía a la esperanza.

Se dedicó a revisar los indicadores, mientras los soldados venidos de Francia se ponían en pie y empezaban a subir a su tren, y al pensar otra vez esas palabras, «su tren», no pudo evitar que el rostro se le distendiera en una sonrisa.

Hubo un alboroto de voces que le hizo asomarse otra vez, y vio que todos miraban hacia arriba y saludaban. Una escuadrilla formada por tres cazas volaba a gran velocidad hacia el Canal. La vida seguía. No, se corrigió: la muerte seguía.

Media hora después, el jefe de estación volvía a dar la salida rumbo a Londres, con los vagones llenos de jóvenes cansados que se derrumbaban en los asientos y en los pasillos.

El tren arrancó. Miguel iba a hacer esa ruta muchas veces en los próximos días; no para trasladar a tantos soldados como les habían dicho, sino a los que de verdad habían conseguido escapar al cerco, que habían sido muchísimos menos.

No sabía que iba a seguir haciéndola hasta su jubilación en los British Railways en 1966, como no sabía que moriría en un hospital público de Londres en 1976 sin haber hecho realidad su sueño de volver a guiar una locomotora por los llanos ardientes de la Mancha, en un país de ciudadanos libres.

Los días pasaban. El 14 de junio, cuando Daniel llegó a la radio, la primera sensación que tuvo fue de extrañeza. El habitual ambiente de agitación que reinaba en el estudio parecía cubierto por un velo de polvo, las conversaciones mantenían un tono tan bajo como cuando todos estaban escuchando alguno de los fogosos discursos del primer ministro.

Entró al cuartito en el que le habían asignado mesa y dejó la chaqueta en el perchero. Sus compañeros levantaron la vista al verlo entrar.

—¿Qué pasa? Parece que vayáis a decirme que se ha muerto mi padre y no sepáis por dónde empezar.

Garoz, un hombrecito de cabello ralo que había sido soldado en el Ebro, respondió, abatido:

—El Gobierno francés ha declarado París ciudad abierta.

Daniel entendió de golpe la expresión perturbada de sus rostros. Imaginó que él también la tenía en ese instante.

—¿Qué estáis diciendo? ¿Así, sin combatir?

—Dicen que quieren preservar los tesoros de la capital —respondió Luis Pérez desde la tercera mesa.

—Y una mierda. Lo que no quieren es pelear. No han querido nunca.

Daniel se sentía incapaz de reaccionar. Ciudad abierta. Eso quería decir que, en cuestión de horas, los nazis estarían desfilando por los Campos Elíseos.

—No puede ser.

La frase rebotó de pared en pared de la habitación, como si se la

hubiera dicho solo a sí mismo, dentro de su cabeza.

Buscó con la mirada el calendario de pared, como si no se creyera la fecha.

14 de junio. Solo un mes después del principio de la ofensiva nazi.

Primero los cañones se habían oído cada vez más cerca, y él ya sabía lo que eso significaba. Luego habían dejado de oírse, y él había sabido con aún más certeza qué quería decir eso.

Hacía ya días que, al asomarse a la ventana, veía pasar a gente que huía. Con la experiencia propia a sus espaldas, caso de no haberlos reconocido porque empleaban vehículos atiborrados y cargaban con hatos informes que revelaban el deseo de salvar cuanto fuera salvable, se habría dado cuenta de que huían por esa familiar expresión de los ojos, amasada de miedo, rabia, impotencia, desesperación.

La gente huía antes de que los cañones guardaran silencio porque tenía miedo de los cañones y porque sabía —y él también lo sabía— que, cuando un gobierno deja su capital, la guerra está perdida.

No faltaba mucho para que el paisaje que veía debajo de su ventana cambiara por completo.

Su mujer abrió la puerta del gabinete.

—Emilio, te llaman por teléfono.

No le sorprendió. Los teléfonos iban a sonar mucho durante unas horas, antes de dejar de sonar durante meses, quién sabía si años.

—¿Quién es?

Ella titubeó antes de responder:

—Es Gonzalo Rojas.

Emilio dio un respingo, y se apresuró a acudir al teléfono, situado sobre un velador a la entrada de la vivienda. Cuando se llevó el aparato al oído, lo primero que oyó fue un continuo chisporroteo de electricidad estática:

—¿Gonzalo?

El chisporroteo continuó. Herrera alzó la voz:

—Gonzalo, ¿eres tú?

—Emilio, ¿estáis bien?

Era desagradable hablar de aquel modo, pero así eran las conferencias. Nunca se conseguía un sonido limpio.

—Por fortuna, todavía sí…

—Emilio, escúchame: si quieres, puedo conseguir un permiso para traerte aquí.

Herrera negó con la cabeza, como si su interlocutor pudiera verlo.

—No, Gonzalo. He decidido seguir en París.

—Pero, Emilio, ¿no te das cuenta de lo que se te viene encima? ¿De qué vas a vivir?

—Tengo un trabajo en la oficina de investigaciones aeronáuticas, además de mis patentes. Saldré adelante.

—¿Y los nazis?

—No se meterán conmigo.

—Yo no estaría tan seguro.

—Entonces, me la jugaré.

Hubo unos segundos de silencio, en los que solo se oyeron los ruidos de la línea. Luego, la voz de Gonzalo volvió a llegar, desde el otro lado del Canal de la Mancha:

—Ojalá yo siempre hubiera tenido tanto valor como tú.

Herrera titubeó:

—¿Recibiste mi carta?

La respuesta llegó como un disparo:

—Sí.

—Entonces, estoy seguro de que lo estás teniendo.

Herrera no supo si lo que escuchó fue un resoplido o un parásito más del cable.

—Buena suerte, querido amigo… Ojalá el destino permita que volvamos a vernos.

—El futuro es muy largo, no te preocupes.

Pulsó el interruptor con dos dedos y los ruidos cesaron, dejando en el auricular un segundo de extraño vacío. Antes de que la operadora preguntase si quería establecer otra comunicación, Emilio

colgó.

Volvió a mirar hacia la ventana. Se oían pasos de gente que corría.

En el salón de Clara, Peter Greenwood se movía constantemente para acomodar la pierna izquierda.

—¿Te duele mucho?

—Bueno, no es fácil definir el contenido de la palabra «mucho»…

Se conocían desde niños, desde la primera visita de Peter a Madrid, donde su padre había sido diplomático. Ahora Peter era hispanista, profesor universitario… y, temporalmente, oficial del ejército. Acababa de volver de Dunkerque con una pierna estropeada. Del modo más necio, decía él. Después de hacer toda la campaña de Francia ileso, al embarcar bajo los bombardeos le habían machacado la pierna entre dos botes de remos a los que había servido de amortiguador, en un encontronazo en la propia orilla.

—Qué mala suerte.

—Otros la han tenido peor.

—Al menos no tendrás que volver allí.

—Oh, no, ya van a venir ellos.

Peter ponía voz a lo que muchos estaban pensando: después de la caída de París vendría la caída de Francia, y cuando eso ocurriera solo habría treinta y cuatro kilómetros entre los blancos acantilados de Dover y la peste negra.

—¿Cómo está tu gente? ¿Sigues haciendo de samaritana?

Peter nunca se había desprendido de la ironía de clase que había aprendido desde la cuna. A pesar de tratarse de un hombre razonablemente liberal, nunca iba a entender que Clara gastara su dinero en apoyar a sus compatriotas exiliados, parte de ellos peligrosos revolucionarios.

—No seas malo conmigo, Peter. Y déjame un poquito en paz.

—No puedo, todo Londres está hablando de ti.

La aludida dejó lo que estaba haciendo para volverse hacia él. Estaba visiblemente sorprendida e inquieta.

—¿De mí? ¿Por qué?

—Al parecer, frecuentas a un general de Franco con una reputación dudosa. Lo de la reputación preocupa a los más conservadores de nuestros amigos, y que sea un general de Franco a los más avanzados.

—¿Preocupa? ¿Me estás diciendo que vais a convertiros en mis tutores, mis directores espirituales o algo parecido?

—Reconoce que es raro que justo tú hagas amistad con un individuo como ese.

—Ese individuo es buen amigo mío, te agradeceré que hables de él con respeto.

—Uf. La cosa es peor de lo que pensaba.

Clara se ruborizó hasta las cejas.

—¿Quieres decirme qué estás insinuando?

Peter levantó las manos en actitud defensiva.

—Te conozco demasiado bien como para insinuar nada, no voy a hacer tal cosa.

—Pero lo estás haciendo.

El inglés volvió a acomodar la pierna, torciendo el gesto por el dolor.

—Clara —empezó—, ¿de veras sabes quién es ese tipo?

—¡Claro que lo sé! ¡Lo conozco desde hace más de quince años! —exageró Clara.

—¿Y te parece normal que un hombre con su trayectoria se sumara a la rebelión en España?

Esta vez, la confianza de Clara trastabilló. Ella misma se había hecho esa pregunta muchas veces. Y no tenía respuesta.

—Quiero creer que tuvo poderosas razones.

—«Quieres creer». Esa es la clave. Pero no puede haber razones para eso.

Clara no respondió. Afectada, volvió la vista hacia otro lado.

Peter se removió en el asiento y su rostro se contrajo otra vez.

—Estos son tiempos confusos —dijo—. Es una pena que los tiempos confusos sean los que reclamen respuestas más claras. Hoy París ha caído, y mucha gente estará teniendo que decidir su lugar en

el mundo.

XVIII

El coche se detuvo, con una serie de ruidos y gemidos casi de persona que se está quejando, casi de lamento, después de una jornada de viaje en la que había tenido que sortear no baches, sino cráteres en la carretera, no peatones, sino columnas enteras de refugiados, no penumbra, sino la total oscuridad que había sucedido al atardecer, imposibilitados de encender los faros por el riesgo de sufrir un ataque aéreo.

Otro ataque aéreo, porque durante el día habían sufrido tres, y a pesar de las negras experiencias de los tres años anteriores era imposible acostumbrarse a los malditos Stuka, con el espantoso sonido de sirena que hacían sus turbinas cuando los aviones se lanzaban en picado.

Los Stuka también habían trabajado durante esa jornada de fuga, ametrallando la carretera y matando a docenas de indefensos que se cubrían con las maletas, como niños que piensan que, si no ves, no te verán a ti.

El coche se detuvo a la puerta del edificio, del que pendía la bandera de Chile, después de haber recorrido aquella ciudad fantasmagórica que había sido una de las más importantes de aquel país crucial en la historia del mundo, y de él se bajaron dos primeros ministros de la República Española.

No podían ser más diferentes: el uno enjuto, alargado, casi calvo; el otro corpulento, con una mata de pelo negro claramente difícil de dominar. El uno encorvado por la congoja, dueño el otro de una expresión enérgica que no parecía dispuesta a ceder a ningún chantaje ni aunque fuera el de un ataque aéreo preludiado por el sonido de las trompetas de Jericó.

Uno de ellos era en realidad un antiguo primer ministro que no había sido capaz de prevenir ni desbaratar una conspiración de

grandes dimensiones, y vivía perseguido y atormentado por las decisiones que había tomado y por las que no.

También en eso el otro era su antítesis. Era un primer ministro sin territorio, que había perdido una guerra después de librarla durante dos años hasta el último límite de sus energías, y que a pesar de haberla perdido y estar huyendo por suelo extranjero no había presentado la dimisión ni pensaba hacerlo mientras un parlamento legítimo no designara a su sucesor legítimo.

—Señor presidente…

Juan Negrín estrechó la mano que le tendían. La mano de una de esas personas, ese exiguo puñado de personas, que le recordaba cada mañana que su existencia no era una ficción. Aún después de haberlo perdido todo, seguía siendo el presidente del gobierno.

—Bienvenido, señor.

—¿Ha tenido éxito la gestión?

—La ha tenido. Embarcarán ustedes hacia Inglaterra en un buque carbonero de bandera griega.

—Se lo agradezco mucho.

—No tiene por qué agradecerlo, señor. ¿El número de pasajeros…?

—Se ha incrementado en uno. —Negrín se volvió hacia su acompañante—. Permita que le presente al señor Casares Quiroga, antiguo primer ministro de la República.

—Es un placer, señor.

Casares se había unido a la expedición apenas unas horas antes. Al llegar a Burdeos, mientras el coche recorría los muelles del puerto, Negrín había lanzado una repentina exclamación de sorpresa y había hecho detener el vehículo. Por las aceras paseaba despacio un hombre enjuto al que la incongruencia de encontrarlo allí, por azar puro —si es que era un azar encontrar un español en Francia durante aquel año de espantosa huida—, había hecho que casi no lo reconociera.

—¡Casares!

El aludido se había dado la vuelta con un respingo, como si fueran a detenerlo. En su rostro se había pintado la misma expresión de incredulidad. El principio y el final de la guerra civil se

encontraban de pronto en tierra extraña.

Casares simplemente esperaba el destino. A Negrín le costó convencerlo de que lo acompañara. No podía quedarse allí. Cuando la Gestapo fuera invadiendo las ciudades de Francia, cualquier persona de relevancia política sería detenida y enviada a España para que la fusilaran. Es verdad que no había sitio en el transporte para que también llevaran a sus familias, pero era una creencia común que no se meterían con ellas en un primer momento. Buscarían la manera de sacarlas de allí después.

Finalmente Casares había aceptado. Y la historia de España iba a embarcar en un buque negro como el carbón, negro como su historia. Lo hacía con el apoyo de respetuosos miembros de las embajadas de México y Chile, que habían gestionado sus desplazamientos, ofrecido sus coches, brindado su ayuda sin la menor esperanza de recompensa.

—Deben estar en el muelle del puerto a las tres en punto de la mañana. Entretanto suban a descansar, por favor.

No hubo descanso. Burdeos estaba siendo bombardeada constantemente, tres veces en un margen de cinco horas, por la misma razón por la que ellos estaban allí: era una vía de escape. En los muelles aún se apiñaban soldados belgas y polacos, restos de una huida que para algunos duraba ya meses.

Llegaron al muelle algo más tarde de lo previsto y lo recorrieron en busca del barco. Lo distinguieron al fin en un extremo, amarrado a un noray de grandes dimensiones: en el costado se podía leer, escrito en letras griegas: *Heleni*.

Preguntaron por el capitán. Hubo un momento de confusión: el marino no hablaba con fluidez más que su propio idioma, y el poco francés que necesitaba para llevar a cabo las maniobras portuarias. Negrín se adelantó: el griego era uno de los varios idiomas que hablaba.

—¿Ocurre algo?

El capitán compuso una expresión de alivio.

—¿Habla griego? Qué bien. Le estaba explicando a sus compañeros que no podemos zarpar hasta mañana. El práctico del puerto no llega hasta las nueve, y la bahía está llena de pecios después

de los bombardeos. Sería una locura salir sin él.

El primer ministro miró el reloj. Las tres y media.

—¡Cortázar! —llamó.

Gabriel Cortázar se destacó del grupo de los que esperaban.

—Diga, señor presidente.

—¿A qué distancia está Pyla-sur-Mer?

El interpelado titubeó. Se sacó del bolsillo el mapa de carreteras que estaban empleando desde su salida de París.

—A unos sesenta kilómetros, señor.

—Eso quiere decir dos horas de ida y dos de vuelta, ¿no?

—Sí, señor. Tal vez un poco más, dado que no podremos poner los faros constantemente.

Negrín señaló al cielo:

—Por suerte, esta noche tenemos buena luna. Vamos.

Gabriel Cortázar titubeó:

—¿Adónde, señor?

—A buscar al presidente. Nos lo llevamos.

Cuando Negrín decía «el presidente», no podía referirse más que a Azaña. Lo sabían todos los que le rodeaban, y por eso Gabriel no hizo preguntas, se limitó a abrir para Negrín la portezuela del Cadillac negro y se sentó al volante del coche. Se palpó maquinalmente la cadera para comprobar que la pistola seguía en su sitio y puso en marcha el motor.

Ninguno de los presentes dijo nada. Conocían ese tipo de arranques del hombre al que servían desde hacía apenas tres años, con la sensación de llevar a su lado toda la vida. Y no les extrañaba. Habían asistido con perplejidad, durante la guerra, al extremo respeto que unía a esas dos personas tan distintas. Discrepaban a menudo, a veces de manera radical, pero nunca se habían dejado de apreciar.

Aquella noche, mientras conducía a la mayor velocidad posible entre la oscuridad de las carreteras, Gabriel Cortázar no se hizo preguntas. Se las había hecho muchas veces en el pasado, se había sentido en muchas ocasiones incómodo y a disgusto con el Estado al

que servía. Era una paradoja considerable que la primera vez que no se hacía preguntas fuera para servir a un Estado que ya solo existía en su propia voluntad de ser fiel a él.

No hablaron mucho durante el recorrido. Cortázar comprendía que Negrín estaría dedicando su atención mental a los argumentos que iba a exponer ante el envejecido expresidente de la República: seguramente los mismos o muy parecidos a los que había planteado a Casares, a los que había planteado a otros. Por segunda vez en poco más de un año, la sombra de la persecución y la muerte se cernía sobre ellos.

Cuando llegaron al pueblecito costero, todo estaba en silencio. La guerra parecía no llegar hasta allí, y Cortázar tuvo durante unos instantes el escrúpulo burgués de que el ruido del motor despertaría a los vecinos, y por primera vez pensó también que los golpes en la puerta de la casa, a altas horas de la madrugada, sembrarían de terror la vivienda de Azaña. Quién sino la desgracia podía llamar a una puerta cuando se aproximaba el amanecer, la hora en que tanta gente había sido sacada de la cama para perder la vida.

—Espéreme aquí.

Cortázar asintió. Vio al corpulento jefe de su Gobierno bajar del vehículo, dirigirse con decisión a la puerta de la casa, llamar. Los segundos se hicieron interminables. Luego, un rectángulo de luz iluminó la noche. Negrín saludó a un hombre —seguramente el cuñado de Azaña—, que le franqueó el paso.

No supo cuánto tiempo pasó después, porque la edad, el cansancio y la noche reclamaron su peaje: Cortázar se quedó dormido. Con las manos puestas en el volante, la cabeza vencida, soñó con el pasado, rico en imágenes, hasta que la portezuela del coche al abrirse lo despertó: en cuestión de segundos, pasó del sobresalto y el rápido llevar la mano entrenada a la cintura al bochorno de tratar de disimular lo que le parecía un descuido imperdonable.

Pero se despejó enseguida: Negrín se había sentado a su lado y se pasaba la mano izquierda por el pelo indomable.

—No quiere venir —dijo—. No tiene fuerzas para seguir huyendo.

—Si los alemanes…

—Sí, sí, lo sabe —interrumpió Negrín—. Vámonos.

Eran las ocho cuando volvieron a llegar al muelle. Antes, Negrín había ordenado a Cortázar recorrer los hoteles de la ciudad, en busca de altos cargos de la República. Habían encontrado al vicepresidente de las Cortes, Luis Fernández Clérigo, que también se había negado a ir con ellos.

Los funcionarios de la embajada mexicana y el consulado de Chile esperaban en el muelle junto al capitán. Negrín se dirigió a él:

—Creo que estamos todos —afirmó.

El práctico no llegaba, y el capitán miraba al cielo con aprensión, consciente de que en cualquier momento las nubes podían dejar paso a los aviones nazis. Ya lo habían pasado bastante mal la noche anterior. Un barco inmóvil que no puede hacer otra cosa que esperar que las bombas no le acierten es la más incierta de las posesiones.

Poco antes de las diez de la mañana, se hartó de esperar.

—Vamos a zarpar —dijo—. Puede que nos vayamos a pique antes de salir a mar abierto, pero si nos quedamos, nos quedaremos para siempre.

Negrín asintió. Tradujo sus palabras a sus acompañantes, que se pusieron en movimiento hacia la pasarela. Ya habían embarcado los baúles metálicos con la documentación de la presidencia.

No tenían nadie de quien despedirse. Cuando todos cruzaron la pasarela, en tierra no quedaron más que Negrín, los diplomáticos latinoamericanos y Gabriel Cortázar, empeñado en ser el último en subir, en no dejar solo a su protegido ni un segundo.

Negrín abrazó al representante de la embajada de México:

—Gracias por todo, Luis. —Titubeó—. Haga lo posible por cuidar de mi madre, ya sabe usted que se queda en Francia.

—Descuide, doctor. Tanto ella como el presidente Azaña quedan bajo mi protección.

Negrín sonrió mientras le apretaba los brazos. Se volvió y señaló el coche negro en que habían venido:

—El Cadillac es mío —indicó—. Así que me permito regalárselo a usted. Espere…

El político buscó en los bolsillos del abrigo. Sacó de uno de ellos un pequeño objeto negro y brillante. Lo sostuvo entre el índice y el pulgar y se lo mostró a su interlocutor: era un oso de mármol.

—Le presento a *Gaspar*. Ha sido mi amuleto durante muchos años. No puedo decir que el pobre haya tenido mucho éxito, pero le tengo mucho cariño. —Cogió con la izquierda la mano del diplomático mexicano y depositó el oso en la sorprendida palma abierta. Le cerró los dedos en torno al oso y mantuvo la mano entre las suyas. La apretó —. Quiero que usted lo tenga desde hoy. Quiero hacerle un regalo personal de agradecimiento.

—No quiero que se desprenda usted de él, señor presidente…

—Acéptelo. No se tienen muchos amigos en política. Usted ha demostrado de sobra serlo.

Dio una palmada en el hombro al conmovido mexicano y se dio la vuelta. Seguido por Cortázar, cruzó con pasos firmes la pasarela, que dos marineros retiraron enseguida. Sin hacer sonar la protocolaria sirena, acompañado tan solo por el ruido de sus propios motores, el *Heleni* empezó a separarse del muelle.

XIX

Los anónimos habían empezado a llegar poco después de la visita al subsecretario. El militar vestido de civil la había recibido con un despliegue propio de una fiesta de sociedad. Había salido de detrás de su mesa para salir al encuentro de Laura Sastre y besar con galantería la mano que ella le tendía con no menos coquetería. Sostuvo un momento las puntas de sus dedos en la palma de la mano, como si se tratara de un pájaro a punto de echar a volar, y se deleitó en la ancha sonrisa de la periodista.

—Bienvenida al ministerio, señorita. Hacía días que no disfrutaba de la buena noticia de una visita como la suya.

—Usted siempre tan amable. —La mano se seguía sosteniendo en el aire, etérea. Laura apretó un poco los dedos en la palma—. Disculpe que le moleste en tiempos de tanta tribulación…

—No puede molestarme. Aunque mi obligación no fuera atender a la prensa, lo sería atenderla a usted. ¿No quiere sentarse?

Dejó que él la llevara hasta el sillón, como si ejecutara un paso de baile o como si fuera a posar el ave en una percha, e interrumpió por fin el contacto. El militar carraspeó.

—Usted dirá en qué puedo ayudarla.

Corría el año 1924, y la dictadura de Primo de Rivera se asentaba con fuerza en el poder.

—Permítame primero que le transmita lo impresionada que estoy por todo lo ocurrido.

El militar se puso serio. Trató de mostrar sorpresa.

—Disculpe mi ignorancia, pero no sé de qué me está hablando…

—De la ofensiva de Abd el Krim en Marruecos, señor. De nuestra catastrófica retirada. Hay quien dice que hemos sufrido más bajas que en Annual.

El rostro del militar adquirió el color y la dureza del granito.

—Tonterías. ¿De dónde ha sacado esa información?

—Tengo mis fuentes. ¿Entiendo que la confirma?

—Por supuesto que no. De hecho, nuestras tropas han iniciado ya la reconquista del territorio.

—¿La reconquista de qué, señor? ¿Cómo se puede reconquistar lo que, según usted, no se ha perdido?

El militar se puso rígido. El delicado mirlo que acababa de dejar en la percha se había quitado la caperuza y resultaba ser un feo halcón.

—No tengo nada que decir al respecto.

—¿Ha habido prisioneros?

La seriedad del militar aumentaba por minutos.

—No sé de qué me habla.

—Yo creo que sí lo sabe. Corren rumores…

—Los rumores no son más que rumores —interrumpió el subsecretario—. Como profesional de la información, debería usted saberlo mejor que nadie.

—¿No ha oído nunca el refrán de que, cuando el río suena, es porque agua lleva?

El subsecretario se puso en pie.

—Lamento interrumpir esta conversación tan amena —el militar vestido de civil tiró de la leontina y sacó su reloj de la relojera—, pero, como usted sabe, nuestro tiempo es ahora más escaso que nunca. No puedo derrocharlo en el refranero.

—El refranero es fuente de sabiduría. —Laura Sastre volvía a exhibir la sonrisa más amplia y más blanca de la que era capaz. Seguía sin levantarse del sillón, mantenía la mano derecha caída con desgana sobre el brazal, la pierna izquierda descansaba cruzada sobre la derecha—. A veces es la única que nos queda.

—Le aseguro que no es mi caso. Si ahora me disculpa…

—No, ya sé que usted dispone de fuentes más secretas y más eficaces. —La mano que se había alzado del brazal rozó la manga del militar, como a punto de darle una confianzuda palmadita—. ¿Por qué no comparte con la opinión pública alguna de ellas?

El subsecretario empezaba a sudar. No recordaba que nadie lo

hubiera acorralado de ese modo en ninguno de sus anteriores encuentros con la prensa. Empezaba a entender las maldiciones de sus superiores, por qué en esta ocasión se habían negado en redondo a verla.

—La opinión pública tiene la información que necesita —afirmó, solemne—. La que consideramos oportuno darle.

—Luego reconoce que hay otra reservada. ¿Sobre qué? ¿Sobre las verdaderas causas de la catástrofe?

—Le repito que no ha habido ninguna catástrofe. Sus acusaciones…

—¿Se siente usted acusado, señor subsecretario?

—¡Por supuesto que no! —Esta vez el militar se había puesto rojo —. ¿Acusado de qué? ¿De invertir todas las horas del día en sacarnos a todos del atolladero? ¿De reparar las necedades de otros?

Esta vez Laura Sastre se levantó muy despacio del asiento. Cuando estuvo de pie, dio un paso hacia delante, levantó la cabeza y su mirada quedó a centímetros de la mandíbula del subsecretario.

—¿Qué necedades, señor subsecretario? ¿De quiénes?

Su interlocutor se pasó una mano por la ancha frente, brillante de sudor. Se la secó con un gran pañuelo que sacó del bolsillo del pantalón.

—Le ruego, señorita, que sea tan amable de dejarme. No puedo dedicarle ni un minuto más.

—No le robo más tiempo. Espero que lo emplee en reparar los daños.

—Tenga usted la bondad de no indicarme el modo de hacer mi trabajo.

—No se preocupe, señor subsecretario. Por mi parte, le aseguro que sabré hacer el mío.

Le tendió la mano para que se la besara, con una sonrisa tan inocente como si fuera una dama en una cuestación benéfica. El subsecretario juntó los tacones, sostuvo sus dedos como si sujetara las garras de un búho y los besó como si se tratara de la piel de un sapo.

Al día siguiente llegó el primer anónimo. Lo metieron en un sobre por debajo de la puerta, y cuando Laura corrió a abrir solo

alcanzó a escuchar pisadas veloces en la escalera y el ruido del portal al cerrarse tras ellas.

El sobre contenía una hoja de papel mecanografiada:

> SI TE SIGUES METIENDO DONDE NO TE LLAMAN, TE VAMOS A MATAR, ZORRA.

Laura no se inmutó. No era la primera vez en su ya larga carrera, todos se parecían.

Le preocupó más que el director del periódico le hablara de la llamada del Ministerio. Corren malos tiempos, Laura. No podemos seguir como si no hubiera pasado nada. Estamos en medio de una dictadura militar.

—Que proclama el respeto de la libertad de prensa.

—¡Ja! ¿Quieres que te enseñe cómo deja la censura los artículos? Ni siquiera he enviado el que has escrito. No quedarían más que las comas. De hecho, me han llamado para advertírmelo.

—¿Hablas en serio?

—Completamente. El individuo que llamó me dijo que no quería ver una sola línea firmada por ti que no fueran críticas teatrales o crónicas de sociedad.

Laura no necesitó que se lo repitieran. Fue al teatro esa misma noche, y la crítica que escribió hablaba menos de la propia obra que de las circunstancias del momento. Logró tejer, traída por los pelos, una red de alusiones políticas indisimuladas que cualquier lector pudo detectar.

Al día siguiente, escribió una crónica de sociedad. Una fiesta en casa de un banquero cuyos asistentes fueron retratados de forma despiadada, como en uno de esos cuadros de los expresionistas alemanes que horrorizaban a las buenas familias. Se detallaban sus relaciones con el nuevo Gobierno y con los anteriores, y el modo en que se habían beneficiado. Todo ello, por supuesto, envuelto en el lenguaje ampuloso y dulzón propio del género: «La marquesa de A… manifestaba a todo el que quería oírle su satisfacción con el mundo,

con los negocios y con el orden que por fin permite hacer negocios; cuanto más pingües, mejor».

Durante una semana, los dos artículos corrieron de mano en mano y de boca en boca. No hubo un tercero. Esta vez la llamada telefónica fue mucho más tajante. Si *Carta blanca* volvía a firmar un solo texto de ese periódico, era fácil que ese periódico no viera más la luz.

Al día siguiente llegó el segundo anónimo. Esta vez lo encontró en el buzón, entre muchas cartas de amigos que le pedían que tuviera cuidado:

QUE SEPAS QUE TENEMOS LA MEMORIA MUY LARGA, ZORRA.

Lo arrugó y lo tiró a la basura sin hacer el honor de prestarle la menor atención. Le preocupaba muchísimo más cómo iba a ganarse la vida si los periódicos le cerraban sus puertas.

Hablaría de eso aquella noche con Manolo Llaneras, con el que iba a coincidir en una recepción en la embajada de Francia. Manolo era un exdiputado, una de las jóvenes promesas del Partido Liberal, un creyente político. Se acordaba de una de las conversaciones que habían tenido, hacía pocos meses, cuando aún existía el régimen parlamentario, cuando la situación política empeoraba de día en día. Laura había publicado un artículo titulado «¿Qué tiene que pasar?», en el que desgranaba la sensación de hastío que a su entender sufría más de medio país. Hacía un recorrido por los muchos momentos en que el cambio de rumbo había sido posible y había sido ignorado: Canalejas, la expansión económica de la Gran Guerra, el nuevo mundo surgido de la Conferencia de Paz de París, y terminaba con la gran pregunta:

«¿Qué tiene que pasar? Las mismas corruptelas y los mismos pecados de arrogancia han vuelto a cobrarse el tributo de sangre que no queríamos volver a pagar. ¿Qué tiene que pasar para que la opinión pública reaccione al fin y exija responsabilidades?».

En aquel momento, el artículo había pasado casi inadvertido. Desde hacía ya meses, Laura Sastre tenía la desagradable sensación de

que las herramientas antaño eficaces se habían vuelto romas, de que todas las puertas para la actuación se estaban cerrando.

—Es preciso tener confianza —le había dicho Llaneras—. Las instituciones funcionarán.

—Manolo, no funcionan —le había contestado ella.

—Pero funcionarán —había respondido impertérrito él—. Es una exigencia intelectual, ¿no lo entiendes? Si no mantenemos las cosas en marcha se creará *horror vacui, y el horror vacui* solo lo pueden llenar los locos.

Ahora Manolo ya no era diputado, y los locos habían llenado el hueco. Pero Laura no se dejaba engañar: tanto los liberales como los conservadores habían sido simplemente apartados, pero no estaban siendo perseguidos. Las viejas élites mantenían su influencia.

Se arregló para la recepción. Se puso un vestido *beige* de discreto vuelo, que dejaba intuir las rodillas, zapatos a juego y un sombrero cloche con el que se recogió el pelo, sacando dos mechones hacia las mejillas. Se puso una capa de fieltro por los hombros y salió a la calle.

Se disponía a detener un taxi cuando sintió un empujón en la espalda. Trastabilló y cayó de bruces en un gran charco lleno de agua sucia. Se golpeó la frente con el suelo.

Mientras se recuperaba de la conmoción, oyó gran alboroto junto a ella. Se sintió levantada por los brazos, unas manos la asieron por la cintura. Volvía a estar en pie.

—¿Se encuentra bien, señorita?

—Ha debido tropezar.

—¡Se ha dado un golpe tremendo en la cabeza!

Laura trató de recobrar el control de sí misma. Por el momento, se dejó sostener. Estaba un poco mareada. Se llevó dos dedos al lugar de la frente en el que sentía un vivo dolor, y al retirarlos los vio manchados de sangre mezclada con un agua negruzca. El rostro de un hombre se acercó al suyo.

—No se preocupe, me parece que solo es superficial —dijo, tranquilizador.

—Pobrecita, cómo se ha puesto.

Bajó la vista hacia sí misma. Había caído casi sin tiempo a poner

las manos, tenía todo el vestido, la capa y las medias empapados de barro.

—¿Vive usted lejos?

—No, aquí mismo… —Le sorprendió su voz, porque temblaba, preñada de lágrimas. No la reconocía.

Estaba rodeada de gente solícita, que pugnaba por atenderla.

—Debería ir a la casa de socorro —dijo una voz.

—No será necesario —le contradijo otra—. Si limpia bien la herida…

Unas manos pusieron en las suyas el bolso caído, abierto, del que se salían algunas cosas. Lo sujetó sin mucha conciencia mientras empezaba a balbucear agradecimientos.

No supo del todo cómo había vuelto a casa. Se desnudó, se lavó mientras trataba de contener un temblor que empezaba a identificar como un temblor de rabia, se puso una bata de raso y asumió que tenía que dar por perdida la recepción en la embajada. Ya no le daría tiempo a volver a arreglarse para ir.

Recogió el bolso para comprobar que no había perdido nada.

Y vio el sobre.

Estaba claro que alguien había abierto el bolso para meterlo, aprovechando la confusión. Lo abrió. Volvían a temblarle las manos.

Te seguimos de cerca, zorra.

Fue la primera vez que tuvo miedo.

XX

Gonzalo no podía evitar experimentar cierto sentido del ridículo. Caminaban por la arena de la playa, prácticamente solos, mientras el malecón estaba poblado de emplazamientos de artillería, nidos de ametralladoras y puestos de vigilancia desde los que soldados de casco plano oteaban con prismáticos el horizonte.

Pero lo malo no era eso. Lo malo era que él cargaba una cesta de picnic y Clara iba a su lado ataviada con unos pantalones anchos, una blusa de manga corta y un pañuelo enroscado a modo de diadema sujetándole en parte el pelo azotado por el viento.

Había aceptado la idea —una excursión a Brighton; era verano, ¿no?— porque no había sabido cómo negarse, pero desde el principio se había imaginado aquella escena absurda de los dos turistas comiendo sándwiches bajo la vigilancia de los soldados. Algo en él se resistía incluso mientras hundía en la playa los zapatos de calle.

Clara llevaba los suyos en la mano y disfrutaba de la arena cediendo bajo los pies descalzos. Se detuvo de pronto.

—¿Le parece bien aquí?

Gonzalo murmuró algo parecido al asentimiento. Dejó la cesta en el suelo y observó a Clara mientras se dejaba caer de rodillas, la abría y empezaba a sacar de ella el mantel, los platos sujetos por correas de cuero y los cubiertos.

—Siéntese, general. Ya montan guardia ellos.

Gonzalo se sentó trabajosamente. Clavó los talones en el suelo y cruzó los brazos sobre las rodillas.

—¿Piensa seguir llamándome general el resto de su vida?

Clara suspendió su actividad para mirarle. Entrecerraba los ojos por la luz del sol y sonreía vagamente.

—¿Me permite que le llame Gonzalo?

—Se lo ruego.

No se atrevió a pedirle que le tuteara. Era un hombre mayor sentado en la playa con una mujer joven. Bajo la atenta mirada de un ejército dispuesto a impedir una invasión.

—Pues tome, Gonzalo.

Le tendía un sándwich de pequeñas dimensiones, uno de esos triángulos diminutos que a Rojas le parecían la quintaesencia de lo inglés. Sacó un termo metálico con vino y dos vasos de chapa. Cuando hubo terminado de disponerlo todo, Clara se sentó a su vez en la arena. Sonreía.

—No es como las playas del sur, pero es una playa —dijo—. ¿Le gusta nadar?

—La verdad es que sí. —Gonzalo la miró con alguna inquietud—. Pero no hemos traído ropa para eso, ¿no?

Clara dejó escapar una alegre risa.

—No, era solo curiosidad. Me doy cuenta de lo poco que sé de usted.

—Todo el mundo sabe poco de todo el mundo.

—Por Dios, qué filosófico.

Gonzalo se ruborizó ligeramente.

—Discúlpeme… Quiero decir que hay cosas que nunca preguntamos.

—A lo mejor es que creemos saberlas.

—Claro. Pero ese es el error. No sabemos nada.

Clara frunció ligeramente el ceño, pensativa. Aquel hombre siempre daba la impresión de estar pensando en algo, cuando hablaba, que solo él conocía.

—Es usted un hombre enigmático.

Gonzalo levantó la mirada. Y rompió a reír. Con una risa descontrolada, que causó la suspicacia de Clara:

—¿Qué le hace tanta gracia?

—Que me vea usted de esa manera. Soy una persona bastante aburrida.

—Yo no lo veo así.

—¿Lo ve? Es porque no me conoce lo bastante.

Clara se mordió el labio inferior. Conjeturó si ese era el momento

para hacer preguntas. Pero de pronto Gonzalo miraba por encima de su hombro.

—Vaya —musitó.

Clara se dio la vuelta. Levantando pequeñas nubes de polvo, venían hacia ellos un suboficial y dos soldados con el fusil entre las manos. Al llegar a su altura, el suboficial se llevó la mano a la visera del casco.

—Buenos días. ¿Me permiten sus documentos?

—Creíamos que la playa estaba abierta —dijo Clara.

—Y lo está, señora. Pero tenemos que saber quién la ocupa.

Sacaron sus papeles. Al ver los de Gonzalo, el suboficial levantó la vista y volvió a saludar militarmente:

—Gracias, señor. Disculpen que les haya molestado. Es mi deber decirles que esto es zona de guerra. Si se quedan aquí, lo hacen bajo su propia responsabilidad, pero la recomendación del Gobierno es marcharse.

Habían visto mientras venían que las persianas de la gran mayoría de las casas estaban cerradas. Muchos de los vecinos habían atendido la recomendación del Gobierno.

—Muchas gracias, sargento.

El suboficial volvió a saludar y se alejó seguido de sus hombres.

—La realidad no nos deja olvidar —dijo Gonzalo.

Clara no contestó. Se había desbaratado el momento propicio, pero seguía queriendo saber. El aviador pareció darse cuenta:

—No averigüe, Clara. La vida de la gente es complicada.

Oyeron motores, y la línea de hombres que ocupaba los puestos defensivos se agitó. Sobre la línea del horizonte, distinguieron las alas de un avión, como un trazo de plumín en el cielo. Venía de Francia.

—Dios mío —murmuró Clara.

Gonzalo tenía los ojos entrecerrados. Hizo visera con la mano.

—No se preocupe. Es un avión de reconocimiento.

—¿Cómo lo sabe?

El aviador se echó a reír, contagiando a Clara.

—Perdone. A veces se me olvida que…

Una sucesión de estampidos encubrió sus palabras. El aumento

de tamaño del avión en el cielo había desencadenado la reacción de la artillería antiaérea. Las balas trazadoras surcaron el aire mientras el piloto alemán describía extrañas maniobras. Por un instante pareció desplomarse, pero estabilizó el vuelo a pocos metros por encima del agua.

—Tienen buenos pilotos —observó Gonzalo.

Clara miraba el espectáculo con expresión de horror. La incongruencia de toda la escena: la cesta de picnic, los estampidos, las nubes causadas en el cielo por los estallidos de los proyectiles, el avión deslizándose entre ellos como si jugara un provocador juego, ellos mismos sentados en la playa… Parecía la extraña pesadilla de un discípulo enfermo de Dalí.

El piloto alemán viró hasta que la panza de su avión quedó de frente a ellos. Pudieron ver con toda claridad las cruces negras bordeadas de blanco del arma aérea nazi.

Clara miró a Gonzalo, y de pronto se dijo que los dos estaban viviendo algo distinto. Mientras ella miraba con aprensión el avión alemán, era evidente que él solo veía a un colega mostrando su destreza. Si tenía que elegir entre los cazadores y la presa, era natural que estuviera de parte de la presa. Había en sus ojos algo de soñador, algo de nostálgico.

—¿Qué pasó en el 36, Gonzalo?

Le asombró su propio atrevimiento, pero al fin había sido capaz de decirlo. El aviador volvió hacia ella unos ojos tristes, ella se preguntó si decepcionados. No contestó enseguida. En lugar de hacerlo, miró de nuevo el avión alemán, que se alejaba indemne hacia el horizonte del que había salido. Las detonaciones a su espalda cesaron, dejando en sus oídos un pitido estridente, que tardó unos segundos en amainar. Solo en ese momento Gonzalo respondió:

—Lo que pasa siempre, Clara. Que tuve que elegir entre dos males.

—¿Y por qué…?

Clara se interrumpió. Se dio cuenta de que era a ella a la que daba miedo formular la pregunta completa.

—¿Que por qué elegí precisamente ese mal? ¿Sabe cuál era el

otro?

Clara bajó la vista.

—Perdóneme, Gonzalo. Estoy avergonzada. No soy quién para preguntarle esto.

—No se preocupe. Imagino que se lo están preguntando a usted. Es lógico que quiera saber. Pero yo aún no puedo contestarle.

La curiosidad pudo más que la reflexión y Clara preguntó:

—¿Por qué no?

—Por lo que le decía antes. Por todas las cosas que no sabemos. Porque no la conozco lo bastante como para saber si lo entenderá.

—Al menos, puedo asegurarle que lo aceptaré.

Los ojos de Gonzalo se pusieron vidriosos. Apretó un instante los labios.

—Es una suerte haber coincidido con usted aquí, Clara. No lo hubiera creído aquella noche en la que rescató de un apuro a un borracho, hace tan poco tiempo.

La mirada de Clara se había quedado fija. De pronto, su rostro irradiaba serenidad.

—Las noches son extrañas —dijo en voz baja—. Dan amparo a cosas que no podrían ocurrir de día. ¿No le ha pasado nunca asomarse a una ventana durante la noche y pensar que querría salir, explorar, saber?

—He volado de noche —respondió Gonzalo—. Y sí, se podría pensar cualquier cosa.

—Como cuando se nada de noche en el mar.

—Exacto.

Una caravana de coches se detuvo en el malecón, junto a la pasarela del largo muelle de recreo que conducía al gran restaurante que se asomaba al mar, convertido hoy en puesto de observación. De los coches bajaron oficiales de alta graduación y un hombre rechoncho vestido de negro que llevaba un bombín en la cabeza.

—No me puedo creer que vayamos a ver en persona al señor Churchill —dijo Gonzalo.

Clara se incorporó, presa de la curiosidad.

—Dios, puede que tenga usted razón.

—Ahora me explico el empeño de los antiaéreos en derribar a un solo avión con tanto derroche de municiones. El piloto no sabe lo que se ha perdido.

El hombre rechoncho avanzaba deprisa por el muelle, rodeado de una nube de personas. Desde donde se hallaban, oyeron gritos de los soldados que vitoreaban.

—Está claro que es él.

Siguieron con la vista la ceremonia de inspección. El primer ministro inglés fue hasta el extremo del malecón, desapareció en el interior y, cuando regresó al cabo de un rato, reparó en su presencia. Sin dejar de andar, saludó con la mano. Gonzalo se echó a reír.

—Nos ha tomado por paisanos suyos. No le decepcionemos.

Saludaron a coro, divertidos, como cuando pasa un trenecito lleno de niños y los adultos saludan desde las aceras. Luego, el político volvió a su coche y se marchó tan rápido como había venido.

—La verdad es que no había imaginado una excursión tan movida. —Levantó el vaso de hojalata—. Gracias, Clara. Bebamos. —Hizo una larga pausa—. Tal vez alguna noche, de esas noches extrañas que usted dice, reúna fuerzas para contarle todo.

—Esperaré —aseguró Clara.

XXI

El lunes por la mañana, Gonzalo Rojas recibió una llamada en su casa de Londres. Era de la floristería Mapple's, y le avisaba amablemente de que aquellas flores raras por las que había mostrado interés estaban disponibles si quería verlas. Respondió dando las gracias, y solo después de colgar se dio cuenta de que le habían hablado en francés, conscientes de su escaso conocimiento de la lengua de las islas. Fue la única nota disonante en una llamada comercial común y corriente.

Se acercó a la floristería poco antes de la hora de cierre de las tiendas y no se sorprendió cuando la dependienta, una mujer madura de pelo castaño, lo saludó como si se tratara de un cliente habitual. Con grandes aspavientos, sin duda dirigidos a quien pudiera estar observándolos desde el otro lado del escaparate, le guio hasta uno de los numerosos macizos de flores que atiborraban el local, y le mostró las flores moradas por las que se había interesado.

De haber estado dentro de la tienda, los que le vigilaban habrían podido oír una conversación del todo incongruente con las sonrisas y los aspavientos:

—Encontrará el mensaje dentro del papel de aluminio que envuelve el extremo de los tallos. No le diga a su asistente que las ponga en un jarrón.

—Descuide.

—En el mensaje le indican los siguientes pasos. Es importante que trate de seguirlos al pie de la letra.

—Se me da bien seguir instrucciones, no se preocupe.

La dependienta respondió con una risa amable, que vista desde fuera parecía responder a algún cumplido o broma. Entregó las flores al general y lo detuvo con otra sonrisa cuando hizo ademán de marcharse.

—No olvide pagar.

El general echó mano a la cartera. Tenía ganas de echarse a reír por el abismo que había entre la mortal seriedad de lo que se traían entre manos y el juego de niños al que tenían que entregarse para llevarlo a cabo. Se alegró de manera infantil de ir a pagar las flores y de tener ocasión de llevárselas a Clara.

Por supuesto, optó por dirigirse a casa de la destinataria. Desenvolverían juntos el papel de aluminio.

Fue dando un paseo. Por el tiempo que llevaba en la ciudad, en Londres era inteligente aprovechar los pocos días buenos que brindaba el año. Además, le divertía la idea de tener a un espía detrás gastando las suelas de los zapatos en seguir a un viejo con un ramo de flores. Lo imaginaba escribiendo informes en los que seguramente lo describiría como un pervertido que acosaba a una joven desterrada de reputación dudosa, animado sin duda por ideas e intenciones innombrables que el informante, baboso como todos los que se dedicaban a su miserable oficio en el nuevo régimen español, tal vez se extendería en detallar. Por un momento le preocupó que pudieran cesarlo por esa causa en vez de por espía. Y una vez más estuvo a punto de echarse a reír.

Llegó a la casa, subió los tres escalones blancos y llamó a la puerta. El mayordomo de Clara abrió.

—Buenos días, Víctor.

—Buenos días, general. Me alegro de verle.

—Gracias. ¿Está en casa la señorita?

El sirviente miró el ramo de flores antes de contestar.

—Sí, señor. Le diré que está usted aquí.

Dos minutos después, Clara salía al vestíbulo, alegre como una niña. Llevaba un vestido ligero, sin pretensiones, y el pelo suelto. Rojas pensó que le gustaba verla sin arreglar.

—¡Gonzalo! ¡Qué sorpresa! —Reparó en las flores—. Pero ¿se ha vuelto loco? ¿Dónde va con esas flores tan caras?

—Le confieso que no sabía su precio. —Miró a su alrededor como indicando que no podía decir lo que pensaba—. Pero quería traérselas. Ya sabe que las tenía encargadas hace días.

—Ah —dijo Clara, empezando a entender. ¿Había decepción en aquel monosílabo?—. No se quede ahí. Las pondremos en agua.

Pasaron al salón, y segundos después Víctor apareció sin ser llamado, sosteniendo en las manos un jarrón de tamaño considerable y aparente peso.

—Gracias, Víctor. Yo las pondré.

El mayordomo salió, y Clara desenvolvió con rapidez las flores. Las sostuvo en alto para que Gonzalo retirase con cuidado el papel de aluminio.

De él cayó un papelito enroscado, uno muy pequeño. Sin poder desprenderse de la situación de ridículo, Gonzalo lo desenroscó.

Le indicaban que fuera a un pub cercano a Trafalgar Square, se dirigiera al baño y saliera por la puerta que había junto al aseo de caballeros. Le estarían esperando.

El papel añadía la exigencia de que lo destruyera después de leerlo. Gonzalo miró a su alrededor, vio que había una pequeña chimenea y prendió fuego al papel con un mechero. Revolvió las cenizas para enterrar las pavesas del papel.

—No sirvo para esto —dijo—. No consigo tomármelo en serio.

Clara enterró la nariz en las flores.

—No seré yo quien proteste si sigo saliendo así de beneficiada. La próxima vez, compre otras más baratas.

—¿Quién creería entonces en la sinceridad de mi pasión otoñal?

—¡Gonzalo!

Rieron. Se encontraban bien juntos, se divertían. Fue eso lo que movió a Gonzalo a hacer su siguiente propuesta:

—¿Por qué no me acompaña?

—¿Adónde?

—A la cita en el pub, con nuestros amigos los espías.

Clara pareció desconcertada. Se colocó un mechón de pelo detrás de la oreja.

—No sé qué pensar —dijo—. No me han incluido en sus planes.

—Lo que ha estado muy mal. Usted ha estado en el origen de esto. Y yo prefiero que me acompañe. Quiero tener delante un testigo imparcial.

Clara sonrió con timidez.

—No creo que se me pueda calificar de imparcial.

—Entonces, quiero tener un testigo propio. ¿A qué acusado se le puede negar una cosa así?

Clara volvió a reír. Con una risa entrecortada, turbada.

—Estaré encantada de acompañarle —dijo.

—Entonces pasaré a buscarla mañana. —Gonzalo se levantó—. Le prevengo que no traeré más flores. El sueldo de un agregado militar no alcanza para tanto.

Salió de la casa con paso elástico, juvenil, mientras Clara cruzaba los brazos, se llevaba los nudillos a los labios y miraba, pensativa, la puerta por la que el piloto acababa de irse.

—¿Ha oído el rumor?

Marina hubiera contestado: «¿Qué rumor?», pero le detuvo la imagen enmarcada en el umbral de su puerta, que le produjo una inusitada ternura. Con la chaqueta abierta, el pelo desordenado, aquel poeta cuya talla, cabellos y piel no podían negar su origen meridional apoyaba la mano en la jamba como si no se tuviera en pie, jadeaba después de subir corriendo las escaleras y parecía traer una de esas noticias que no se pueden esconder por más tiempo. A su lado, aquella chica cuya talla, cabellos y piel no podían negar su origen septentrional escuchaba con la expectación de quienes se esfuerzan por compartir las emociones de otros.

Al final es posible que hicieran buena pareja, se dijo Marina. Nadie sabe quién hace buena pareja. Es una más de las tonterías que nos llenan la vida.

—¿No queréis pasar?

Daniel entró en tromba en la salita, seguida de Candice, que se agachó para besar a Marina a la manera española.

—Buenos días, *profe* —dijo en español con una ancha sonrisa.

Marina se echó a reír.

—Veo que progresas mucho con el idioma. No sé si Daniel podrá decir lo mismo…

El aludido no escuchaba. Tenía los ojos muy abiertos, la necesidad de hablar desbordada. Marina decidió no tirar más de la

tensa cuerda de su impaciencia:

—¿Qué rumor?

—Dicen que Negrín está en Inglaterra.

Marina respiró aliviada. Desde la caída de París, desde la caída de Francia, los exiliados habían temido por sus dirigentes, la mayoría de ellos desterrados en el país vecino, el que todos habían creído, además del más próximo, el más seguro.

—¿De dónde viene el rumor? Yo ya he aprendido a no creerme nada.

—Dicen que ha enviado un telegrama al embajador Azcárate. Desde la costa. Estará aquí dentro de unos días.

Lo decía con la misma respiración apresurada con la que había entrado en el piso, y a Marina le emocionó la seguridad con la que daba por hecho la próxima llegada del primer ministro exiliado y la manera en que mantenía el título de embajador para el que había sido el último de la República, un cargo que había tenido que dejar hacía más de un año.

—Esperemos que no traten de echarlo —pensó en voz alta.

El rostro de Daniel expresó una sorpresa sin límites:

—¿Echarlo? ¿Se refiere a entregarlo a Franco? Eso sería una infamia sin precedentes.

—Ni siquiera los conservadores se atreverían a eso —intervino Candice—. Este país tiene muchos defectos, pero algunas de sus tradiciones son inamovibles.

—No tienen que entregarlo para echarlo —repuso Marina—. Siguen practicando el apaciguamiento, y Negrín no puede resultarles cómodo. Me preocupa que intenten hacer que se vaya.

—¿Por qué iban a admitirlo aquí para eso? Quiero decir que no puede haber desembarcado sin permiso de Whitehall.

—Salvo que lo haya hecho sin su conocimiento.

Daniel volvió a quedarse en suspenso. Era evidente que no había tenido en cuenta la hipótesis. La descartó enseguida, negando con la cabeza.

—No le habría puesto un telegrama a Azcárate. De haber entrado en el país de incógnito, eso sería tanto como descubrirse.

Marina no contestó. Tenía sus dudas acerca de que hubiera que tomar los rumores al pie de la letra. Todo era posible. Se quedó en silencio.

—Me pregunto qué pasará ahora.

Marina no pudo evitar echarse a reír.

—Querido Daniel, a veces me sorprende. Después de lo que llevamos vivido en esta década, no sé cómo aún puede preguntarse qué pasará después. Pasarán muchas cosas, y sin duda no podremos preverlas.

XXII

El general fue a recoger a Clara a la hora prevista. Ya estaba esperándole. Se había puesto un conjunto verde de chaquetilla y falda de vuelo, y un sombrerito inclinado hacia la oreja derecha.

—Parece usted Robin Hood —bromeó Gonzalo.

—Como cumplido es extraño, pero se adapta bien a las circunstancias —respondió ella.

—Me temo que los hombres lo tenemos más difícil. —Señaló con la mano su propio traje azul.

—Hasta cuando va de civil se viste de aviador —dijo Clara.

—Se ve que no puedo remediarlo —rio Gonzalo.

Pasearon entre bromas hasta el lugar indicado en la nota, y cuando se acercaban el general hizo la pantomima de invitarla con un gesto de la mano, como si se le acabara de ocurrir entrar. Clara sonrió, inclinó la cabeza en un gesto de asentimiento, y el general sujetó la puerta del local para que ella entrara primero.

Ya era casi la hora de comer, y había bastante gente. Se dirigieron a los servicios. El hombre de la barra los miró, pero no dijo nada. Era él quien había dejado abierta la puerta trasera por la que iban a salir.

Se fijó en el hombre que entró detrás de ellos. Cuando sus miradas se cruzaron, volvió la cabeza en dirección contraria, y el recién llegado picó el cebo y avanzó en esa dirección, solo para volver tres segundos después con expresión frustrada. El camarero no movió un músculo.

Había un coche esperando en el sucio patio de manzanas, atestado de cajas vacías. Cuando Gonzalo y Clara subieron, el conductor frunció el ceño.

—Solo estaba invitado usted.

—¿Qué ha dicho?

El conductor había hablado en inglés. Clara no se molestó en traducir:

—Si le parece mal que lo acompañe, nos volvemos a casa —replicó.

El conductor apretó los labios y se encogió de hombros. Arrancó. No había tiempo para discutir.

Gonzalo y Clara intercambiaron una mirada, pero no dijeron nada. Se limitaron a mirar por las ventanillas el discurrir de la ciudad ante ellos. En un momento dado, el coche giró a la derecha, pasó bajo un arco y se detuvo ante un edificio oficial con sillares de piedra.

El conductor no se bajó a abrirles la puerta, pero había un funcionario esperándolos. Con él se repitió la ceremonia de la sorpresa, pero el funcionario no se inmutó. Se limitó a llevarlos arriba. Recorrieron varios pasillos a los que se abrían diversos despachos, y se detuvieron delante de una puerta de madera oscura, ante la que había una mesita con una secretaria.

El funcionario que les precedía se inclinó para hablar al oído de la secretaria, que levantó la vista para mirarlos. Acto seguido, sin dirigirse a ellos, llamó con los nudillos a la puerta oscura y entró sin esperar que le respondieran.

Tardó unos minutos en volver a salir. Cuando lo hizo, dejó la puerta abierta para que pasaran.

Esta vez, había otra persona junto a Whitehead. Clara dejó escapar una pequeña exclamación.

—No se sobresalte, señorita Suances.

Gonzalo no lo entendió, pero vio que esa otra persona desconocida, un hombre de porte aristocrático y melena blanca, entrado en años, se dirigía a Clara y le tendía la mano.

—Hubiera estado bien que nos avisara, pero me tranquilizó mucho escuchar su nombre.

—Lo siento, señor —balbuceó Clara—. Si hubiera sabido…

El hombre pareció descartar sus excusas con un pequeño gesto de la mano. Se volvió a saludar a Gonzalo.

—Bienvenido, general —dijo en francés—. Disculpe usted también que no le avisara de mi presencia. Ocupo un cargo de alta

responsabilidad en nuestro gobierno.

Instintivamente, Gonzalo hizo chocar los tacones de los zapatos.

—Encantado, señor.

—El placer es mío. La señorita Suances y yo hemos tenido ocasión de conocernos en algunas reuniones sociales. Incluso hemos podido discutir de política en alguna ocasión. Me temo que ella está bastante a mi izquierda.

—Estoy seguro de que aun así se entenderían bien.

—Sin duda, sin duda. —Extendió las manos con cierta impaciencia—. ¿Nos sentamos?

Gonzalo se fijó en que Whitehead no había abierto la boca en esta ocasión. La jerarquía hablaba una lengua común en todos los países: la del silencio de los subordinados.

—Disculpe que me exprese con rapidez y claridad, pero las circunstancias están cambiando mucho estos últimos días —dijo el hombre del pelo blanco—. Ahora, mientras hablamos, los tanques nazis están llegando a Hendaya.

Clara no pudo evitar una exclamación similar a un gemido. El alto cargo continuó:

—Es obvio que, después de todo lo que ha pasado en los últimos dos meses, no descartamos nada. Ni la invasión de España por los alemanes ni, mucho peor aún, la entrada en guerra de su país con el fin de apoyarlos. —Se interrumpió un instante para mirar a Gonzalo, que no movió un músculo—. Se me ha informado de que no va usted a proporcionarnos información, si la tuviera, sobre los movimientos de su país… Respeto su postura, pero debo pedirle que la reconsidere. —Gonzalo fue a hablar, pero el alto funcionario le interrumpió con un gesto—. No tiene que ser ahora. De hecho, no tenemos tiempo. ¿Sigue dispuesto a colaborar con nosotros?

—En lo que no suponga traicionar a mi país, sí.

El hombre del pelo blanco cambió una mirada con Whitehead. Era obvio que le costaba trabajo decidirse a hablar y hubiera preferido afirmaciones menos ambiguas. Tomó impulso:

—Entonces, espero que no interprete como traición lo que vamos a proponerle. Nuestros agentes en Madrid han diseñado un plan…

peculiar, destinado a intentar evitar que España entre en la guerra al lado de los nazis. ¿Estaría dispuesto a colaborar en eso?

—Con todas mis fuerzas —respondió sin titubear Gonzalo.

El funcionario respiró aliviado.

—Me satisface oírlo. Esto va a requerir algo de esfuerzo.

Gonzalo continuó inmóvil.

—Estamos dispuestos a todo para que España se mantenga neutral, y eso incluye procedimientos poco ortodoxos como el que voy a explicarle, y para el que requiero su ayuda. Un… personaje del mundo económico de su país nos ha informado, por conducto fiable, de que un cierto número de altos oficiales de su país estaría dispuesto a colaborar, con su influencia, para persuadir al gobierno de su país de que se mantuviera al margen del conflicto. —Volvió a titubear—. Digamos que están dispuestos a hacerlo a cambio de una adecuada remuneración.

Gonzalo enrojeció.

—Si me permite que le dé mi opinión, me parece repugnante. Ya le dije al señor Whitehead que no estoy actuando por interés económico.

—A mí también me lo parece, y aprecio mucho su actitud personal. —El alto cargo inglés se rascó una ceja—. Pero estamos en guerra. Y por tanto, repito, dispuestos a todo.

—No entiendo qué tengo que ver con eso.

—Más de lo que usted cree. —El tono de la voz se elevó imperceptiblemente—. Los servicios secretos suelen ser fiables, pero también tienen sus propios límites. Evalúan lo que ven y lo que les cuentan, pero les falta el conocimiento personal y directo.

Hizo una pausa, dejando que sus palabras sedimentaran. No se le escapó que Gonzalo se movía con inquietud en el asiento y que Clara lo miraba con angustia.

—Usted conoce a cada uno de los candidatos. Y nosotros queremos saber si está de acuerdo en que son sobornables.

La dureza del rostro y de la voz se adecuó a la brutalidad de la expresión. La congestión del rostro de Gonzalo alcanzaba tonalidades alarmantes.

—Dígame quiénes son —pidió con voz ahogada.

—No. —La respuesta sonó tan cortante como una guillotina—. Eso no nos daría toda la información.

Se volvió hacia Whitehead, que sacó de un cajón un puñado de hojas en blanco. El alto funcionario las empujó hacia Gonzalo, sacó su propia estilográfica del bolsillo interior de la chaqueta y la puso encima.

—Díganos usted quiénes cree que son susceptibles de aceptar. Ha vivido con ellos muchos años, sobre todo los tres últimos. Tal vez pueda aportarnos algún nombre en el que aún no hayamos pensado.

Gonzalo tragó saliva. Durante unos segundos, nadie dijo nada. Luego, el aviador alargó la mano hasta la estilográfica, desenroscó lentamente el capuchón, lo dejó encima de la mesa y empezó a escribir.

Clara contemplaba fascinada la mano firme que parecía querer escribir con la más cuidada de las caligrafías. El rostro cárdeno, como al borde de la apoplejía. Los ojos inyectados en sangre.

Los minutos se hicieron interminables. Cada vez que la muñeca de Gonzalo raspaba el papel al desplazarse hacia la izquierda, cada vez que el plumín se levantaba para volver a bajar, para escribir la inicial de un nuevo nombre, Clara sentía un desgarro que no era capaz de explicarse a sí misma, pero que no por eso era menos cierto. Se sentía en el cerebro de Gonzalo y notaba en las sienes punzadas de dolor.

Cuando terminó, el aviador enroscó con igual parsimonia el capuchón negro con dos aritos de oro en sus extremos, dejó la pluma sobre los papeles y los empujó hacia el funcionario inglés. Este asintió con parco agradecimiento, se guardó la pluma con la misma falta de prisa que Gonzalo y leyó cuidadoso el papel, de punta a punta. Cabeceó en un par de ocasiones.

—Hay una notable coincidencia con nuestros informes —dijo—. Gracias, general. Comprendo que no haya sido fácil.

El aviador guardó un terco silencio. Whitehead guardó las hojas y habló por primera vez:

—Si en alguna ocasión nos tenemos que referir a esto, quiero

decir en nuestras comunicaciones con usted, emplearemos, para referirnos a estos individuos, la denominación de «Los caballeros de San Jorge». ¿De acuerdo?

Gonzalo lo miró con expresión sombría.

—Extraña manera de usar el término de caballeros y el nombre de San Jorge —dijo con amargura.

—Oh. —El alto funcionario sonrió por primera vez mientras metía dos dedos en el bolsillo del chaleco. Sacó de él una moneda de oro y se la enseñó a ambos—. No se refiere a lo que usted piensa, sino a esto. Es un soberano de oro. —Dio la vuelta a la moneda y le enseñó el reverso—: Este es el san Jorge que estos *caballeros* aprecian.

Cuando volvieron a estar en la calle, el día se había vuelto gris y no contribuía a mejorar su estado de ánimo. Caminaron en silencio el uno junto al otro, sin decir nada y sin rumbo.

En un momento dado, Clara se detuvo. Movió la cabeza de un lado a otro, se mordió el labio inferior.

—Sé que no tiene razón de ser, sé que no debería tomarlo de esta forma, pero…

El aviador volvió el rostro hacia ella.

—¿Qué?

—Me muero de vergüenza —dijo Clara en un hilo de voz.

—Su vergüenza no es nada comparada con la mía —respondió Gonzalo.

Ella movió la cabeza con rápidos gestos de negación.

—¿Cómo es posible que hayamos llegado a esto, Gonzalo? ¿Cómo sabía usted que ellos…?

—¿Iban a venderse? Porque muchos llevan toda la vida haciéndolo. Cuando eran oficiales de menor rango, se llevaban comisiones de los suministros que iban a parar al Ejército de África. Cuando se preparaban para sublevarse, lo hicieron a cambio de sabrosos depósitos en el extranjero por si la jugada les salía mal, y no los devolvieron cuando salió bien. No han vivido tan solo de su sueldo ni un mes de su vida. Lo que me da vergüenza es que, cuando por fin

he podido denunciarlos, he tenido que hacerlo ante una potencia extranjera, y no para que paguen por sus delitos, sino para que cobren más.

—¿Y por qué entonces se puso de su lado, Gonzalo? ¿Por qué?

Había angustia en sus palabras, en su casi grito. La piel de Gonzalo volvió a adquirir la tonalidad rojiza que había pintado su rostro dentro del edificio. Allí, al aire libre, era menos intensa, pero aún más visible.

Se llevó la mano al ala del sombrero.

—Buenos días, Clara —dijo.

Y se fue.

XXIII

Cuando se proclamó la República, Gonzalo no supo cómo reaccionar. Situado en un escalón inferior al que ocupaban, por ejemplo, Alfredo —que optó por exiliarse— y Emilio —que se exilió por lealtad al rey y regresó por lealtad a su país—, no se vio obligado a pronunciarse. Aceptó el nuevo régimen y se dispuso a servirle con tanta lealtad como había servido al anterior, aunque se hubiera opuesto, en su fuero interno, a la dictadura de Primo de Rivera.

Su actitud fue cambiando con el paso de los meses. En primer lugar, porque vio que su amada aviación mantenía y reforzaba con el nuevo régimen el impulso pionero que los había llevado, a él y a sus compañeros, a los grandes vuelos que habían hecho historia. El mismo año de la proclamación del régimen, sus compañeros hicieron el primer vuelo directo a Guinea, dos años después a Cuba, a Manila. Él voló en proyectos más modestos, pero seguía formando parte del cuadro de pilotos que acaparaba la atención pública.

En segundo lugar, porque Laura estaba radiante. Al principio pasó meses sin verla, porque su implicación en todos los cambios que estaba viviendo el país la absorbía. Conforme a la norma de su relación, se veían tan solo esporádicamente; a veces se llamaban por teléfono, Laura siempre le preguntaba en broma si por fin tenía alguien a quien traicionar con ella, él siempre contestaba que jamás habría otra mujer en su vida. No preguntaba, por su parte. Sabía que Laura no se ataría a nadie salvo que alguien rompiera de golpe todas sus barreras y, si eso ocurría alguna vez, era lo último que deseaba que le dijeran.

No hubo ni visitas ni llamadas hasta entrado el verano del 31, cuando volvieron a coincidir en la apertura de las nuevas Cortes, el 14 de julio. En los corrillos, antes y después de la ceremonia, compitieron en atenciones de la gente, se vieron desde lejos y participaron en un

juego de miradas lleno de mensajes.

Gonzalo atendía a mucha gente que se interesaba por sus proezas aéreas y por sus proyectos, pero Laura era el centro de todas las miradas. Para ella, para ellos, la llegada de la República había significado la liberación de una época terrible de hostilidades abiertas y encubiertas. Durante el último año de la dictadura, Laura había sido vetada en todos los periódicos, y había tenido que ganarse la vida escribiendo para medios de prensa del sur de América. Sus crónicas no habían perdido filo por esa razón: a pesar de la censura, lo que escribía llegaba de múltiples maneras hasta Madrid, corría por los círculos influyentes, levantaba ampollas en el Gobierno. Había sido víctima de amenazas explícitas y veladas, pequeños atentados —ventanas rotas, entradas en su casa disfrazadas de robos, registros policiales—, y si no había ocurrido algo más grave era porque su eco internacional se había tendido en torno a ella como una red protectora.

Todo eso había acabado el 14 de abril, y el mismo día 15 el director de su periódico de toda la vida la había llamado para decirle que la columna de *Carta blanca* estaba esperándola.

Se fueron acercando poco a poco, más por el propio juego que por disimular, hasta que la salida de los ministros hizo salir a Laura en tromba tras ellos, después de lanzarle una última mirada llena de disculpas. Su máxima prioridad era su labor de periodista.

La esperó con paciencia mientras se disolvían los últimos grupos. Finalmente, apoyado en la estatua de Cervantes que se alzaba enfrente del Parlamento, la vio venir caminando despacio, con una sonrisa irónica en los labios. Se detuvo delante de él, y cruzó las manos delante del vientre, sosteniendo un bolsito que se balanceaba ligeramente:

—Ya se han ido los ministros, los diputados y los generales —dijo en voz baja—. Creo que tengo un poco de tiempo para los comandantes antes de entrevistar a los sargentos.

Gonzalo rio entre dientes, avanzó hacia ella y la abrazó. Se abrazaron en medio de la calle, llevados por el clima que aquellos meses parecía que iba a permitirlo todo, aspiró el aroma conocido de

sus cabellos, le susurró al oído:

—Qué alegría volver a abrazarte. Me has hecho pasar mucho miedo.

—Eres un militar de pacotilla.

—Eso ya lo has sabido desde siempre… ¿Estás bien? ¿Han parado las amenazas?

—Han desaparecido por completo. Estos valientes pierden todo el valor en cuanto se sienten en minoría. Sin poder ni pistolas no son nadie.

—Ten cuidado. Solo han guardado las pistolas en los cajones.

—Ya veremos. De momento, debemos disfrutar de lo que nos rodea. Y lo que nos rodea es la libertad.

Fue por esa época cuando Emilio Herrera lo reclutó para que diera clases en la Escuela Superior Aerotécnica, de la que lo habían nombrado director un año antes. Al principio se había resistido:

—Yo soy un piloto, Emilio, no soy un científico como tú.

—Precisamente. Necesito alguien que vuele con los alumnos y les explique ahí arriba lo que les contamos aquí abajo. Y alguien para probar los experimentos. Y no conozco a nadie tan obediente para romperse la crisma si se lo pido como tú.

Había terminado por aceptar, y había pasado la mejor época de su carrera enseñando a discípulos y probando instrumentos. Haciendo pruebas de altitud para ver hasta dónde llegaban los motores antes de empezar a ratear, explicando a los alumnos las razones físicas que les permitían salir de un picado en el momento exacto.

Allí era donde había conocido a Virgilio Leret, que había ido a dar un seminario sobre aviación naval. Leret estaba obsesionado con la velocidad. Decía que la hélice tenía un límite físico que no se podía sobrepasar, y que si se quería volar más deprisa había que buscar otros sistemas.

—¿Qué otros sistemas?

Estaba trabajando en un motor nuevo. Un motor de compresión cuya expulsión de gases podía ser capaz de propulsar un avión.

El azar quiso que Laura y él se vieran esa misma noche. Durante la cena, le habló del joven piloto al que había conocido por la

mañana. Laura detuvo el tenedor en el aire.

—¿El marido de Carlota?

—¿Qué?

—Que soy muy amiga de su mujer, Carlota O'Neill. Es periodista y autora teatral.

—Nunca he oído hablar de ella.

—Tú no vas al teatro más que cuando yo te llevo. Habría sido un milagro que tuvieras noticias suyas.

Días después, organizó una cena «de parejas», como ella dijo, que causó a Gonzalo una tremenda incomodidad. No tanto porque diera estado formal a algo que no existía como porque era la primera vez que se mostraban así ante terceros. Laura resopló.

—Gonzalo, hace mucho que los dos hemos pasado la frontera de los cuarenta años… ¿Te sigue preocupando nuestra reputación?

Él no tuvo respuesta. No podía decirle que, en realidad, se sentía demasiado viejo para sostener un amor como aquel, un amor secreto de jóvenes en fuga de sí mismos.

Sorprendentemente la cena fue bien, y cimentó la amistad de Gonzalo con Leret. El piloto naval le invitó a visitarle para subir juntos a un hidroavión.

—Amerizar no tiene nada que ver con tomar tierra, mi comandante. Déjeme enseñárselo. Debe ser de las pocas experiencias que aún no ha tenido a bordo de un avión.

—En eso tiene toda la razón —intervino Laura—. Y no vamos a Melilla desde el Desastre.

—Diez años ya…

El tiempo pasaba.

Gonzalo tuvo que reconocer que el hidroavión colmó sus expectativas. Se elevaba del agua como si el mar quisiera retenerlo, dando todo su sentido a la palabra «despegar», y la sensación de volar prendido entre dos cielos, entre el azul de arriba y el de abajo, entre el blanco de las nubes y el blanco de las crestas de las olas, no era igual al que había sentido rumbo a Madeira, cuando el mar era un enemigo que se debía tener siempre a distancia. Cuando volvieron a descender, el golpe de los patines sobre las aguas también fue un temblor muy

distinto al de las ruedas sobre la pista. Tal vez más inquietante, tal vez más irreal.

—Hacía tiempo que no disfrutaba tanto.

—Me alegra mucho, mi comandante.

—Deja ya de llamarme «mi comandante», ¿eh? Somos compañeros, y me llamo Gonzalo.

Esa misma tarde fueron los cuatro al mar, a bañarse en las aguas conocidas desde la orilla desconocida, en una playa desierta en la que no tenían que temer las miradas de nadie y en la que tuvo más nostalgia que nunca de una Laura que hoy estaba al alcance de su mano, y mañana se le iba a volver a escapar.

—No me mires con esa cara de cadete, querido —susurró Laura mientras Virgilio se bañaba con su mujer—. Vas a escandalizar a estos dos jovencitos.

—No me importaría escandalizarlos si con eso lograra retenerte, ave migratoria.

Los ojos de Laura se inmovilizaron, fijos en él, y se llenaron un instante de brillos.

—A los dos nos gusta volar, querido —repuso—. Piensa que las aves migratorias siempre vuelven.

—Vivo siempre con esa esperanza.

Guardaron silencio cuando volvió la pareja más joven, compusieron sonrisas, volvieron a entregarse a las miradas, que tanta parte hacían entre ellos.

Por la noche, Virgilio le enseñó los planos. Falta mucho, dijo, pero la idea está bastante clara. El aire captado por las turbinas es expulsado violentamente por las toberas del motor, y eso impulsa al avión con una extraordinaria velocidad.

—Pero eso requeriría artefactos de enorme resistencia física. Nuestros aviones…

—El concepto es muy diferente. Siempre hemos pensado en aparatos ligeros, que las hélices pudieran levantar del suelo. Estos motores tienen tal potencia que pasaríamos al acero. Piense que uno solo de ellos sería más potente que un cuatrimotor de hélice.

—Imagino que has hecho los cálculos.

Leret asintió en silencio.

—Hay que seguir haciéndolos, pero sí.

Gonzalo fruncía el ceño. Le costaba trabajo asimilar la idea.

—¿Se podrá pilotar a esa velocidad?

Leret sonrió.

—Requerirá otra clase de pilotos.

—Me estoy haciendo viejo —zanjó, pensativo, Gonzalo.

Charlaron juntos hasta la madrugada, en una de esas fiestas de amistad en las que se niega el final de la noche. Hablaron de las obras de Carlota, y por una vez Gonzalo fue capaz de reírse de sí mismo y de su ignorancia, y de reconocer lo mucho que le faltaba por aprender. Llevo toda la vida intentando educarlo, les dijo Laura, y él fue el primero en reírse, y le alegró pensar que de verdad llevaban toda la vida juntos sin haber estado nunca del todo juntos. Volvió a olvidarse de que no estaban solos, y el cruce de miradas en la mesa se hizo intenso y simpático, porque al de ellos respondía el de sus anfitriones sonriéndose al verlos.

Se marcharon al día siguiente, en el ferri de Málaga, porque por una vez Gonzalo no quiso cruzar volando el estrecho. El avión era demasiado rápido, el *melillero* les concedería una noche más. Se despidieron en el muelle de atraque, el mismo en el que Gonzalo había embarcado hacía diez años para volver a España, el mismo en el que Laura había desembarcado para escribir la crónica del Desastre y empezar a sumar enemigos a su cuenta de ahorro.

Virgilio y Carlota se quedaron en tierra, saludando.

No volvieron a verse nunca más.

XXIV

Daniel vivía en una montaña rusa. En un primer momento, había celebrado la llegada de Negrín a Londres como si equivaliera a la instalación en la capital británica de otro de los muchos gobiernos aliados en el exilio, como si se sumara al Gobierno francés del general De Gaulle, al Gobierno polaco del general Sikorsky, al Gobierno checo del presidente Benes. Luego, los exiliados habían sabido que el Gobierno británico pretendía expulsar al primer ministro de la República. Habían intentado que los Estados Unidos se quedaran con él, y cuando estos lo habían rechazado habían pedido a Negrín que se fuera a América Latina o a Nueva Zelanda.

El primer ministro se había negado. Era muy consciente de que con su negativa ponía en un apuro al Gobierno inglés. Se ponían a prueba doscientos años de principios políticos. Gran Bretaña sabía que los republicanos estaban siendo perseguidos por todo el continente y entregados a España si se les atrapaba. Negarse a aplicar con él el derecho de asilo equivalía a una capitulación incondicional ante el enemigo.

Por otra parte, no podía exponerse a que un gobierno en el exilio ejerciera su representatividad mientras ellos trataban de evitar que Franco entrara en guerra junto a Hitler.

Días después, los exiliados se enteraron de que a su presidente le habían autorizado a quedarse en Londres siempre que se abstuviera de ejercer toda actividad política.

—Es una canallada.

Daniel hervía en público contra el Gobierno de Londres. Churchill había vuelto a su vieja política: perjudicar a la República, beneficiar al conservadurismo aunque su forma fuera la de una indecente dictadura.

En secreto, hervía contra Negrín. Le parecía indigno haber

aceptado someterse al silencio. ¿No habría sido mejor irse a México, Nueva Zelanda o Canadá antes que aceptar una sumisión servil?

Marina había movido la cabeza.

—Me da la sensación de pasarme la vida diciéndole lo mismo: no sea niño, Daniel. Hay límites que nadie puede traspasar cuando no tiene suficiente poder.

—Esta es una cuestión de dignidad, Marina.

—A mí me parece mucho más digno quedarse aquí, cuando se está esperando una invasión, que ponerse a salvo en las Antípodas. Y mucho más político. Negrín quiere estar en el único país que combate al nazismo, no en casa de uno de los neutrales.

—Canadá no es neutral, es dominio británico y está en guerra con Hitler.

—Y habrían dicho de él lo que dijeron en el 36 cuando el Gobierno se marchó a Valencia: que huye. Reconozca que sabe mucho más que usted.

Daniel se había ruborizado.

—Eso no es justo.

—Claro que no. Es un tirón de orejas. Los tirones de orejas no tienen por qué atenerse a la justicia.

Durante el mes de julio empezaron los combates aéreos en el Canal. En su despacho de la embajada, Gonzalo leía los informes que le llegaban en su calidad de agregado aéreo e intentaba analizar en términos militares lo que, de todos modos, no tenía precedentes: nunca antes se habían enfrentado en combate aéreo masas de aviones de semejante número.

No había vuelto a ver a Clara desde el funesto día en que se habían separado a la salida del Ministerio. No había habido entre ellos ninguna disputa, pero sentía oscuramente que su separación había sido violenta y el silencio de ella lo confirmaba. De buen grado la habría llamado para arreglarlo de haber sabido qué decir. Pero era consciente de que lo que callaba era la causa, y no se sentía en condiciones de reparar la causa.

De vez en cuando recibía mensajes de la floristería, y se desplazaba con cierta amargura hasta la tienda para aceptar ramos que luego tiraba a la basura y leer los mensajes camuflados por ellos. Le extraño que uno de esos días la florista le dijera que ya no iban a verse más:

—Me indican que ya no es necesario que venga.

No supo darle explicaciones, pero dos días después recibió una llamada telefónica, con una cita críptica, aunque mucho menos elaborada. Cuando acudió a donde le estaba esperando un coche, le sorprendió la relajación con la que el conductor se limitó a dar unas cuantas vueltas y comprobar por el retrovisor que no los seguían antes de enfilar hacia su destino.

Le esperaban Whitehead, Green y un par de oficiales de aviación. Gonzalo preguntó a qué se debía el repentino cambio de protocolo.

—Oh, parece que ya no es necesario. —Whitehead sonrió—. En la embajada han recibido una llamada de Madrid, de uno de los… Caballeros de San Jorge.

Gonzalo se ruborizó, como siempre que el tema salía a colación, sin que lograra acostumbrarse.

—No son gente muy honesta, pero no son idiotas —continuó Whitehead—. Parece ser que ha dado instrucciones de que no se le moleste. Ha dicho en Madrid algo así como que, haga usted lo que haga, lo hace obedeciendo instrucciones suyas. Está claro que no quiere que vayan a descubrirle y eso acabe teniendo repercusiones en su cuenta de ahorro —dijo con sorna.

Gonzalo volvió a sentirse al borde de la apoplejía.

—Hubiera preferido que no me lo dijera.

Whitehead se encogió de hombros.

—Usted preguntó.

Candice tenía que reconocer que se había enamorado de ese español bajito. Tenía que admitir que sufría los síntomas habituales: lo echaba de menos cuando no estaba con él, su humor mejoraba cuando esperaba verlo, se alegraba de forma desproporcionada al llegar al

lugar donde se habían citado y comprobar que él ya había llegado. Encontraba disculpas para todo lo que hacía mal y, sobre todo, se decía a sí misma que cambiaría.

No sentía temor. Vivían en una guerra, pero él, como apátrida, no era movilizable, de manera que no se lo llevarían al continente como se habían llevado a su padre cuando ella era niña y no le tocaría sufrir como su madre durante el tiempo eterno de una ausencia peligrosa. La inestabilidad reinante lo relativizaba todo, y no era necesario que cumpliera con los criterios sociales mínimos para ser bien recibido en su casa (cuando, algún día, decidiera llevarlo a su casa, a doscientos kilómetros de Londres), y entretanto los vecinos miraban amablemente para otro lado cuando él la acompañaba y no se quedaba en la puerta.

Pero no entendía sus criterios políticos. No entendía su manera de discutir, la forma en que insultaba de manera volcánica a algunos compañeros y los llamaba tibios, su afán por rechazar la ayuda de algunos ingleses de clase alta con el argumento de que solo trataban de calmar su conciencia por lo que habían hecho poco tiempo atrás.

Ni tampoco entendía su creciente inquietud, que se había agudizado desde la llegada de Negrín a Londres. Repetía a menudo que no podía seguir haciendo comentarios en la misma radio que el coronel Casado, que no servía de nada emitir crónicas amortiguadas por el deseo de no molestar a nadie. Que, si hubiera querido ser diplomático, habría hecho la carrera diplomática.

Lo que era peor, estaba inquieto e irritable. Nunca se había quejado de su vivienda en Star Street, que seguía pagando esa amiga suya a la que nunca habían vuelto a ver, y ahora no hacía otra cosa que decir que se ahogaba entre esas paredes ocultas a la luz. Que no podía escribir si no veía el cielo.

Habló con Marina para pedirle que averiguara qué le estaba ocurriendo. La profesora de piano se quedó pensativa y le respondió con una sola frase lapidaria:

—Lo mata la impotencia.

A todos nos mata la impotencia, respondió Candice, pero Marina negó con la cabeza y le explicó que la impotencia es mucho más dura

para los escritores y los derrotados, y Daniel reunía las dos cosas.

¿Qué puedo hacer entonces?, le preguntó, y la mujer madura apartó la vista, miró por la ventana y dijo, seria, melancólica:

—Esperar que pase algo.

Sin embargo, cuando uno está esperando que pase algo también puede ocurrir que no suceda nada o que lo que suceda no sea lo deseado, de manera que Candice entró en fase de angustia. Los exiliados se quejaban de que sin duda su causa nunca había sido muy popular, pero desde que la guerra había desatado toda su violencia se había convertido en irrelevante. A eso se unía la conciencia de tener familiares, amigos y conocidos intentando escapar una vez más, en esta ocasión de la Francia ocupada. Les llegaban historias terribles, algunos cargos de la República habían sido detenidos y enviados a España para ser fusilados.

Apenas veían a Miguel. Desde que habían recurrido a él para que ejerciera su antiguo oficio, trabajaba día y noche, dormía el resto del tiempo y su continua actividad evidenciaba aún más la forzada inacción de los otros. Miguel es útil, repetía Daniel. Tú también lo eres, respondía Candice, y él guardaba el silencio avergonzado de quien ha perdido la fe en las palabras.

Las ruedas giraban, probablemente hacia un acantilado.

XXV

El 7 de septiembre, tras varias semanas de ensimismamiento, Gonzalo decidió dar el primer paso para reanudar su amistad con Clara. Sabía que era un paso imposible de dar sin asumir la necesidad de las explicaciones. Las que llevaba encerradas en el alma. Las que había pensado que nunca iba a tener que dar.

Se arregló cuidadosamente, se puso el mejor traje de civil que tenía en el armario y se encaminó a Mapple's. Ya desde la puerta de cristal de la tienda, incluso antes de que sonara la campanilla, vio el rostro confuso de la dependienta, que no tenía por qué esperar su visita. La vio asegurarse de que no había nadie más en la tienda antes de saludarle:

—Buenos días, general. Qué inesperada visita.

Gonzalo asintió distraído mientras miraba las flores expuestas. No se fijó en que la florista fruncía el ceño.

—¿Podría prepararme un ramo de estas? —preguntó.

Manifiestamente turbada, la florista procedió a preparar el ramo. Flores rojas, no rosas, pero sí de un color intenso y atractivo. Gonzalo no sabía cuál era su nombre.

—¿Me da el texto?

Gonzalo volvió de muy lejos para ver la mano, tendida con disimulo, de la dependienta.

—¿Qué texto?

La mujer lo miró, esta vez con manifiesta perplejidad.

—El del mensaje, por supuesto —aclaró en voz baja—. Supongo que quiere que transmita un mensaje.

Gonzalo abrió los ojos de par en par.

—No —dijo—. ¿Qué le debo?

Salió a la calle ufano, con su ramo de flores, como si hubiera conseguido un triunfo de difícil acceso.

Miró al cielo, siempre encapotado, en el que resonaba cada cierto tiempo una especie de trueno lejano, de perenne amenaza de tormenta. Desde finales de agosto, la Luftwaffe bombardeaba los aeródromos próximos a la ciudad, y los estampidos de las bombas destinadas a las pistas de despegue y a los hangares, a las torres de control y a los nidos de ametralladoras que las protegían, se habían convertido en una especie de música de fondo que los londinenses oían con inquietud y a la vez con marcada indiferencia. El día 24, un pequeño escuadrón alemán se había desviado de su ruta para dejar caer las primeras bombas sobre la ciudad. No habían causado grandes daños, pero habían sido una turbia advertencia, el ruido que precede la llegada de la plaga de langosta.

Entretanto, una paz irreal y una actividad falsa seguían enseñoreadas por las calles de Londres. La gente iba y venía, y en medio de la multitud, como un pretendiente decimonónico, Gonzalo caminaba mirando el cielo con un ramo de flores en la mano.

Cuando llegó a casa de Clara, pensó en todo lo que había vivido durante los últimos nueve meses y estuvo a punto de darse la vuelta. No supo cómo había alargado la mano hasta el timbre encastrado en la moldura de la puerta negra.

Víctor abrió, con el gesto de mayordomo disfrazado de mayordomo que siempre lo acompañaba.

—Buenas tardes, señor. Pase, por favor.

Gonzalo negó con la cabeza.

—Primero dele esto a la señora. —Le tendió el ramo—. Si ella no quiere verme, prefiero no pasar.

Víctor asintió sin decir palabra, tomó el ramo con tanto cuidado como si fuera a desmoronarse y se marchó con él.

Diez segundos después, Clara salía a buscarlo al recibidor. Llevaba un amplio vestido de flores de falda ancha, de esos que hacían pensar a Gonzalo que ella siempre parecía a punto de salir a la calle. De hecho, incluso llevaba zapatos de tacón.

—Creo que vengo en mal momento —comprendió—. Se disponía usted a salir.

—Hacia ninguna parte —respondió Clara. Estaba seria, pero

afable—. ¿Puede decirme qué hace en la puerta?

—Estoy esperando a saber si soy bienvenido.

Clara hizo un gesto de cansancio, subiendo y bajando los hombros de golpe.

—No diga tonterías. Pase, por favor.

La siguió hasta el salón, admirando su paso y su calma.

—Se ha cambiado el peinado.

—Me canso de verme siempre igual. —Le señaló con la mano un asiento—. ¿Qué ha estado haciendo desde la última vez que nos vimos?

—Pensar cómo arreglar la descortesía de dejarla plantada en mitad de la calle.

—No fue agradable.

—No. Y lo siento. ¿Cree que podría perdonarme?

Clara entrelazó las manos sobre los muslos. Parecía muy cansada.

—Puedo perdonarle que me dejara de ese modo. Porque, entre otras cosas, no tenía derecho a arrinconarle y lo arrinconé. Pero no le perdono… —Se interrumpió—. No, es que esto no tiene nada que ver con perdonar, yo no tengo que perdonarle nada.

Él se inclinó hacia delante.

—Por favor, hable.

—Estoy dolida, Gonzalo.

—Dígame por qué.

—Porque creía que habíamos forjado una buena amistad. Y la amistad implica confianza.

—Y usted cree que no la estoy teniendo.

—¿A usted qué le parece?

Gonzalo guardó silencio. Durante unos instantes miró al suelo, como si siguiera las líneas de la alfombra en la que los zapatos descansaban como sobre una nube. Respiró hondo.

—Me pide usted que abra la puerta del Infierno.

—Yo no le pido nada. Usted tiene que hacer lo que crea más oportuno.

—Pero se reserva juzgar si es suficiente.

—Es mi derecho.

Gonzalo abrió la boca, y justo entonces, como si saliera de su garganta, un sonido estridente invadió el espacio a su alrededor, repitiéndose a sí mismo como las ondas de una piedra en el agua. Clara levantó la vista y miró hacia la ventana.

—Un ataque aéreo —dijo sin alterarse.

Gonzalo no contestó. Víctor había aparecido en la puerta. Llevaba los abrigos en la mano.

—Señora…

—Sí, Víctor, gracias. Vaya usted a abrigarse, y que Lucía se abrigue. Tenemos que irnos. ¿Me acompaña al refugio, Gonzalo?

—Por supuesto.

Se levantaron sin apresurarse, pero salieron a la calle a paso vivo.

Fuera, era difícil contener los nervios. El estruendo de las sirenas, sin la protección de ventanas y muros, era ensordecedor. Por encima de él, a lo lejos se oían ya los estampidos de las primeras defensas antiaéreas.

La gente corría. Los mayores habían vivido ya cosas parecidas hacía veinte años, pero para la mayoría de la población se trataba de una experiencia nueva. Miraban a Gonzalo y Clara, que caminaban deprisa pero no corrían, con una expresión casi de reproche en la cara.

No hablaban. De todos modos, no se habrían oído, pero además Gonzalo miraba todo el tiempo al cielo, casi con curiosidad profesional, esperando ver los primeros indicios que le permitieran valorar la extensión de la amenaza.

Ya estaban llegando a la boca del metro más cercano cuando se oyó un sordo rumor. Gonzalo se detuvo y entrecerró los ojos.

Clara lo agarró por el brazo.

—Vamos, Gonzalo. Esto no es una exhibición aérea.

El retumbar en el cielo aumentó, como el zumbido de millones de abejas, y Gonzalo advirtió la presencia en el cielo de docenas de aviones. Cazas. Los bombarderos vendrían detrás.

—¡Gonzalo!

—Vaya bajando, quiero hacerme una idea de esto.

Contó escuadrillas. Se detuvo al llegar a una cifra significativa. Movió la cabeza con incredulidad.

—Vamos abajo —dijo—. No sé lo que habrá arriba cuando salgamos.

Los pasillos estaban atestados de gente que llevaba pintado el terror en el rostro, pero mantenía una tensa calma. Llevaban esperando ese momento desde hacía mucho, y ahora que había llegado se envolvía en esa irrealidad que siempre envuelve lo inevitable.

Había colchonetas por el suelo, preparadas por una mano previsora. Se sentaron en una de ellas. Los voluntarios de la defensa civil recorrían los andenes, con sus trajes de calle tocados apenas con el casco Brodie del ejército británico y el brazalete amarillo con la corona que los identificaba. Clara recordó los primeros días de la Guerra Civil, cuando los soldados también llevaban americana y zapatos de paseo, y un gorro cuartelero en la cabeza.

—Otra vez —dijo con desaliento—. Y tan pronto.

—Siempre se vio venir.

Un violento temblor sacudió las paredes mientras de las gargantas de todo el mundo salía un grito ahogado. Las luces del techo parpadearon.

—¿Eran muchos?

Gonzalo asintió con lentitud.

—Cientos.

Un minuto después, las explosiones se acumularon, sin regularidad y por la misma razón sin descanso. Del techo del túnel empezaron a brotar nubecillas de polvo mientras todo temblaba con las detonaciones. En el tren detenido en la vía, un maquinista fumaba en una pipa desgastada, clavando los dientes en la boquilla.

—¿Cree que el túnel aguantará?

Gonzalo se encogió de hombros.

—No lo sé. La potencia de las bombas actuales es mucho mayor que la que nosotros utilizábamos. Y hay muchos más aviones.

—Esto es una locura.

—¿Y qué no?

Clara se volvió a medias hacia él. Estaban muy cerca, entre la

multitud apretujada.

—¿Por qué les ayudó?

Él se dio la vuelta.

—No lo sé —contestó—. Porque no me quedó otro remedio. Porque no fui capaz de que se me ocurriera nada mejor. Porque no fui —bajó la vista— lo bastante fuerte para dejar de hacerlo.

—Tiene que haber tenido una razón.

—Sí. La tuve.

Un furioso estampido les hizo encogerse, como un trueno que hubiera sonado justo dentro del túnel, en la parte oscura, hacia la siguiente estación. Como cuando un rayo cae justo al lado.

—No quiero pensar en lo que estará pasando arriba.

—¿Qué razón?

Se volvió una vez más a mirarla. Sus ojos oscuros estaban muy próximos, como en la noche de Año Nuevo, cuando ella se concentraba en anudarle la corbata. Recordó que entonces había sentido vergüenza y placer bajo aquella mirada, y volvió a tener la misma impresión. Pero esta vez sus ojos no iban a apartarse de él hasta que le diera una respuesta. Estoy dolida, había dicho. Y él se preguntó por qué decepcionaba a todo el mundo. Y deseó estar en el cielo, solo con el silencio de las nubes.

—¡Mantengan la calma!

El anciano caballero de traje a rayas y brazalete amarillo tenía una voz cargada de autoridad. Se preguntó si habría sido oficial en su juventud o ejercía un oficio cualquiera, pero ahora era consciente de su responsabilidad. A veces es difícil tener conciencia de la responsabilidad.

Gonzalo cerró los ojos.

XXVI

—El número al que llama no responde, señor.

Otra vez. Había llamado ya a todos los teléfonos imaginables, y no respondía a ninguno.

No sabía de qué se extrañaba. Nunca estaba en un sitio localizable. Menos aún hoy.

—Insista, por favor.

—Sí, señor.

Apenas le había llegado el suspiro inaudible de la operadora. La imaginó pinchando la clavija del número, pagándolo con el cable, mientras el país entero se empeñaba en atar conexiones rotas.

Los rumores habían empezado al atardecer del día anterior. Decían que el Ejército de África se había sublevado contra la República. Gonzalo había interrumpido el curso de pilotos que estaba impartiendo en La Coruña para llamar a Virgilio a Melilla. Nadie había contestado en la base de hidroaviones que mandaba. Tampoco Carlota estaba en casa.

Gonzalo se había presentado en la División, donde el general al mando le había tranquilizado:

—Por el momento aquí no pasa nada, coronel. Estamos en contacto con Madrid. Esté localizado y disponible.

—A sus órdenes, mi general.

—Y no diga a nadie una palabra. Los rumores pueden ser muy dañinos.

Solo entonces había llamado a Laura. Nada. No estaba en su casa. Tampoco en el periódico.

—La hemos mandado a Cádiz, coronel. Había una botadura de no sé qué barco y ella quería hacer un reportaje.

Se oían tiros de fondo.

—¿Me puede dar el número del hotel?

Tampoco en Cádiz cogían el teléfono. No había tiempo para teléfonos, porque la vida se había interrumpido para dar paso a la irrealidad y después a la muerte.

Le habría gustado hablar con Emilio, pero estaba en Santander, impartiendo un curso como él, no había manera de entablar contacto.

—¿Oiga? ¿Oiga?

Un hotel es como un recipiente acostumbrado a todos los líquidos. El día anterior aún era un refugio aséptico pero acogedor, hoy se había convertido en una cárcel.

—Si preguntan por mí, páseme la llamada en el acto.

—Sí, señor.

Tranquilizadora la voz nerviosa del recepcionista, el único teléfono cuya línea todavía suena clara en la maraña. Hay esperanza, todavía coge alguien el auricular. Pero no es más que en el piso de abajo.

La mente vaga, absurda. Está en una cabina de hidroavión cuyo parabrisas devora el mar, en una playa desde la que un rostro de mujer saluda. Está en una nube donde el aparato se adentra y se pierde.

Se quitó los zapatos de tacón, pensando que tal vez fuera preciso salir corriendo y le estorbaran, pero no tardó en darse cuenta de que en unos pies que no tienen costumbre de correr descalzos se clavan todas las aristas del suelo.

—Suena cerca.

Se los volvió a poner, miró en la dirección en que indicaba el sindicalista. La voz aparentaba tranquilidad, pero subyacía la incertidumbre.

—Vámonos a la sede. Allí hay armas.

En otras circunstancias habría preguntado por qué tenían armas en la sede, pero en ese momento la noticia no suscitaba su curiosidad, tan solo resultaba esperanzadora.

—¿Por dónde se va?

—Usted venga conmigo.

El hombre dobló hacia una callejuela lateral, volviéndose a intervalos para cerciorarse de que ella le seguía, ridícula con un

vestido de raso sin mangas y aquellos zapatos de celebración. Había salido del hotel para botar un barco y se encontraba en mitad de una insurrección.

Había comprendido muy deprisa que esa tarde no iba a haber margen para su trabajo de periodista. Normalmente habría vuelto corriendo a cambiarse de ropa, para ganar libertad de movimientos y correr a primera línea de fuego. Pero allí no había línea de fuego, sino gente que huía en busca de lugares donde atrincherarse, y el camino de vuelta al hotel ya estaba cortado. Sostenía entre los dedos un bolsito con pocas pertenencias, y no quería reconocer que tenía miedo.

Al cruzar una calle más ancha, vieron a los soldados. Se apresuraron a dejarlos atrás, pero también los habían visto a ellos.

—¡Alto! —rugió una voz.

El hombre que la precedía echó a correr. Ella también lo hizo pese al impedimento de los tacones, mucho más despacio. Por eso iba algo rezagada cuando les cortaron el paso en el siguiente cruce de calles.

El sindicalista paró en seco y levantó las manos, y apenas le dio tiempo a ver al oficial que mandaba a la tropa, que alzó el brazo, al extremo del cual brillaba una pistola —la mano enguantada en negro, el brazo nervudo, la camisa remangada casi hasta el codo—, y lo mató de un tiro en la cabeza. El hombre se desplomó de golpe, como si hubieran cortado los hilos que lo mantenían suspendido.

Laura gritó, y todas las miradas se volvieron hacia ella como si una mano invisible les hubiera girado la cabeza. Ella vio en sus ojos la confusión, aquella señorita bien, vestida de fiesta, que no podía tener nada que ver con el hombre muerto. Pero la habían visto cruzar la calle con él mientras los perseguían, y el oficial la apuntó con el arma:

—Tú no te muevas —soltó—. No sé qué hacías corriendo detrás de este cabrón, pero lo vamos a averiguar.

Se despertó sobresaltado, y solo entonces se dio cuenta de que se había quedado dormido. Estaba en la División desde la noche anterior,

esperando a que ocurrieran acontecimientos.

Para entonces ya había noticias de que la sublevación se había extendido a todo el país, pero allí seguía sin ocurrir nada. Una brisa suave mantenía la frescura del ambiente.

Gonzalo miró el reloj: eran las seis de la mañana. En el alojamiento que le habían asignado, se vistió para ir en busca de noticias y volver a llamar por teléfono. Estaba a punto de salir al pasillo cuando oyó gritos. Todavía abrochándose la guerrera, se apresuró a dejar la habitación.

Casi se topó con un nutrido grupo de oficiales, que detuvo su paso al verlo.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

Los oficiales titubearon. Por fin, uno de ellos se adelantó:

—Eso depende.

—¿Cómo que depende? —preguntó Gonzalo—. ¿Qué forma es esa de responder?

—Depende de a las órdenes de quién esté —respondió el oficial. Su tono era gélido.

De repente, Gonzalo comprendió. Alzó la vista hacia las escaleras por las que habían bajado los oficiales, las que llevaban al despacho del general de la división, y lo vio bajar por ellas flanqueado por hombres armados. Pudo leer en su rostro lo que había ocurrido y en su silencio el resultado. Se dirigió a él:

—No sé adónde lo llevan, mi general, pero será un honor acompañarlo.

Los oficiales se volvieron a mirarlo con el odio en los ojos. El que parecía encabezarlos se volvió a los demás.

—Un voluntario para el paredón. Así da gusto.

Rieron. El cabecilla hizo una seña a dos de sus compañeros, que se separaron del grupo y cogieron a Gonzalo por los brazos. No intentó desasirse.

—Hay que ser por lo menos general para ir donde van los generales —espetó el otro—. A ti te llevaremos a otra parte.

Prescindió de contestarle. Intercambió una última mirada con el jefe apresado. En cuántos sitios estaría en ese instante sucediendo lo

mismo, pensó.

Cuando una persona es muy conocida, no resulta difícil identificarla. Llevaron a Laura a un edificio público, que no fue capaz de reconocer, vaciaron el bolsito en una mesa, pidieron ayuda a sus mentores, a los que habían apoyado su rebelión —muchos de ellos leían la prensa—, y sonrieron al saber a quién había puesto el destino en sus manos.

La primera bofetada, muy cerca del oído, le provocó un pitido ensordecedor, y desde ese momento, como si hubieran querido tener un acto de piedad para con su dueña, los oídos de Laura se cerraron. No escuchó o no fue capaz de percibir los insultos, las amenazas; no escuchó las órdenes que acompañaron los empujones mientras la trasladaban a sabe Dios dónde, ni oyó días después que la reservarían para celebrar algún día especial, ni pudo discernir entre todos los gritos ninguno con sentido, que pareciera haber sido emitido por voces humanas. Se enclaustró en su cerebro y no salió de él.

Sus ojos no fueron tan misericordiosos. Vio las caras de pánico y desesperación de las personas que iban a compartir su destino, hombres, mujeres y niños, mayoritariamente pobres, que se fijaron en ella cuando entró y que la miraban cuando entraban ellos, al verla con su vestido de raso rasgado en el hombro, con las costuras rotas y con su único zapato en la mano. Vio sus rostros morenos curtidos por el sol y llegó a pensar que la mayoría no eran como ella, antes de caer en que todos lo eran, porque todos eran víctimas.

Llevaron a Gonzalo a la prisión provincial, atiborrada de gente, donde los presos comunes miraban con curiosidad su uniforme gris, los trajes de calle de otros detenidos, tan intrigados por su presencia como dueños de un filosófico sarcasmo. El número de los parias, de los venidos a menos, se había incrementado de repente y en enorme medida.

Lo mismo que mientras aún estaba fuera, a Gonzalo tan solo le devoraba el deseo ardiente de tener noticias. No tardó en descubrir que los comunes tenían eficaces sistemas de comunicación con el exterior, que al parecer llevaban funcionando desde siempre, y que

pusieron a disposición de los recién llegados un poco por orgullo profesional y otro poco por las pocas baratijas que los ingresados habían conseguido guardar en los bolsillos, con el apresuramiento y los empellones del ingreso; así supo que la insurrección había fracasado, que la situación era muy incierta, así supo también y muy pronto que el miedo de los sublevados no iba a plasmarse en prudencia sino en odio, y que no se llevaban para interrogarlas a las personas que de vez en cuando sacaban de allí.

Lo dejaron en paz. Era previsible, porque no era parte de la vida de esa ciudad pequeña y su rostro y su nombre no les decía nada. El odio es patrimonio de los conocidos.

Así que hizo amistad con los presos comunes. Por ellos se enteró, una semana más tarde, de que Alfredo había sido nombrado jefe de la aviación sublevada.

—Oye, ¿qué hacéis cuando queréis sacar de aquí un mensaje?

Lo ayudaron. Les había caído bien, tal vez porque había sido el primero de los nuevos que había tenido trato con ellos, el primero que había perdido la repelencia instintiva hacia los que habitaban esas celdas por haber cometido algún delito.

Días después, vinieron a buscarlo. Los habitantes de la repleta galería lo miraron con la impotente compasión con la que habían mirado a todos los que habían salido antes que él, pensando que ya no volverían a verlo. Tan solo la mirada perspicaz de alguno de los presentes advirtió que los guardias lo trataban con una deferencia inhabitual.

El director de la prisión lo esperaba en su despacho, nervioso. No le gustaban las bruscas rupturas de la rutina.

—¿Gonzalo Rojas? —Ante su asentimiento, cogió por la horquilla el gran teléfono negro que presidía su mesa y lo desplazó al otro extremo del tablero, hasta donde permitía el grueso cordón forrado de nailon—. Van a pasarle una llamada —anunció.

Gonzalo miró el artefacto, charolado como un tricornio de la guardia civil, como unos zapatos de claqué, como los ojos de un oso de peluche. Lo miró con la misma impaciencia con la que miraba las puntas de la hélice desde la carlinga cuando no respondían al motor

de arranque. Lo miró para no ver al funcionario que lo miraba a él con el ceño fruncido, con el disgusto de la excepción.

Estaba a punto de dirigirse a él para romper el hielo, de decir cualquier banalidad, cuando en las tripas del mamotreto negro resonó la campana de un timbre estridente, un timbre que hizo temblar la carcasa como si tuviera la misma desesperación por salir de ella que los presos de sus celdas.

El funcionario le hizo una seña para que él mismo lo descolgara.

—¿Diga?

—¿Eres tú, Gonzalo?

Casi le emocionó la voz conocida. La voz que había oído justo por esa vía tantas y tantas veces, cuando daba novedades, cuando rendía informe de los vuelos.

—Sí. —Evitó llamarlo por su nombre, le daba pudor hacerlo delante de terceros.

—Dime qué es lo que quieres. No tengo mucho tiempo.

—Pedirte un favor.

Hubo un silencio largo antes de la respuesta:

—No te voy a poder sacar de ahí. Las cosas están muy delicadas.

—No quiero que me saques, estoy aquí por mi voluntad. Necesito que averigües el paradero de una persona.

—Ya me imagino quién. —Volvió a oírse el silencio—. Tardaré un poco. Ya te digo que esto es complicado.

—No tengo prisa por mí, pero sí por ella. Tus amigos tienen la mano muy suelta.

—¿Hace falta que te diga que no estás en condiciones de usar ese lenguaje?

—Perdona.

—Te llamaré.

Colgó bruscamente, y el director se apresuró con igual brusquedad a recuperar su teléfono prestado y devolverlo a su sitio, a recuperar su autoridad perdida y mandar que se llevaran a ese hombre de su despacho.

Gonzalo recorrió las galerías de vuelta a la suya, pensativo, calentadas las entrañas por ese fuego fatuo llamado esperanza.

Le habría gustado hablar con sus camaradas, de cualquier cosa, cuando los vigilantes lo abandonaran. Pero al entrar a la galería vio que algo había cambiado durante su ausencia. Algo que su regreso confirmaba.

Vio en los ojos de todos la llama eterna, similar a las tumbas de cien soldados desconocidos, de la desconfianza.

XXVII

Un estampido mucho más fuerte que los anteriores estremeció las paredes y el suelo en el que se sentaban y desprendió trocitos de revoco del techo del túnel, que causaron el pánico en los andenes. Hubo gritos, carreras, voces que trataban de imponerse al miedo:

—¡Mantengan la calma! ¡Mantengan la calma!

Gonzalo levantó los ojos al techo. La bóveda estaba descascarillada, pero resistía. No había grietas ni desprendimientos.

—Al final parece que las bombas no han progresado tanto desde el año pasado —comentó en voz baja.

—¿Cree que las barreras antiaéreas estarán teniendo efecto?

—Está claro que no.

Clara lo miró a los ojos.

—Tengo miedo —dijo.

El piloto sonrió con tristeza.

—Cuando llega la hora de la verdad, todos tenemos miedo —sentenció.

Apoyó la cabeza en la pared. Parecía agotado. Clara seguía mirándolo. Le apoyó una mano en el antebrazo. Lo apretó débilmente.

—Siga hablando —suplicó.

Daniel se había quedado en su propia casa, en Star Street. Como había hecho a veces en Madrid, había buscado la manera de subir a la azotea de una de las casas vecinas, y contemplaba el bombardeo como si fuera un espectáculo espantoso, como Dante descendiendo al Infierno.

Como todo adorador de la belleza, Daniel no desdeñaba la belleza trágica, la paradójica: todos esos pájaros de hierro llenando el cielo, ennegrecido por las explosiones; las flores rojas, amarillas y blancas que se abrían en el suelo cuando el rosario de piedrecitas que caía de ellos golpeaba los ladrillos inocentes de las azoteas o la piel de

caimán de las calles.

La representación dantesca la completaban las líneas luminosas de las balas de las baterías antiaéreas, perdiéndose en el cielo como fuegos artificiales, y de vez en cuando el sobresalto de las que alcanzaban su objetivo y hacían estallar en pleno vuelo uno de los pájaros mecánicos. Muerte en el firmamento, muerte desparramándose sobre los vivos, muerte entrando en las casas, otra vez.

Como en Madrid, Daniel miraba el espectáculo entornando los ojos, con las manos clavadas en los bolsillos, esforzándose por mantener los labios entreabiertos para proteger los tímpanos, aunque el miedo le pidiera apretar los dientes.

Le parecía un deber mirar a la cara la agresión, no olvidar la maldad para poder contarla. Contemplaba los pájaros negros sin desafío, incapaz de pensar que sobre la maraña de los tejados fueran a fijarse en él, incapaz de creer que su presencia solitaria y retadora pudiera provocar más aún el mal, el deseo infantil de abatir una silueta erguida frente a la tormenta.

Mientras los ojos se le llenaban de lágrimas, el poeta miraba aquella obra de destrucción, aquel Madrid centuplicado cuyos tejados se venían abajo bajo el peso inmundo de la guerra, y recordaba escenas que le habían causado tanto o más dolor que el de los heridos gritando en las calles: la pared alicatada de esa cocina que ya no existía, en un tercer piso, y en la que todavía colgaba de un clavo una ahora inaccesible espumadera que ayer tal vez aún había escurrido el aceite de un huevo frito; la muñeca enganchada del pasamanos retorcido de una escalera desaparecida, como si se agarrara para no caer; la pila de ejemplares de *Blanco y negro* que el viento deshojaba entre los escombros.

Una bomba vino a explotar cerca; tanto, que la azotea tembló bajo sus pies; tanto, que llegó a perder el equilibrio. Cayó sentado, como un bebé que acaba de aprender a andar, al que derrumba un soplo de viento.

Escondió la cara entre las manos.

Miguel estaba entrando en los suburbios cuando vio desde lejos las explosiones. Paró el tren, y tocó frenéticamente el silbato de la máquina para que los pasajeros abandonaran los vagones. Le sorprendió el orden con el que ejecutaron la medida. Los vio saltar a los terraplenes, ayudándose unos a otros, y desparramarse por la llanura como indicaban las normas de evacuación.

También él saltó después de poner en orden frenos y reguladores. Se detuvo al pie del vehículo a liar un cigarrillo.

No tenía mucha fe en la eficacia de las medidas. Sin duda de ese modo ofrecerían un blanco más difícil, pero si un caza de la Luftwaffe se acercaba, atraído por la larga serpiente del tren, y veía aquel campo verde salpicado de gente, no le iba a resultar fácil resistirse a la tentación de pasar por él la ametralladora como se pasa un cortacésped. Lo había visto ya demasiadas veces como para no saber cómo se hacía.

Se le acercaron los revisores. Dos ingleses maduros con los que no tenía mucho trato —en el tren, cada uno iba a lo suyo—, pero con los que había acabado haciendo buenas migas a causa de la repetición de aquellos episodios perturbadores. No siempre era una amenaza aérea: a veces, la maquinaria sobreexplotada y falta de mantenimiento sufría una avería, y tocaba esperar durante horas el rescate del pasaje por otros medios.

Le dio tiempo a liar otros dos pitillos y los ofreció a los compañeros, que los aceptaron agradecidos. Fumar era una forma de estar ocupado, y ayudaba a aliviar la tensión.

Hablaron poco. No tanto por el pobre inglés de Miguel como porque los tres eran parcos en palabras.

El motor de un avión les hizo levantar la cabeza a todos, mientras desde los campos se elevaba un rumor de personas inquietas. El que más y el que menos se preparó para salir corriendo, aunque no se supiera muy bien en qué dirección ir, qué lugar de aquel campo despejado ofrecería abrigo.

Pero era un avión de la RAF, un Hurricane inglés al que no tardaron en seguir otros. Los cazas acudían en defensa de Londres, y un grito de alborozo se levantó del suelo. La gente se puso en pie,

muchos empezaron a agitar los brazos.

Miguel bajó la vista. Había visto otras veces, en el pasado, los aparatos propios que llegaban volando en su auxilio. Había experimentado la misma alegría que ahora experimentaban esos ingleses. Y aun así había perdido.

—Alfredo me llamó días después, para decirme que Laura estaba presa en un castillo en Cádiz. No supo decirme si estaba bien, pero no dejó que me hiciera ilusiones: la van a fusilar. Probablemente el 10 de agosto, para celebrar la intentona de Sanjurjo en el 32.

»Creí que se me venía el mundo encima. Faltaban días para el 10 de agosto. También sabía que Alfredo me había hecho un favor, pero no iba a interceder por ella ni a mantener indefinidamente la comunicación con un adversario preso. Todo era demasiado inseguro. Así que me la jugué. Miré al director de la prisión y le dije, en tono de mando:

»—Haga el favor de salir un momento. Lo que tengo que decir es solo para el general.

»Aquel hombre me miró con el gesto de estupor más grande que he visto en mi vida, pero temió desobedecer. Todo el mundo se somete al miedo. Cuando estuve solo en su despacho, dije:

»—Me cambio por ella. Si la dejáis en libertad, me uniré a vosotros, con todo el ruido público que queráis. Mi nombre todavía significa algo.

»Alfredo no contestó enseguida, y eso significaba que lo estaba pensando. En aquellos momentos indecisos —ahora cuesta acordarse, pero durante esos primeros quince días nada estaba decidido—, todos los apoyos eran pocos. Era verdad que yo conservaba cierto renombre público. Dos minutos más tarde, me llegó la respuesta:

»—Dile al director que se ponga.

»Me dirigí a la puerta del despacho, la abrí con decisión y miré la escena que se desarrollaba fuera: en el pasillo, los guardias que me habían conducido hasta allí miraban a su jefe, rojo y sin entender qué estaba haciendo fuera mientras yo estaba dentro. Aún entendieron

menos cuando le dije, en el mismo tono que había empleado antes:

»—El general quiere hablar con usted.

»Me quedé en el pasillo mientras el funcionario volvía a su mesa durante un tiempo interminable. Luego volvió a salir, y me dijo con suma cortesía:

»—Haga usted el favor de pasar.

»No tuve que esperar que me dijera nada. Comprendí que había ganado.

Sentada en el suelo, en la misma posición de antes, Clara lo está mirando con las manos delante de la cara, cubriendo desde abajo la mandíbula, la nariz y la boca como si imitara una máscara antigás. Solo sus ojos lo taladran intensos, último rastro de expresión del rostro. Gonzalo continúa:

—Puede que el resto sea lo que ha llegado a sus oídos. Comparecí en la radio para manifestar mi total adhesión al glorioso alzamiento, me llevaron de un lado para otro como a un mono de feria. Hice declaraciones acerca de lo equivocado que había estado en el pasado, en fin, lo que ya sabe.

»Por supuesto, no se fiaban de mí, así que ocupé puestos administrativos, pasé toda la guerra en la retaguardia. En agosto del 38 me ascendieron a general, el mismo día en que la República ascendía a ese rango a mi compañero Emilio Herrera. Es obvio que trataban de responder. Es obvio que no lo consiguieron.

Miró el techo con una sonrisa triste. Durante un largo rato, en el que no se oyeron más que los truenos cada vez más lejanos de las explosiones, Clara guardó silencio.

—¿Por qué…? —preguntó al fin—. ¿Por qué ese ascenso? ¿Por qué seguir el juego toda la guerra, por qué lo sigue aún?

Gonzalo pareció confuso.

—Me limité a cumplir mi parte del trato —respondió como si se tratara de lo más natural.

—¿Y ellos? ¿Cumplieron ellos su parte del trato?

Gonzalo miró el suelo. Clara vio que la nuez subía y bajaba por su garganta un par de veces antes de que su voz, ronca, dijera:

—Embarcaron a Laura y otros… indultados, en un avión con

destino a la Argelia francesa. Eso es lo que habíamos pactado. Y el avión se estrelló.

Clara ahogó un grito.

Las detonaciones aún no habían cesado cuando Marina y Candice salieron a la calle con los equipos de rescate. Llevaban a la espalda mochilas con vendajes, torniquetes, frascos de antiséptico e instrumental básico. Hacía mucho tiempo que estaban preparándose para eso.

Cuando salieron de los refugios, el retumbar de las explosiones se estaba desplazando hacia el mar. Los aviones volvían a sus bases. Eso no fue bastante para evitar que miraran al cielo con ansiedad.

No era fácil hacerse una idea de la extensión de lo sucedido. Unas calles estaban intactas, como si fuera una hora temprana de un domingo, mientras que otras habían quedado arrasadas por el ataque. Edificios derrumbados, cascotes esparcidos por la calzada, destellos de cristales pulverizados por todas partes, un estruendo de voces, gorgoteo de agua y de gas en las tuberías rotas, de vez en cuando el ruido ensordecedor de un muro más que se venía abajo tras haberse sostenido en pie su última media hora.

Se detuvieron en las ruinas de una casa en la que se habían oído voces. Mientras los operarios municipales trataban de cortar una vía de agua que estaba inundando los escombros, se aplicaron a abrirse paso entre los derrumbes hacia donde les habían dicho que se oían los lamentos.

Había un hombre con una pierna rota atrapada debajo de una viga. A su alrededor, un charco enorme subía de nivel con el desahogo de la cañería. Se arrodillaron a su lado, le proporcionaron los primeros cuidados.

En un momento dado, Candice se sorprendió al ver que Marina trabajaba sin descanso, con el gesto impasible habitual en ella, pero con las mejillas cubiertas de lágrimas. La miró con un poco de estupor, como si no entendiera lo que le parecía su compenetración con el dolor ajeno. Pero no se atrevió a preguntarle.

Miguel entró a la estación Victoria a marcha muy lenta, con la mano puesta en la palanca del freno.

Los aviones no se habían olvidado de las vías férreas. Aunque al parecer la que él transitaba estaba despejada, a derecha e izquierda se veían socavones y hierros retorcidos que demostraban que las líneas, fáciles de distinguir desde el aire, habían sido objetivo de las bombas. Ya había personas de uniforme trabajando en volver a conectarlas.

Bajó despacio de la locomotora, irritado por la constante repetición. Él mismo había trabajado muchas veces retirando traviesas astilladas, arrancando pernios inutilizados. Destruir era mucho más fácil y menos trabajoso que reconstruir.

Se le acercó un factor que llevaba un papel en la mano:

—¿*Migüel* Polo?

Miguel asintió.

—Han dejado un paquete para usted en las oficinas.

—Ahora voy.

Despachó los papeles del trayecto con el jefe de estación y se encaminó adonde le habían indicado. Cuando vio el paquetito, se le puso un nudo en la garganta.

Llevaba sellos del tirano, sí. Ya no había otros sellos en España. Pero contenía noticias del lugar, perdido en el tiempo, en el que aún quedaban personas queridas. Noticias del limbo.

XXVIII

Salieron del metro parpadeando, como si ya no recordaran que era de día. Enseguida llegó a sus pituitarias el olor a quemado. Un coche de bomberos pasó de largo a toda velocidad.

—Qué horror.

Por el camino, tuvieron que desviarse varias veces para evitar los daños del bombardeo. El ruido que habían estado escuchando no carecía de motivación. Había incendios por todas partes.

Cuando por fin llegaron a la calle de Clara, la casa no estaba. Su lugar lo ocupaba una montaña de ladrillos y muebles desvencijados.

—Un impacto directo —observó Gonzalo con imparcialidad técnica, y enseguida advirtió lo poco delicado que había sido el comentario—. Lo siento mucho, Clara… De verdad, no sabe cuánto lo siento.

Paradójicamente, Clara parecía mucho menos afectada que él. Hundió las manos en los bolsillos del impermeable.

—No se preocupe, me las arreglaré. Tengo que averiguar dónde están Lucía y Víctor…

—Seguro que han ido a algún refugio. No se inquiete por ellos. —Gonzalo tuvo la sensación de necesitar hacer algo. Miró desconcertado alrededor—: Vendrá usted a mi casa mientras decide cómo organizarse. Sin duda, los bombarderos habrán respetado el barrio diplomático.

Ella le miró con curiosidad.

—Se lo agradezco mucho —se limitó a decir—. Podría irme a un hotel, pero la verdad es que no quiero estar sola.

—Trato hecho, entonces. —Miró a su alrededor—. Tendremos que ir andando. No parece posible conseguir un medio de locomoción en estas circunstancias.

Clara asintió en silencio. Se cogió del brazo del general y

empezaron a andar, como un matrimonio veterano en un día de paseo, por unas calles que podrían haber sido diseñadas por un pintor demente.

Daniel se fue a la radio en cuanto la incursión pudo darse por terminada. Ya estaban todos allí, cada uno escribiendo en su máquina.

—Supongo que habrá emisión especial —dijo Daniel sentándose a la suya.

—Sí —respondió escuetamente Garoz.

Daniel puso un folio en el carro. Escribió: «Desde la azotea». Garoz miró de reojo lo que escribía.

—¿Has visto el bombardeo? —preguntó, incrédulo.

—Sí.

Las miradas se volvieron hacia él. Garoz se levantó y salió de la estancia.

Daniel empezó a teclear. Minutos después, se había sumergido en el texto. No oía nada a su alrededor. No oyó cuando entró el redactor jefe hasta que le puso una mano en el hombro:

—Emites dentro de diez minutos.

No levantó la cabeza.

—Bien. Te paso el texto para el censor dentro de dos.

—Hoy no hay tiempo. Sales directamente al aire.

Levantó la cabeza. Volvió a inclinarse sobre el teclado, centuplicó la velocidad. Garoz frunció el ceño.

—Zaldívar…

Daniel arrancó el folio de la máquina y arrugó con un gesto furioso el papel de calco. Lo tiró a la basura mientras los compañeros lo miraban hacer, la inquietud flotaba en el ambiente.

Recorrió los pocos pasos que separaban el despachito en el que escribían de la sala acolchada desde la que emitían. Se situó delante del micrófono y esperó a que le dieran la señal de entrada.

—Dentro.

—Este mediodía, desde una azotea del centro de Londres —empezó Daniel—, este corresponsal ha visto cómo se practicaba sobre

esta ciudad una brutal violación del derecho de gentes…

Siguió hablando. Explicó la llegada de los bombarderos, el ataque a objetivos civiles, el desprecio a las normas que mantienen los países civilizados incluso en tiempo de guerra.

—Duele decir que no es una sorpresa para quienes vivimos la guerra de España…

Y habló del bombardeo de Guernica, pero sobre todo de los reiterados ataques a Madrid y a Barcelona. Y señaló las connivencias que los habían posibilitado mientras sus compañeros le miraban con rostro tan encendido como preocupado desde detrás de los cristales.

Terminó despidiéndose con las palabras de siempre: «Desde Londres, Daniel Zaldívar», y salió de la sala sin despedirse.

El delegado de la emisora ya estaba esperándolo en el pasillo.

—Usted sabe cuál es la política de la casa —dijo en español.

—A la mierda —contestó Daniel.

—No crecerá usted nunca.

—No quiero crecer.

—De eso ya nos hemos dado cuenta.

Marina sonreía socarrona mientras servía el café aguado que había logrado exprimir de una manga pastelera en un tercer uso del recuelo. El racionamiento empezaba a hacer mella entre los mortales. Daba por hecho que en otros círculos seguiría habiendo café de verdad.

—Estoy harto de toda esta política de apaciguamiento.

—Ya. —Marina dejó las tazas en la mesa—. Y por eso ha decidido desahogarse, y perder la posibilidad de seguir teniendo voz y, lo que no es menos importante, de ganarse la vida.

—Eso es fácil de resolver. Siempre puedo alistarme en el ejército.

—Se pasaría la vida en un calabozo. No sabe bastante inglés para obedecer las órdenes.

—Hay un batallón de la legión extranjera entre las fuerzas francesas libres. Y sí hablo francés.

—Ya veo que lo que tiene todo previsto.

Daniel tenía los ojos clavados en la turbia superficie del café. No los alzó para contestar:

—Cuando llega la hora de la verdad, todos mienten.

—Eso no es cierto. —Marina endureció el tono de voz—. Los poderosos mienten. Pero en muchos casos tienen buenas razones.

—Me niego a aceptar eso.

—Que usted lo acepte o no no lo hace menos cierto.

Marina alzó la taza para beber. Solo entonces Daniel se fijó en sus manos. Llevaba una tirita prácticamente en cada dedo y el meñique de la mano derecha vendado. El poeta sonrió.

—Vaya pareja hacemos —comentó—. Un poeta sin trabajo y una mujer sensata y razonable que corre el riesgo de no poder hacer el suyo porque se destroza las uñas y las manos levantando cascotes.

Entonces a Marina le ocurrió algo que Daniel nunca hubiera creído: se ruborizó. Siguió tomándose el café sin decir nada.

—Candice estaba muy impresionada —continuó Daniel—. Le impresionó su entrega, tratándose de una extranjera.

—También ella se entrega a nuestra causa, y para ella somos extranjeros —respondió enseguida Marina—. A la hora de la verdad, no todos mienten. —Levantó la cabeza—. Por cierto, ¿cómo van sus asuntos con ella?

Daniel soltó una risita, levantó las cejas.

—El otro día me dijo que había estado pensando y que lo mejor era que la incorporase a mi larga galería de amores pasados —aclaró en tono jocoso.

—Si quiere que le diga la verdad, me quita un peso de encima.

—Qué mala es usted.

Gonzalo abrió la puerta y encendió la luz, más por costumbre que por necesidad. Invitó a entrar a Clara.

—¿Y su asistente?

—Lo despedí cuando empecé a jugar a los espías.

—Está claro que ha decidido terminar con mi reputación.

—Échele la culpa a Hitler. —Le ayudó a quitarse la gabardina—.

Por favor, siéntese. Voy a buscar ropa de cama limpia.

—Le estoy muy agradecida.

—Tonterías.

Se sentó en el sofá y arregló maquinalmente la falda a su alrededor. Empezaba a tomar conciencia poco a poco de todo lo que había pasado aquel día. Empezaba a comprender las dimensiones del horror escuchado y del horror vivido.

Cuando había visto su casa en ruinas, se había visto invadida por una ola de alienación. Una impresión de estar viendo las cosas desde fuera que había hecho que, de alguna manera, no le importara lo que estaba viendo. Más aún: que viera en ello un rastro de justicia poética. Sabía que para ella lo ocurrido era una desgracia, pero no una catástrofe; podría seguir viviendo sin mayores apuros. En el peor de los casos, la desgracia sería para Lucía y Víctor, en el supuesto de que no pudiera, temporalmente, seguir pagando su sueldo. Le había tocado, tan solo, su parte de sufrimiento.

Con el paso de las horas, aquel ataque de sobriedad estaba dando paso a una muy humana sensación de desamparo. Se sentía sucia con su vestido lleno de polvo, que no podía cambiar por otro porque no lo tenía, e incómoda aceptando la hospitalidad de aquel hombre que había habitado una parte remota de su pasado y habitaba una parte notable de su presente.

El general reapareció. Parecía acalorado. Clara lo imaginó buscando en los armarios, haciendo la cama.

—Creo que todo está más o menos listo —dijo—. Le he dejado toallas y un pijama por si quiere ponérselo.

—Es usted muy amable.

—No hago más que corresponder a sus muchas amabilidades.

Clara no solo había estado pensando en su propia situación. No podía apartar de su mente el relato del piloto, su tragedia. No dejaba de atar todos los cabos sueltos.

—Prepararé algo de comer. Las jornadas de guerra no se sostienen con el estómago vacío.

—No, déjeme a mí, ya me está mimando bastante. Además, le confieso que no me fío de sus destrezas culinarias.

Él se echó a reír. Con una risa triste.

—¿Cree que volverán pronto? Le estoy pidiendo una opinión profesional.

El piloto negó con la cabeza.

—Necesitan un mínimo de tiempo para repostar, reparar los daños que sean reparables y hacer una revisión mecánica.

—¿Cuánto tiempo?

Él se encogió de hombros.

—No lo sé, tal vez cuarenta y ocho horas… Me da la sensación de que esto durará.

—¿Hasta cuándo?

—Hasta que una de las dos partes se haga con el dominio claro del aire.

—¿Y después?

—Si lo consiguen ellos, habrá invasión.

Clara guardó silencio. Dedicó su atención a la comida, habló de temas intrascendentes, criticó su despensa.

—No tiene usted de nada.

—Se encargaba Antonio…

Comieron, lo bastante para reponer fuerzas, cada uno entregado a sus pensamientos. A los postres, Clara se limpió con cuidado los labios, dejó la servilleta sobre la mesa y se atrevió:

—Gonzalo, respecto a todo lo que me contó…

Él asintió, con el aire de un hombre que ya está esperando la llegada de un mal inevitable.

—¿Cree que hizo bien?

El rostro de Gonzalo se ensombreció. Tardó mucho rato en contestar.

—No lo sé —respondió—. Hice lo que pensé que debía hacer. Sé que fui egoísta, pero en ese momento no había nada que me importara más que salvar su vida.

La mano de Clara se crispó sobre la servilleta.

—Pero Gonzalo…

Él esperó tranquilo la siguiente pregunta.

—¿De verdad no se da cuenta de que ellos no cumplieron su

parte del trato?

El rostro del piloto experimentó una transformación horrible. Sus ojos se agrandaron, su boca se apretó formando arrugas en torno a sus labios, dos tendones surcaron sus mejillas y dos venas se engrosaron formando una V sobre su frente. Si no hubiera sabido que no era posible, Clara habría temido verlo envejecer de golpe hasta morir allí mismo, en su presencia. Continuó hablando con una voz muy suave:

—¿De verdad no se da cuenta de que ese avión no se estrelló?

El piloto no pudo responder. Lentamente sus ojos se cerraron, muy apretados.

XXIX

Los bombardeos casi diarios continuaron durante dos meses. Cuando por primera vez se retrasaron casi una semana, los londinenses empezaron a albergar la idea de que tal vez podrían celebrar las Navidades con cierta calma y el peligro de la invasión pareció alejarse.

Londres era un paisaje de ruinas, por el que deambulaban las gentes ocupadas que mantienen la vida en movimiento en cualquier situación, como hormigas que rehúyen un obstáculo para seguir su rumbo al hormiguero.

En París, en un París sometido por las fuerzas de ocupación, Emilio Herrera recibió la visita de un general del ejército alemán que venía solo y de paisano. Traía un encargo insólito: una oferta para ocupar un puesto directivo en un laboratorio del Reich. La reunión fue larga. Cuando terminó, el militar se despidió con grandes reverencias. La esposa de Herrera se quedó mirándolo mientras salía antes de cerrar la puerta. Luego miró intrigada a su marido.

—Me ha ofrecido un puesto en Berlín. Un puesto importante. Muy bien remunerado.

—Ah.

—Lo he mandado a hacer puñetas.

—Me parece muy bien.

En Londres, los españoles celebraron juntos la Nochevieja. Brindaron por el regreso, como ya habían hecho el año anterior y todavía harían durante muchos años, se burlaron alegremente de los esfuerzos por brindar en inglés que luego hizo Daniel y escucharon algunas melodías interpretadas por Marina al piano. Candice apareció de madrugada y les presentó a un chico de Oxford.

En un barrio elegante, en una casa grande con las ventanas totalmente cerradas con cortinas negras para no dar pistas a los aviones, Clara sonrió para brindar con Peter por el nuevo año, y luego

regresó a sus recuerdos. Había tenido que vender la casa de Madrid para poder volver a instalarse en Londres, pero no había supuesto un problema grave. Seguía haciendo favores a la causa de la República. Había reconstruido su rutina.

Y no había vuelto a tener noticias del aviador.

NOTA DEL AUTOR

El aviador no es una novela histórica, sino una novela cuya acción se sitúa en un punto concreto de la historia. Dada la aparición en ella de personajes que sí fueron sujeto de la historia, se ha intentado que tanto sus acciones como sus palabras en la novela no desdigan de las que fueron sus verdaderas acciones y palabras. Muchas de esas palabras están documentadas, y como tal han sido reproducidas.

El hilo conductor de la ambientación histórica procede de muchas fuentes, pero el autor quiere señalar en concreto que el capítulo XVIII bebe directamente de un texto memorialístico original de Luis I. Rodríguez Taboada, embajador de México en Francia en 1940; me refiero al capítulo «Relación con Juan Negrín» de su libro *Misión de Luis I. Rodríguez en Francia*, publicado por el Colegio de México y accesible en la red (https://www.jstor.org/stable/j.ctvhn0b60.17). Si sus familiares llegan a leer estas líneas, conste para ellos mi gratitud hacia su antepasado como español y como novelista.

Carlos Fortea

Table of Contents

Portadilla
Copy
Dedicatoria
EL AVIADOR
01
02
03
04
05
06
07
08
09
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
Nota del autor